

RAMÓN DÍAZ ETEROVIC

*Nadie sabe más
que los muertos*



Lectulandia

Esta vez el detective Heredia va tras los pasos del hijo de una joven pareja de estudiantes universitarios, quienes junto a un dirigente sindical, luego de ser secuestrados, torturados y asesinados, fueron hechos desaparecer por agentes de organismos de seguridad.

Lectulandia

Ramón Díaz Eterovic

Nadie sabe más que los muertos

Detective Heredia - 3

ePub r1.0

Titivillus 14.04.16

Título original: *Nadie sabe más que los muertos*

Ramón Díaz Eterovic, 1993

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Dedicada a la memoria
de mis amigos escritores:
John Smith,
Iván Teillier Sandoval y
Rolando Cárdenas Vera.*

*Y a la memoria de Sola Sierra
por su inolvidable ejemplo
de valentía y amor
en la defensa de los
Derechos Humanos en Chile.*

Primera Parte

1

Desnuda y mágica como la Venus de Botticelli, la muchacha se puso de pie, acarició suavemente sus pechos y se encaminó con maliciosa lentitud hasta la puerta del baño. «Y de repente estás acostado con una chica preciosa y todo es divinamente perfecto», pensé, recordando una frase de Julio Cortázar. Tal vez de *El Perseguidor*, o de otro de sus libros que solía tener a mi alcance, junto al reloj y una botella casi siempre a medio camino de la nada. Mientras pude, admiré sus piernas morenas y la línea sensual de su espalda. Era bella y real, me dije al tiempo que cogía la cajetilla de cigarrillos desde la mesa de luz existente en la pieza de hotel en que nos encontrábamos.

Se llamaba Claudia, o al menos eso había dicho algunas horas atrás cuando conversábamos en el Burger del Paseo Ahumada. Su boca despintada era perfecta para los mejores besos y entre las sábanas sabía desplegar las ideas más audaces.

El ruido de la ducha me apartó de mis pensamientos, y por algunos segundos imaginé el agua que recorría su cuerpo como antes lo habían hecho mis manos. Encendí un cigarrillo y el humo invadiendo la habitación me pareció la carraspera inoportuna en medio de un concierto de Piazzola.

Todo había comenzado algunas horas atrás. Era una noche de sábado, ideal para descansar en casa junto a un buen libro o salir a bailar con la muchacha que se ama. Solo, en mi oficina, había estudiado las mil formas posibles de no dejar morir esa noche de un modo miserable. Al final, después de afeitarme y vestir una camisa limpia, opté por salir a caminar, beber una taza de café en el Haití y entrar a un cine. La decisión no fue mala, pero al cabo de una hora resultó un fracaso. Las películas que me interesaban habían empezado y el café tenía la mirada de las muchachas que sonreían de mala gana a los clientes. Hay muchas cosas que no soporto, y dos de ellas son los charlatanes con pretensiones de sabihondos y entrar al cine en la mitad de una función. Las demás forman una larga lista que no viene al caso recordar y que cada día se incrementa a medida que el desencanto se adhiere a mi piel igual que una alimaña.

Aún con la esperanza de ver brillar la luna, caminé por el Paseo Ahumada hasta que el bullicio de los vendedores callejeros y los topones de los paseantes me

hicieron pensar en un lugar donde beber una copa, y no recordar nada, si es que ello es posible cuando lo único que se posee es el pasado. La idea del bar me sedujo, pero los dos o tres que estaban a mi alcance se hallaban atestados de borrachos y tipos con ganas de iniciar un revuelo de trompadas a la menor provocación. El cuadro no me agradó. Conocía sus oscuros detalles, y mi ánimo no estaba para irrumpir a codazos, llegar hasta a una barra inmunda y exigir un trago que tendría que beber con prisa. Resignado como el paciente que entra a la oficina de un médico esperando lo peor, ingresé al Burger y solicité un café doble. Me lo sirvieron en una bandeja plástica y mientras la equilibraba con dificultad, descubrí que mis problemas estaban lejos de terminar.

Las mesas del boliche estaban ocupadas por grupos de muchachos, parejas tomadas de las manos, ancianos con caras de no me joroben, putas en actitud de espera y varios tipos adormecidos frente a sus vasos de cerveza. Un aroma de pollo refrito se introdujo en mis narices y por un instante tuve la tentación de arrojar la bandeja al suelo y retornar a la calle.

Entonces la suerte me mostró su rostro. Una pareja dejó su asiento y se marchó hacia la calle con la esperanza de una noche feliz entre sus manos. Me senté, encendí un cigarrillo y cuando estaba dispuesto a probar el café, vi acercarse a una muchacha que agitaba con desgano un vaso de Coca Cola. Parecía estar perdida, atisbando un horizonte plano, sin susurros ni ilusiones. Se acercó a mi lado y con decisión puso el vaso sobre la mesa.

—¿Puedo sentarme? —preguntó, insinuando una sonrisa que no llegó a ser realidad.

La invité con un breve ademán y mientras se acomodaba la miré de reojo, dictaminando de inmediato que era hermosa. Sus ojos eran oscuros y su cabellera negra le caía graciosamente sobre sus hombros y parte del rostro.

—No estoy en plan de negocios —dijo. En su voz no había animosidad. Más bien era neutra, indiferente. Voz acostumbrada a tratar con extraños, o lo suficientemente segura de sí misma como para defenderse de una agresión repentina. Busqué su mirada y ella resistió sin pestañar el asedio de mis ojos.

—Y yo no deseo molestar. Solo beber mi café.

—¿Sí? En idénticas circunstancias todos los hombres dicen lo mismo. Después me invitarás a una bebida o a conocer tu departamento. Y a las dos cosas te diré que no.

—Para ser una extraña a la que nadie invitó presumes muchas cosas. No eres muy original —le dije calculando si en sus palabras había una declaración de principios, o la sugerencia de un futuro cálido.

—No es fácil ser original —agregó ella, acompañando sus palabras con una sonrisa sincera.

Me acomodé en el asiento, puse dos sobres de azúcar en el café y al probarlo no pude evitar una mueca de disgusto.

—El café que venden en este sitio es una mugre —comentó Claudia. Pensé que había logrado pasar su examen inicial y me concedía tiempo para dejar enfriar la bebida y reunir el coraje que me permitiese beber el café a grandes sorbos.

Luego nos enredamos en una conversación sobre temas sin importancia, evitando las preguntas que desentrañan la intimidad de cada cual. El café, la noche, la gente. Palabras inofensivas y una que otra sonrisa. Le pregunté su nombre y ella no se interesó por el mío. Sin compromisos, dijo más tarde cuando decidimos buscar un hotel. Esperamos que los mozos comenzaran a despejar las mesas; y al salir del Burger, Claudia se tomó de uno de mis brazos y se dejó conducir con la mirada perdida en un horizonte de sombras neón.

Cuando regresó del baño su cabellera mojada le caía sobre los pechos y un hilillo de agua se escurría a través de los vellos del pubis. Se detuvo frente al espejo que llenaba una de las paredes de la habitación y se dedicó a secar su cabellera con una toalla.

—Te habrán dicho muchas veces que eres hermosa —dije sin estar seguro si le hablaba a ella, o solo pensaba en voz alta.

—No en la forma que tú lo dices —contestó después de cubrir a medias su cuerpo con la toalla y dejarse caer suavemente a mi lado.

—¿Cuál es la diferencia?

—La seguridad que veo en tus ojos o tu manera de hacer el amor sin querer demostrar nada.

—¿Debo tomarlo como un elogio? —pregunté.

—Quería decirte que lo de hace un rato estuvo muy bueno.

—¿Bueno?

—No estuvo mal tratándose de dos extraños.

—¿Te imaginas con un poco de práctica?

—¡Vas muy de prisa!

—Pienso en voz alta.

—¿Por qué no nos conocimos antes? —preguntó después de besarme en los labios.

¿Por qué no nos conocimos antes?

—Repites igual que un papagayo.

—Me preguntaba lo mismo. Eso es todo.

—¿Quieres que me saque la toalla?

—Primero deseo terminar mi cigarrillo.

—¿Metódico?

—Un pequeño truco para recobrar energías.

—Creo que no necesitas trucos.

Nos despertamos antes del amanecer. Hicimos el amor una vez más y conversamos hasta que una mucama trajo el desayuno. Poca cosa. Café, dos tostadas

y mermelada de frutilla. Después nos aprontamos a dejar el hotel, y mientras me duchaba experimenté una vaga sensación de tristeza. La espuma del jabón borraba de mi piel el perfume de Claudia y nada por delante me hacía suponer el reencuentro. Ella no deseaba compromisos, ni yo perder la soledad que me alimentaba y destruía al mismo tiempo.

Ya fuera del hotel, cada cual decidió seguir un camino distinto. Estábamos frente a la Plaza de Armas, y salvo el paso vacilante de uno que otro trasnochado, todo a nuestro alrededor parecía desierto. Un paisaje lunar, frío, lleno de basura y rastros de una noche agitada.

—Fue un agrado conocerte —dijo Claudia tomando la iniciativa.

—Yo digo que un placer —contesté, y ella comprendió el doble filo de mis palabras.

—Puede ser que nos encontremos otra noche.

—Siempre ando en busca de un buen café.

Claudia se aproximó a mi lado y me besó en los labios. Renuncié a contenerla entre mis brazos y la dejé apartarse sin insinuar la posibilidad de un mejor desayuno, o una nueva cita. Dio unos pasos caminando de espalda, y luego dejó de mirarme. La imité y a los pocos segundos volví a escuchar su voz.

—Me gustaría llamarte un día de estos —dijo.

—Mi número está en la guía. En las páginas amarillas.

—¿Sí? ¿Y a qué te dedicas?

—Soy investigador privado.

—¿Como en las películas, o eres tira?

—¡Como en las películas!

—¿Si te llamo me hablarás de tu trabajo?

—Seguro.

—¿Y tu nombre? ¿No te he preguntado tu nombre?

—Heredia. Me llamo Heredia.

2

Claudia se fue definitivamente. Como si hubiese querido huir de un error, la vi cruzar la calle y caminar de prisa por los adoquinados senderos de la Plaza Armas.

—¿Qué ocurre, te pones sentimental? —Creí oír que me preguntaban.

—Claro que no, simplemente dejo volar la imaginación.

—Golpes duros y comida fría. Es lo único que mereces.

—Conozco la paga por mi oficio.

—¡Sin quejas!, ¡fue tu maldita elección!

Me quedé parado en una esquina a semejanza de esos exploradores en las viejas películas del oeste. Sin búfalos, pieles rojas o diligencias a la vista. Solo edificios mudos, una brisa suave y la promesa de una mañana calurosa. El sabor de los labios de Claudia permanecía en mi boca, y eso era tan bueno como tener reserva en la función de gala del Paraíso. Sonreí, y decidí caminar hasta mi oficina. En el trayecto entré a un supermercado a comprar las provisiones de la semana. Un cartón de «Derby», tres docenas de manzanas, una botella de «J. B.» y seiscientos gramos de pasta molida para Simenon, mi gato.

En los bajos del edificio que cobija a mi oficina me encontré con Anselmo, un jinete retirado, patichueco y enojón que se gana la vida atendiendo un quiosco. Los días en que está de mala es mejor pasar de largo por su lado, pero cuando no, es posible reconocer su sonrisa a veinte metros y hasta dan ganas de convidarlo a una cerveza.

—Buen día, don Heredia —me saludó, alegre—. ¿De juerga? Anoche no lo vi llegar.

—De vez en cuando se acierta a un blanco.

—¿Y cómo era? —preguntó, mientras dibujaba con sus manos una atractiva figura de mujer.

—Un sueño, es lo único que puedo decir.

—¡Qué lástima! —dijo y quedó observando con ojos lastimeros un afiche de *La Cuarta* en el que aparecía una rubia de pechos enormes.

—Un sueño, Anselmo. No figuritas de papel.

—Quién como usted, don. Las minas se le deben colgar solas en el cuello.

—Ni tanto ni tan poco. Ves mucha televisión, Anselmo.

—Cierto —dijo, y luego de considerar mi aspecto, agregó—: últimamente no se ve muy bien, don.

—¿Y por tu lado? —le pregunté antes que decidiera emitir un juicio demoledor sobre mi apariencia.

—No pregunte leseras, don. Si no fuera por las putas de San Martín tendría que arreglarme con los afiches y las dos manos. Mejor cambie de tema. ¿Va a querer algún diario?

—Hoy no tengo ánimo para consumir chatarra política.

—Ya era tiempo de tener un poco de agitación política. ¿O no está de acuerdo?

—No he dicho que esté mal, solo que no me interesa. Y por supuesto, cuanto antes se deje oír el ruido de las botas, tanto mejor.

—¿Y cuál es su candidato? El de la mayoría, el atleta o el que habla mucho.

—Mi candidato es Heredia. No promete nada y a nadie le pide que le crea.

—¡Carajo, don! Las ideas tuyas. Si quiere mandar a imprimir carteles, tengo un

amigo que cobra poco.

—Ya te aviso, por el momento me conformo con saber si alguien preguntó por mí.

—Nadie. Creo que no le va muy bien con el negocio, don. La otra tarde escuché reclamar a la dueña de su departamento. Decía que usted le debe varios meses de arriendo. Si en verdad está mal, le puede conseguir una peguita en la candidatura a diputado de un hombrón adinerado. En una de esas necesita un matón.

—¿Y qué tal si me pongo en forma contigo?

—No, don. ¿Para qué se ofende?

3

La oficina se encontraba tal cual la dejara la noche anterior. Simenon dormitaba arriba del escritorio y a los pies de la puerta hallé cuatro cartas y la tarjeta de un fulano que ofrecía sus servicios de electricista.

—¿Cómo van los tejados? —pregunté al gato.

—¿Mal? Creo que comes demasiado y a las gatitas no les simpatizan los obesos. Están fuera de moda. Hoy en día hay que ser esbelto, consumir alimentos diet, trotar todas las mañanas y usar un computador personal como sucedáneo de las amantes. No, por cierto que no es un invento mío, lo puedes leer en las revistas caras o del corazón. El infierno acecha al que se asome al nuevo siglo con ocho kilos de más.

Simenon escuchó la prédica atentamente, descendió del escritorio y se enroscó entre mis piernas. Acaricié su lomo blanco invierno y él me hizo un par de preguntas que me obligaron a resumir en tres o cuatro palabras el encuentro con Claudia.

—¡Vamos, viejo, sin reproches! Solo falté unas horas y tengo derecho a recorrer mis propios tejados.

Hice a un lado a Simenon y me dediqué a leer las cartas. Tres de ellas se fueron al papelero, incluida una que ofrecía el más avanzado equipo electrónico para espionaje de oficinas; y otra de un novelista que deseaba adquirir a bajo costo una historia convincente. La cuarta carta era de Andrea. Decía estar bien y que su matrimonio prometía ser un negocio a largo plazo, ya que cinco meses atrás había parido a un bebito de nombre Ismael.

A veces pensaba que su ausencia solo duraba una semana, pero en realidad habían transcurrido tres años desde la mañana en que decidiera colocar sus pertenencias en una maleta. Nos habíamos querido bien durante una época. Andrea más que yo,

seguramente. Ella trabajaba en un cabaré cuando la conocí y siguió en lo mismo hasta unos meses antes de decirme adiós. Estaba cansada de vivir con un tipo que la alejaba cada día de sus sueños. Deseaba un esposo con horario fijo, un par de chiquillos y una casa pequeña de la cual preocuparse. Tres aspectos de un anhelo justo que a mi lado nunca concretaría. Era una linda historia que al recordarla me entristecía y me dejaba con esa mirada ausente que tienen los pescados en el supermercado.

—¿Tú crees que alguien puede amar a un detective? —pregunté a Simenon—. Me refiero a un sujeto que no gana mucho. Independiente, algo ocioso, sin chapa legal, jefes ni prepotencia.

—Bueno, tan mal no estoy. Aún no llego a los cuarenta y con un poco de gimnasia, colonias y dos semanas sin beber puedo adquirir la facha de esos babosos que aparecen de galanes en la televisión.

—¿Tampoco? ¿Qué te imaginas? No eres otra cosa que un gato gordo y engreído.

La respuesta de Simenon no llegó, porque en ese mismo momento la campanilla del teléfono se hizo presente y me apresuré a contestar con la torpe ilusión de escuchar a Claudia.

—¿El detective Heredia? —oí preguntar a una voz de hombre.

—¿Cuántos Heredia cree que existen en Santiago?

—Treinta y dos. Consulté la guía.

—Conforme, usted es un tipo listo que aún no me dice su nombre ni qué desea.

—Mi apellido es Parra, y soy el secretario particular del juez Alfredo Cavens.

—¿Cavens? ¡Ese grandísimo hijo de puta!

—¡Le estoy hablando de un juez! ¡Más respeto!

—Disculpe, Cavens es un juez honorable y en nuestro país los jueces trabajan mucho y obtienen una renta miserable. Además, usted no debe tener la culpa de no encontrar un empleo mejor. Seguramente llegó hasta segundo año de leyes y ahora se gana los pesos tinterilleando. Tampoco es culpa suya que Cavens me haya tenido seis meses en la cárcel por sacudir a los matones que cubrían el trasero de un empresario forrado en billetes.

Escuché que al otro lado de la línea se cortaba la comunicación y sin prisa retorné el fono a su lugar.

—¿Ves, Simenon? Ya no quedan caballeros en la ciudad. Uno trata de ser amable y le dan con el teléfono en las narices.

Un minuto más tarde volví a oír la campanilla.

—Es usted un grosero, Heredia. Solamente lo llamo de nuevo porque el juez me lo encomendó. Él desea verlo mañana en su despacho —escuché decir a Parra, seco y cortante.

—¿El juez y en su despacho?

—Eso dije. A las siete de la mañana.

—¿Cómo?

—Me recomendó decirle que fuera puntual. Que se pusiera una corbata y

planchara su terno.

Corté la comunicación y envié al juez al infierno. Dos actos inútiles, ya que de cualquier modo y por razones que nunca entendía, estaba cierto que acataría los deseos del juez Cavens.

4

«¿Pero quién libra del horror a los que ven y no cierran los ojos con indiferencia? ¿Quién los libra del miedo? ¿Del desencanto adherido a los días? No tengo respuestas. Miro hacia atrás, al pasado y me veo partido en dos, inconcluso». Leí lo escrito sin deseos de continuar la carta que le escribía a mi amigo Dagoberto Solís, ya que para seguir necesitaba recordar nombres, fechas exactas, lugares, palabras desgastadas, y todo ello era un esfuerzo que me apretaba el ánimo. Dejé el bolígrafo sobre el escritorio. ¿Para qué explicar lo inexplicable? Dagoberto solo deseaba conocer dos o tres cosas de mi vida actual. Residía en un pequeño pueblo de la costa, alejado de la ciudad. Lo habían dado de baja del Servicio de Investigaciones a causa de reiterados entredichos con agentes de la Central de Informaciones del Gobierno. Su buena hoja funcionaria lo había librado de una suerte peor. Jubilado, recibía una renta mensual que le permitía vivir sin sobresaltos y sentirse liberado de la sombra que rodeaba a muchos de sus antiguos compañeros.

«Después de todo estoy contento —escribía en su última carta—. Mi mujer vive tranquila y ya no se debe preocupar por mis horarios. Con mis ahorros instalé un bar, gano dinero y me entretengo con los clientes».

El recuerdo de Solís me provocó un vértigo que creció desde mi vientre y por largos segundos se instaló en mi cabeza. ¿Qué pasaba a mi alrededor? Todo se volvía hacia el pasado. Andrea, Dagoberto, el juez Cavens, las viejas calles de siempre y los sueños manoseados. Un pasado que se dibujaba porque cada día me costaba más reconocer un rostro amigo y los pies me pesaban como el aliento de una infinita borrachera.

La gente se casa, tiene hijos y un trabajo que cumplir —dijo de pronto Simenon.

¿Tú que sabes? También tengo un empleo y mis preocupaciones.

—¡Un gran empleo! ¿De qué sirve esa placa de acrílico que tienes clavada en la puerta?

—Para que se sepa que tras de ella vive un detective.

—¿Detective? ¿Qué es eso?

—Un oficio igual que otros. Un servicio que se paga.

—Se me extravió el perro, puede seguir a mi esposa, me robaron el auto, mi hija se fugó con un vago. Eso es todo. Te maltratan las costillas y te enlodas por unas bolitas de alcanfor.

—¿Qué quieres?, ¿que deje la oficina?

—Ya es tarde para eso. Deja de quejarte y consigue un asunto en que entretener tu mollera. Últimamente estás pensando mucho y te falta acción.

—Un buen trabajo, una gran paga y me retiro.

—Iluso —creí oír decir a Simenon, pero él no había—, dicho nada en mucho rato. Jugaba en un rincón de la oficina rasguñando las hojas de un libro de Rimbaud. Un libro de lomo gris como la piel de un ratón.

Busqué las compras del supermercado y me di un magnífico sorbo de «J. B.». Al poco rato la oficina se iluminó y los recuerdos dormían.

—Después de todo, olvidar también es un oficio que se aprende —pensé y repetí la dosis de «J. B.».

5

A la mañana siguiente el pasado estaba de nuevo golpeando a la puerta. Primero fue la bruma y luego la certeza de estar sobre la cama oyendo unos golpes insistentes y rotundos. Recordé que la noche se había dejado caer con la suavidad de una roca y sus efectos castigaban un punto impreciso de mi confusa y adolorida cabeza. Esperé que los golpes se repitieran y solo entonces hice un esfuerzo por alcanzar mi albornoz.

La figura delgada y pulcra de un muchacho parado en medio del umbral de la puerta terminó por espantar los fantasmas nocturnos. Vestía camisa blanca y una corbata azul con pintitas grises. Unos lentes ópticos le daban un aire de alumno aplicado. Nervioso me contempló un instante, sin saber si le convenía saludar o huir por el mismo camino empleado para llegar a la oficina.

—Seas quien seas, pasa y siéntate donde mejor te parezca —le dije mientras ocupaba una de las sillas colocadas junto a mi escritorio. El muchacho avanzó unos pasos, observó con desagrado el desorden de la oficina, y acabó por sentarse en un sillón.

—¿El señor Heredia? —preguntó, y reconocí la voz del secretario del juez Cavens.

—¿Sabes qué hora es? —retruqué haciendo caso omiso a su interrogante.

—Las seis y media —contestó después de consultar su reloj. La agresividad del día anterior parecía esfumada de su libreto y deduje que nunca antes se había enfrentado a un hombre a medio camino entre la vida y la borrachera—. El juez me ordenó que lo pasara a buscar. Tiene interés en que usted llegue puntual a la cita.

—Es un sabio ese señor juez.

—Tiene mal aspecto, señor —comentó el muchacho sin detenerse en mi ironía—. ¿Puedo ayudarle en algo?

—¿Traes una varita mágica?

—No comprendo, señor.

—Ni falta que te hace. Si quieres cooperar con una causa perdida, ve a la cocina y calienta agua. Necesito un enorme jarro del café más cargado que puedas preparar.

El secretario obedeció y mientras él trajinaba en la cocina conseguí llegar hasta el baño y abrir la llave de la ducha. Un chorro helado rebotó en las baldosas del piso, y sin pensarlo dos veces, me introduje vestido dentro del espacio limitado por las paredes de cemento y una cortina plástica. Empapado, fui despojándome de la ropa y una vez que estuve desnudo incrementé la fuerza del chorro hasta escuchar decir basta a mis huesos.

Diez minutos más tarde estaba de nuevo junto al escritorio, vestido como para asistir a una boda y dispuesto a beber la tercera taza de café de esa mañana. Parra se entretenía hurgando entre mis libros y en dos oportunidades trató de acariciar a Simenon, que se le escabulló de entre las manos, sin deseos de entablar amistad.

—Sin tu ayuda no habría conseguido despertar —le dije y el muchacho me correspondió con una sonrisa. Hay mañanas en las que prefiero no mirarme al espejo. Temo descubrir a un ser desconocido o quebrar el maldito cristal. Sin embargo, dudo que sepas de qué hablo. Sin ofenderte, aún se te reconoce el olor de los pañales.

Parra no se ofendió. Sus mejillas adquirieron un tono rosado y durante largo rato evitó mi mirada antes de volver a dirigirme la palabra.

—¿Llamo al juez y suspendo la reunión? —preguntó.

—Mañana o cualquier otro día de la semana será igual. Es como esas malas películas que por algún motivo desconocido nunca sacan de las carteleras.

—No le entiendo, señor. Pero haremos las cosas como usted diga.

—¿Sabes para qué me necesita el juez? Me extraña que me cite a su despacho y se tome tantas molestias.

—Me parece que le ofrecerá un trabajo —respondió el secretario, y tuve la intuición de que sabía algo más.

Quise reírme, pero me resultó imposible mover el más mínimo músculo del rostro. La respuesta de Parra era como esos chistes que se escuchan en las boîtes de mala muerte, y que uno festeja por solidaridad o porque el trago ha hecho su recorrido por el cerebro. Apuré el café y cinco minutos más tarde estábamos en la calle procurando detener un taxi que nos trasladara a los tribunales.

Boleros. La culpa la tenían los boleros. Querer y olvidar, perfidia, nostalgia, llanto de luna, sin motivo, no pidas más perdón, y sobre todo, recuerdos que convertían las melosas poesías en algo tan próximo como el rayo de sol que cada mañana invadía las habitaciones de mi departamento. ¿Sabría algo de boleros el muchacho? No, qué iba a saber. A lo más contaba con veintidós años. Y ni eso. Compuestito y afirulado, era la imagen viva del monigote en la torta de la novia. ¿Habría hecho el amor? Digo, gozar y hacer gozar. No, seguro que no. Tal vez una eyaculación rápida con alguna prostituta atareada o en casas de masajes que habían emergido igual que callampas junto a la Antorcha de la Libertad y las garantías a la libre empresa. La incoherencia es absoluta —me dije— mientras el vehículo avanzaba en su ruta y trataba de concentrar mis pensamientos en un asunto preciso. ¿Por qué me interesaba el secretario de Cavens? ¿Tendría esposa, novia, o algo? Nuevamente la respuesta era no. Se le veían puntos negros en la frente y ansiedad en los ojos cada vez que el taxi detenía su marcha y era posible apreciar la silueta atractiva de alguna mujer rumbo a su trabajo. Tuve ganas de preguntarle si sabía de boleros, pero me arrepentí. La pregunta me habría obligado a contar viejas historias; las mismas que en su oportunidad le había escuchado al anciano Andaur en su tienda de discos usados de la calle Esperanza. Viejo lindo y de mierda al mismo tiempo. Maniático a la hora de recordar letras, títulos, identificar voces, recrear fantasmas musicales como Raúl Videla, y usar unos bigotitos recortados al estilo de Leo Marini. Preferí pensar en Cavens. ¿Qué empleo podía ofrecerme? Hasta ese instante había obviado la pregunta, porque no obtenía beneficio alguno adelantándome a los hechos. Me dije que nada bueno podía esperar de un juez, aunque se tratara de Cavens y su publicitada rectitud. Jugué a olvidarlo y me interrogué acerca del desencanto. Al cabo de quince años de arrendar mi oficina y de recibir a personas de las cuales difícilmente recordaba sus rostros, debía ser muy optimista para encontrar un saldo positivo a mi vida. Sí, algunos días eran grises, y otros, los menos, brillaba un tibio sol. Una respuesta torpe que no explica nada, pensé. Luego encendí un cigarrillo y al instante unas hebras de humo se escaparon a través de las ventanas entreabiertas del taxi.

—Ayer fui duro contigo —dije y Parra me quedó mirando como a un bicho raro que de pronto habla—. Hay días en los cuales uno no anda bien. Ocurren cosas desagradables, inesperadas. En fin, los discursos no forman parte de mis virtudes, pero si te sirve, considera toda esta cháchara como una disculpa.

El muchacho me observó de reojo y mantuvo silencio. A lo mejor no sabía qué decir, o le daba lo mismo la disculpa de un extraño que olía a licor y que, inexplicablemente, resultaba útil para su patrón. Mordí su silencio y de inmediato volví a tener la sensación de que los objetos a mi alrededor giraban enloquecidos.

—¿Tienes esposa, novia, o algo parecido? —le pregunté como último recurso para evitar la náusea que se avecinaba.

—Nada de eso —respondió.

Oí cómo mascaba las palabras, igual que si le hubiese preguntado si tenía lepra, Sida o tachuelas incrustadas en el trasero. ¿Qué diablos pasaba con ese muchacho? Trataba de ser su amigo, y seguía considerándome como un bulto molesto que era conveniente despachar cuanto antes. Pensé que viviría con sus padres. Un buen niño, tranquilo, puntual a las comidas y acostumbrado a leer en su dormitorio. ¿Y si no le gustaba leer y prefería comprar revistas con fotos de mujeres desnudas para verlas a solas en su cuarto? ¿Pero por qué tenía que estar pensando siempre mal de la gente? Solo es el rencor, me respondí. Demasiado tiempo al margen viendo el transcurrir de otras vidas aparentemente ordenadas, buenas y tranquilas. Un rencor tan viejo como el cuello de mis camisas o las suelas de mis zapatos. Las cosas son como son, pensé y me hundí en el asiento del auto hasta que se detuvo frente al gris edificio de los tribunales. Los malditos boleros tenían la culpa de todo.

7

Seguí a Parra a través del pasillo principal del edificio, rodeado de un silencio que me permitía oír su respiración y el rechinar de mis zapatos. A poco de andar apareció un gendarme que nos hizo detener. Era el clásico muñeco aburrido, malas pulgas, prepotente y con olor a sobaco que contrataban para ese oficio. Sus primeras palabras tuvieron la amabilidad de un fierro arrojado en las narices, y estuve tentado de aplicarle algunas palabrotas de su propio diccionario. Sin embargo, mi intención no pasó más allá de ser un escalofrío momentáneo, ya que Parra exhibió una credencial y brevemente le explicó al guardia el motivo de nuestra presencia a una hora tan inusual. El hombrón demoró algunos segundos en comprender y luego de bostezar sin disimulo nos dejó seguir.

Me había puesto un terno azul que no usaba desde el matrimonio de un amigo, tres años atrás. Me apretaba por todos lados y supuse que al menor esfuerzo sus raídas costuras reventarían. La corbata me aprisionaba el cuello con descaro y habría dado parte de mis menguados pesos a cambio de aflojar su nudo y respirar a mi antojo.

Finalmente nos detuvimos junto a una puerta de madera, y Parra me explicó que debería esperar mientras anunciaba nuestra presencia al juez. La espera fue breve. El secretario reapareció y con gestos ampulosos me hizo entrar al despacho. Escuché cerrar la puerta a mis espaldas y comprendí que Cavens deseaba conversar a solas

conmigo. La habitación era amplia y sus paredes estaban recubiertas de estantes repletos de libros en perfecto orden y debidamente encuadernados. Tras la espalda del juez pude ver un par de rostros adustos que vigilaban su trabajo desde unos óleos sombríos.

Durante unos minutos el juez hizo caso omiso de mi presencia, y solo cuando carraspeé frente a él, alzó la vista del expediente que estudiaba y me observó como a un ser de otro planeta erróneamente introducido en sus dominios. Lo noté más delgado que la última vez que nos habíamos visto. Él, del lado de la ley; yo, al extremo opuesto. Sus ojos seguían siendo grises y vivaces, pero estaban profundamente hundidos en su rostro huesudo.

—Siéntese —ordenó indicándome una silla próxima a su mesa de trabajo. Evaluó mi aspecto y enseguida me ofreció un cigarrillo que encendí con mis propios fósforos. Era un buen tabaco que hizo notar su fragancia en el aire de la habitación.

—No se ve bien —sentenció Cavens.

Era la segunda vez en el día que me decían lo mismo y no me pareció original. Tampoco él se veía muy bien. A simple vista era el anciano apropiado para ocupar una mecedora y no para seguir encerrado en una pieza a la cual el sol apenas se asomaba por las mañanas. Se lo dije y recibió el comentario con una mueca parecida a una sonrisa.

—La vejez se deja caer de golpe y no perdona —dijo. Pero en su caso es diferente. Sé cómo vive, lo que hace y el modo en que se maltrata. Cualquier otro con menos energías ya estaría en la huesera.

—No repase sus sermones conmigo, juez. Mi vida es un tema que conozco bien, y aunque no lo crea, hay momentos en que me fastidia.

—No es un sermón. Tan solo un resumen del informe que hice preparar sobre usted antes de citarlo.

—¿Tan serio es el asunto?

Cavens contuvo su respuesta mientras observaba cada rincón de su oficina. Tuve la impresión de que nunca lo había hecho antes, o que esperaba encontrar en ellos las palabras adecuadas para seguir la conversación.

—Necesito su ayuda —dijo finalmente.

—¿Qué podría hacer por usted? —pregunté sorprendido—. Creo que se equivocó de hombre. Nada nos une, salvo cierta sentencia que está en el pasado. Tampoco creo en sus leyes. Son piezas de museo, pulidas y retocadas de vez en cuando para mantener el orden que beneficia a unos pocos. No estamos en el mismo bando, Cavens. Usted dispone el rigor de las lluvias y los truenos. Yo recojo a los borrachos que se enlodan en las cunetas.

—Lo creí más inteligente, Heredia. Apenas le digo dos palabras y me propina un discurso que debe haber sacado de algún manual obsoleto de comunismo.

—No es discurso ni palabras tomadas de ningún libro. Es lo que veo a diario en esas calles a las cuales usted no les debe conocer ni los nombres. Es lo que me dice

cada infeliz que estira sus manos para pedir una moneda a la salida del Metro o de algún bar. Palabras tan obsoletas como el hambre, invadir países pobres y cobrar impuestos. Es el mundo, juez, no una colección de sombreros. Da lo mismo cómo llamen a las cosas hoy en día, siempre los dueños de los adjetivos y las etiquetas son los mismos.

—Su idealismo me conmueve, Heredia. Se lo digo sin ironía, porque soy un anciano que ha visto más cosas de las que usted puede imaginar. Tiempo atrás habría perdido mi tiempo discutiendo sus ideas, pero ese mismo tiempo ahora se me termina y debo ser práctico. Quiero que escuche mi propuesta y luego decida.

—Conforme. En sus manos está el misterio.

—Usted y yo buscamos justicia, Heredia. Sus métodos no son de mi agrado, pero reconozco que en algunas ocasiones han servido. Eso y el hecho de que su ingenuo idealismo lo impulse a entregarse por entero en los asuntos que le interesan, me llevaron a pensar en su cooperación. En breves palabras, necesito que se conmueva y trabaje a mi servicio. Imagínese que soy uno de esos ebrios que se enfangan en las cunetas.

—Sigo sin entender lo que pretende, y en cuanto a imaginármelo en las cunetas, es un esfuerzo que tendría un precio muy alto.

—Le pagaré cada gota que sude.

—Me pregunto dónde está la trampa.

—No hay trampas, Heredia.

—Voy a escucharlo y luego decidiré si su cuento posee suficientes estrellas.

—Hace muchos años me inicié como juez, Heredia —dijo Cavens, entrelazando sus largas y huesudas manos por sobre el expediente que momentos antes consultaba—. Desde que asumí como magistrado en un pueblo del norte he estado dispuesto a establecer la verdad en cada caso que me ha tocado resolver. Por cierto que he cometido errores. Todo el mundo lo hace, no importa a qué se dedique. A veces me faltó capacidad, y en otras ocasiones me dejé llevar por mis flaquezas. El miedo enturbia la mente y uno se engaña.

—Si busca la absolución de sus pecados, se equivocó de persona, Cavens. No soy Dios para perdonar sus faltas y asegurar su entrada al Paraíso.

—Si no le cree al juez, hágalo al hombre. A un anciano que está enfermo y desea emplear el poco tiempo que le resta en hacer algo útil. Los médicos me han dicho que viviré unos cuantos meses más. El cáncer es un viaje sin retorno.

—¿Por qué me cuenta eso, juez?

—Pienso que usted es un hombre honesto, más allá de su aspecto de rufián y de la miseria que lo rodea.

Cavens dejó de hablar y sus últimas palabras quedaron en el aire, como inútiles volutas de humo. Pensé que había verdad y calma en sus ojos. Dos razones poderosas para oír su historia y después darle la espalda si la moraleja no era de mi agrado. Encendí un cigarrillo de los míos, recordé mis tardes llenas de tedio y lo escuché.

—¿Recuerda el caso de Víctor Alfaro Godoy? —preguntó Cavens al mismo tiempo que sacaba de uno de los cajones de su escritorio una voluminosa carpeta azul.

—Vagamente. Es un crimen que ocurrió hace seis o siete años. Se habló mucho de eso en la prensa, y luego dejó de ser noticia. Más no recuerdo.

—Ocurrió hace ocho años, Heredia. En el verano del año 1981. Alfaro era un dirigente sindical, buen agitador y querido por la gente. Lo secuestraron una mañana al salir de su casa. Las versiones del asunto son contradictorias. Supuestamente sus captores eran seis hombres que se movilizaban en dos taxis. Hubo algunos testigos que inicialmente aportaron valiosos antecedentes, pero que después modificaron sus testimonios. Lo único concreto fue que a la semana del secuestro apareció muerto en un sitio eriazo cercano a Puente Alto. Tenía cinco balas en el cuerpo y algunos cortes en el cuello. Su sindicato y la Vicaría de la Solidaridad pidieron la designación de un ministro en visita a la Corte para la investigación de su secuestro y posterior muerte. Me tocó asumir ese trabajo y por eso pude conocer a sus familiares y compañeros.

Busqué todas las pistas posibles y llegué a la conclusión de que los responsables eran algunos miembros de la Central Nacional de Informaciones. Acumulé las pruebas y solicité diligencias específicas al Servicio de Investigaciones. Nunca quisieron cooperar. Una mano misteriosa manejaba los hilos y solo pude llegar a un punto en que me vi obligado a sobreeser el caso en forma temporal.

—Su historia es similar a otra, y en todas ellas el dedo acusador apunta hacia el mismo lugar. ¿Qué puede haber de diferente en la muerte de Alfaro? Hasta ahora no me ha dicho nada que justifique el sueño perdido.

—¡Déjeme terminar, Heredia! En el caso de Alfaro han surgido nuevos antecedentes que ameritan reabrir la investigación.

—¿Qué quiere decir, Cavens?

El juez no respondió a mi pregunta. Hizo funcionar un intercomunicador instalado sobre su escritorio e impartió algunas instrucciones a Parra. Enseguida me observó a los ojos dispuesto a no perder detalles de mis próximas reacciones.

8

Parra reapareció en la oficina acompañado de una mujer que vestía una larga falda de cotelé negro y un polerón grueso del mismo tono. Un luto que se transmitía de sus prendas a su rostro moreno y envejecido. Cavens se puso de pie para saludarla y

enseguida le ofreció asiento a mi lado. Luego, observó a su secretario y con un gesto apenas perceptible en su rostro, le ordenó retirarse.

—La señora Julia Solar —dijo Cavens reacomodándose en su sillón—. De ella fue la idea de recurrir a sus servicios, Heredia. Le hice ver los inconvenientes de tal cosa, pero insistió y tuve que acceder a su demanda.

Miré a la mujer pensando encontrar algún gesto amistoso de su parte, pero ella se mantuvo seria, inmovible como una roca acostumbrada a entenderse con los temporales. Entrelazó sus manos sobre la falda y esperó a que el juez retomara su discurso.

—Ella sabe quién es usted, así que no preciso presentarlo —agregó Cavens.

—Todos parecen saber qué papel juegan en esta oficina, menos yo —comenté.

—Ya entraremos en materia, Heredia —replicó el juez.

—Más vale que sea así. Tanto misterio comienza a impacientarme.

—Lo concreto es que han surgido antecedentes que posibilitan la apertura del caso Alfaro. Hace diez días la señora Julia vino a conversar conmigo. Un sacerdote de su barrio le había hecho llegar cierta información referente a su hijo, Daniel Cancino Solar, estudiante de la Universidad de Santiago, secuestrado y sin paradero conocido desde el mismo día que detuvieron a Alfaro. Uno de los agentes que participaron en su captura se acercó a ese sacerdote y le pidió hacer llegar su confesión a los familiares.

—Mi Daniel estaba por terminar sus estudios de Ingeniería Eléctrica —dijo de pronto la mujer, interrumpiendo al juez que no hizo nada por evitar que continuara con sus recuerdos—. Desde el año 1970 era militante del partido Socialista, y luego del Golpe Militar siguió trabajando en actividades políticas. Esas actividades nos inquietaban a mí y a su padre, pero estábamos conscientes de que nada de lo que dijéramos lo haría cambiar de conducta. Había escogido un camino, y solo Dios sabe las razones. En la universidad conoció a Gabriela, una linda muchacha con la cual se casó tres meses antes del secuestro. Como ninguno de los dos trabajaba, vivían en nuestra casa. Una noche lo vinieron a detener. Un grupo de hombres que no se identificaron se lo llevaron a la fuerza y a mi esposo le obligaron a firmar un papel donde se dejaba constancia de que la detención se había realizado sin apremios. Al otro día recorrimos todos los lugares posibles para dar con su paradero y no logramos saber nada. Al cabo de dos meses me incorporé a la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos, y desde entonces he trabajado con la esperanza de volver a verlo algún día. Sabía que era muy probable que estuviera muerto, pero al menos alentaba la posibilidad de recuperar su cuerpo y darle una sepultura digna.

—Y finalmente apareció —continuó relatando Cavens al ver que la mujer vacilaba un instante—. La confesión recibida por el sacerdote nos permitió llegar a unos terrenos próximos a Quilicura donde se encontraron nueve osamentas. El sacerdote hizo venir a ese hombre hasta mi oficina. Ratificó la confesión y concluido el trámite decidimos realizar la diligencia que nos llevó a encontrar los restos. Todos

presentaban huellas de haber recibido torturas antes de morir.

—¿Debo entender que una de las osamentas pertenece al hijo de la señora? ¿Qué seguridad existe de tal cosa?

—Reconocí a mi hijo por los restos de una chomba de lana que le tejí para su último cumpleaños —contestó la mujer—. Además, cuando era muchacho se cayó de su bicicleta y hubo que ponerle una tapadura de oro en uno de sus dientes delanteros. Todo está debidamente comprobado, sin posibilidad de duda. En la investigación hemos contado con la ayuda del doctor Argüello, un facultativo vinculado a una organización de derechos humanos en Buenos Aires.

—Es un experto en antropología forense —aclaró Cavens—. Ha desarrollado una técnica novedosa de investigación a través de la cual se combina la computación con antecedentes sobre los rasgos físicos de las víctimas. Basta conocer unos datos de la estructura ósea de la víctima y compararlos con las osamentas. De la comparación se puede llegar a resultados altamente confiables, a tal punto que si los restos muestran huellas de impactos de proyectiles o huellas de heridas cortopunzantes, es factible determinar hasta la forma y posición en que murió la víctima.

—Muy instructivo, juez —comenté sin evitar un tono de escepticismo en mis palabras—. Sin embargo, no entiendo por qué me cuentan tantos detalles.

—Para que entienda que no estamos sembrando en el aire —dijo el juez—. Por la fecha en que ocurrieron los hechos y con los datos proporcionados por el agente podemos deducir que los asesinatos de Alfaro y Daniel Cancino fueron ejecutados por las mismas personas.

—Explíquese, Cavens.

—El hombre declara haber participado en ambos secuestros y que las víctimas estuvieron detenidas en una casa de la calle José Domingo Cañas.

—¿Y cuál es el nombre del agente?

—Agustín Cayasso.

—¿Cayasso? ¿Es el único nombre?

—Cayasso mencionó a otros. Juan Devia, Fermín Urzúa, Mario Belmar y un tal «Ñoño» Véliz. Los dos primeros son nombres reales y los restantes solo chapas, identidades falsas.

—¿Cómo lo sabe?

—Hice algunas averiguaciones. Devia y Urzúa eran funcionarios de la DINA y consta que murieron en combate con extremistas. Lo comprobé con sus familiares y en el Servicio de Registro Civil. En cuanto a los otros nombres, pedí sus antecedentes a la actual Central Nacional de informaciones, heredera de la DINA, y me informaron que no existen ni han existido funcionarios con tales nombres.

—Con los antecedentes proporcionados por Cayasso podría pedir algunas diligencias.

—Podría, pero no quiero, Heredia. Tendría que adjuntar la confesión de Cayasso y eso pondría en peligro su vida. Necesito más información. Si destapo la olla antes

de tiempo daré oportunidad a que se entierre el asunto.

—En resumen, todo quedará en nada.

—¿Aún no entiende por qué lo mandé a llamar?

—¿Usted quiere? —pregunté sin atreverme a terminar la frase.

—Que investigue por su cuenta y con sus medios. Es un caso con mucha gente sucia, y usted sabe cómo tratarlas.

—¿Un sucio entre sucios? ¿Esa es su teoría?

—Si quiere verlo de ese modo, no me opongo.

—Lo siento. Más le vale no contar conmigo. En los últimos años he tenido demasiados encontrones con esos tipos. No he obtenido nada con verles la cara y dudo que en esta oportunidad las cosas sean de un modo distinto. Si desea escribir una novela y le hace falta un personaje idiota, recurra a otra persona.

—Me equivoqué con usted, Heredia.

—Llegó demasiado tarde. Tengo el pellejo cansado y el ánimo flojo. Olvide todo, deje a los muertos en paz. El pasado es menos duro si se le olvida —dije, convencido de que mentía.

—Olvidar es hacerse cómplice de esos crímenes —dijo la mujer, y enseguida agregó—: Me desilusiona, Heredia. Demetrio Gutiérrez me había dicho que usted era un hombre decidido, confiable.

Demetrio era un amigo de la infancia al que había frecuentado hasta fines del año 1976, fecha en la cual tuvo que asilarse en la Embajada de Suecia porque era buscado por los organismos de seguridad. Lo recordaba con sus bigotes espesos y una permanente sonrisa en el rostro, siempre optimista y animando las conversaciones del barrio.

—¿Demetrio Gutiérrez? —pregunté, sintiendo que el pasado entraba en la oficina y se sentaba a mi lado—. ¿Qué es de él?

—Regresó al país hace seis meses. Tal vez no debía haberle hablado de él, pero evitar su negativa puede justificar la infidencia. Demetrio lo estima mucho.

—Y yo a él —respondí.

—¿Va a cooperar? —preguntó la mujer.

—¿Quién asegura que el testimonio de Cayasso sea verídico? —pregunté con la intención de ganar tiempo antes de dar una respuesta definitiva.

—Existe otro testimonio —dijo Cavens—. El de una mujer que también estuvo detenida con Daniel, y que además, asegura haber oído el nombre de Alfaro.

—Muchos nombres. Mucha oscuridad y mugre. No soy Dios, solo un detective cansado, con un permanente deseo de beberse una copa y dejar que la vida pase a su lado sin importunar. Nadie revive a los muertos y los asesinos se llevarán sus culpas a la tumba.

—Yo necesito recuperar a mi nieto —exclamó Julia Solar.

—¿Qué quiere decir? —pregunté, sintiendo que en alguna parte se cerraba una puerta.

Durante un minuto la pregunta quedó flotando en el aire. Miré a Cavens y lo vi a la espera de la respuesta que me daría la señora Solar. Con seguridad él la conocía y de algún modo había programado la conversación para llegar a ese punto si era necesario. La mujer sacó de su cartera un pañuelo y se lo llevó al rostro para secar unas lágrimas. Luego, con una voz que me pareció cansada, retomó su historia.

—Antes olvidé decir que a mi hijo lo secuestraron junto a su esposa Gabriela, la que en ese momento tenía ocho meses de embarazo. Se había hecho una ecografía y si todo continuaba bien, iba a ser madre de un niño.

—¿Y usted cree que ese niño nació? —pregunté adelantándome al relato.

Cuando examinaron las osamentas de mi hijo y de Gabriela le hice saber al médico lo del embarazo, y él llegó a establecer que en el vientre de mi nuera no existía vestigio de un feto. Aún más, pudo determinar que la habían sometido a una operación cesárea. ¿Entiende? Eso quiere decir que en alguna parte vive un niño de siete años que es mi nieto.

—Hay una remota posibilidad de que así sea, señora.

—Sé que él existe —contestó la mujer, al tiempo que se llevaba una de sus manos al pecho—. Es una intuición.

—No quisiera desanimarla, pero las probabilidades de que un niño sobreviviera a ese tipo de prisión no las creo reales.

—En la Agrupación hemos tenido antecedentes de niños que han nacido en idénticas condiciones, y que luego fueron vendidos. Existe una organización para hacer eso, y debe haber un modo de seguirle las huellas.

—¿Entiende ahora la vinculación entre Alfaro y Daniel? —preguntó Cavens—. Si llegamos a descubrir a los secuestradores podremos conocer el destino del niño.

—¿Se da cuenta de lo que me pide?

—Demetrio dijo que usted era capaz de cualquier cosa —agregó Julia Solar. Sus palabras, más que una afirmación, era un ruego.

—Él siempre fue bueno para inventar historias —respondí.

—Contábamos con usted —insistió Cavens, y sus ojos profundos se quedaron a la espera de ver aparecer un conejo de mis bolsillos.

—Haré un intento, pero no prometo nada —dije.

Cavens y la mujer se miraron. En otra situación tal vez habría reído, pero en ese momento no había nada que celebrar. El juez me pasó la carpeta azul que tenía sobre su escritorio, mientras la señora Julia anotaba algo en una hoja de papel.

—En esa carpeta están los antecedentes del caso —dijo Cavens.

—Y en este papel la dirección de mi casa —agregó la mujer pasándome la hoja.

—Parece que estaba todo preparado y que ya no queda nada más por decir —comenté, al tiempo que me encaminaba hacia la salida. Me detuve antes de abrir la puerta, observé al juez arrellanado en su sillón y lo noté preocupado.

—Necesitaré algún dinero —añadí.

—Esta tarde le enviaré una cantidad con mi secretario —respondió Cavens.

—También necesito dos respuestas.

—¡Pregunte!

—¿Puedo confiar en su secretario?

—Él acaba de entrar a trabajar bajo mis órdenes y no sabe nada del asunto.

—¿Solo nosotros tres?

—Así es, y si algo se llega a saber de nuestro trato, lo negaré absolutamente.

—¡Cómo en las películas!

—¿Cuál es la otra respuesta que desea conocer?

—¿Por qué me eligió para este asunto?

—Usted lo dijo, Heredia. Escribo una novela y necesito un personaje idiota.

Salí de la oficina y cerré la puerta con violencia. El secretario tuvo la intención de reprenderme, pero se contuvo a último momento.

—Si abres la boca te haré tragar tu fea corbata —le advertí.

Cuando el muchacho logró recuperar la voz ya me hallaba fuera de los tribunales, y sus posibles palabras se perdieron entre el bullicio de la gente.

10

El pasado estaba en las calles que recorría y en la carpeta que el juez Cavens me había entregado. La apreté fuerte entre mis manos y me encaminé por la calle Bandera en dirección a mi oficina.

¿Qué me había impulsado a tomar el trabajo? Tal vez habían sido las palabras de Cavens, la necesidad de ganar algunos pesos, o lo dicho por la mujer acerca del olvido. No tenía la respuesta y el pasado se me antojaba el mismo viejo mañoso e inoportuno que de costumbre llegaba a golpear a mi casa. ¿Quién responde por el horror y el miedo? La pregunta a Solís volvió a mi memoria y pensé que por una vez podía confiar en las palabras de Cavens y adentrarme en esos túneles que debían conducirme a ese hipotético niño. Encontrarlo tendría que ser una repuesta lo suficientemente clara como para seguir mirándome al espejo sin rencor.

Pero ¿por dónde empezar? No existen pautas prefijadas en este negocio. Ni decálogos, principios, o consejos de sabios maestros. Cada caso es una hoja en blanco con sus dudas, miedos y personajes ocultos. Esperar es lo único prudente. Mover los dados imperceptiblemente. Abrir los ojos para ser el testigo en el instante justo.

Dudas que callé cuando salió a mi encuentro un Simenon sorprendido, deseoso de una caricia, hambriento. Busqué en el refrigerador un trozo de carne y lo desmenucé con rápidos cortes de cuchillo. Simenon olisqueó un segundo su merienda y enseguida se dio a la tarea de masticar. Junto a la puerta no había nuevas cartas, pero la de Andrea seguía abierta sobre el escritorio. Una carta sin remitente. ¿Y de qué otro modo podía ser? Ella me sabía capaz de acudir hasta su casa. ¿Conocería su esposo las historias que arrastraba tras de sí? Probablemente no. Se habían conocido lejos del cabaré, ya que ella lo abandonó tres meses antes de irse de mi lado. Se puso a trabajar en una empresa de importadores holandeses, y al despedirse me aseguró que estaba próxima a ser trasladada a Temuco. Después me envió una postal desde esa ciudad, y a los pocos meses de recibirla la encontré una tarde paseando por el centro de Santiago. Fue un encuentro cálido pero distante. Saludos sin besos, preguntas vagas y luego un café en el Santos. Se veía distinta. Segura y sin intenciones de conversar de las cosas que nos unían. Dijo que yo estaba igual que siempre, como si después de mucho tiempo no hubiese podido librarme de una horrible enfermedad. ¿Por qué no te retuve a mi lado?, le pregunté en algún momento y ella se limitó a mirar su reloj, apachurrar el cigarrillo que fumaba y terminar su café. Nos despedimos a un costado de la Iglesia Catedral y al hacerlo le pedí un último beso. Ella se dejó abrazar y recibió mis labios sin entusiasmo. No, su marido no podía conocer el pasado. Seguramente era un compañero de trabajo. Un ser tranquilo que llegaría todas las noches a su casa, y los fines de semana iría al estadio, o al cine si ella se lo pedía. ¿Y si averiguaba la ubicación de su trabajo? No era difícil, aunque carecía de sentido. Releí su carta, la amuñé y la puse sobre un cenicero. Una llama breve iluminó la oficina cuando quemé la hoja. Simenon abrió los ojos y una vez que el fuego se extinguió, regresó a su carne.

Estaba solo, con Simenon, algunos libros y mis recuerdos. Lo demás eran nostálgicas señales de humo, y la ciudad con su aparente rostro nuevo, maquillado con carteles de propaganda política, consignas y declaraciones de libertad. Mucha goma líquida en las murallas, rayados y contrarrayados. Todo eso estaba muy bien, igual que un carnaval o un casamiento. Las botas me disgustaban, pero muchos de los rostros en los carteles tampoco eran de mi agrado.

¿De qué te sorprendes?, creí oír preguntar a Simenon. Esos tipos nunca pierden. Deja que fluya la esperanza, le respondí. ¿No te acuerdas de aquella noche del 5 de octubre de 1988? Hermoso fue ver a esa gente que se había apoderado de las calles, que cantaba, agitaba banderas y se daba de abrazos. Simenon se había escabullido por la ventana y salí tras de él. Una anciana me besó las mejillas y un muchacho me invitó a un trago de ron barato. Me dejé llevar. Grité con una voz desconocida y como en el bolero de Javier Solís, amanecí en los brazos de una mina loca, apasionada y risueña que no quiso decir su nombre mientras nos amábamos. Había sido bueno, y por eso se esfumó como las huellas de un gorrión. Quedé con el aroma de la ausencia y durante varias noches salí a recobrar el carnaval, y ya no estaba.

—Mucha literatura, atorrante —escuché decir a Simenon mientras se limpiaba sus patas y movía su cola risueña—. Deberías hacer como ese colega tuyo que inventó un escritor catalán, y quemar de una vez todo tu pasado de libros y nostalgias.

—Un día de estos te vas a quedar sin casa, maldito gato de padre desconocido. Tendrás que volver a los tejados y conformarte con las ratas o lo que dejen tus amigos en los tachos de basura —le respondí, y mis palabras fueron tan certeras que lo vi acercarse a mi lado, y de un solo brinco se posesionó de mis piernas. Acaricié su lomo blanco, sus blandas orejas y él lengüeteó mis dedos a modo de disculpa.

—Estás un poco chalado, pero te quiero —me dijo.

—Lo sé. Y no te dejaría volver a los callejones. Te morirás de viejo o intoxicado por mis libros. Y nunca te irás de este departamento, salvo que lo hagamos juntos. Ahora ocúpate de tus cosas. Tengo un trabajo que sacar adelante y ya he gastado mucho tiempo con el anzuelo del pasado.

Simenon obedeció de mala gana y regresó a su rincón favorito para atrapar un insignificante rayo de sol que se filtraba por la ventana. Lo observé jugar un rato y después abrí la carpeta azul. No era el expediente original del caso, sino una síntesis escrita por el propio juez con una letra pequeña y redonda, inalterable en su rectitud a lo largo de cada hoja. Hechos, fechas, nombres, breves acotaciones al margen, preguntas, artículos legales, y una mariposa seca entremedio de dos hojas. También fotos del cadáver de Alfaro y Cancino. Algunos retratos hablados de los secuestradores y un relato de los posibles hechos que, junto con el resumen legal, parecía el capítulo inconcluso de una novela.

11

La carpeta seguía en el escritorio y las preguntas rondaban en mi mente igual que zancudos hambrientos. Una mañana Alfaro inicia su trabajo de taxista. Una carrera, dos, y luego unos hombres interceptan su vehículo. Simple, bárbaro y cotidiano. La ciudad y su rutina de cada día, con sus lecheros, comerciantes ambulantes, escolares, médicos y banqueros. Sus secretarias perfumadas y sus ejecutivos de cabelleras mojadas y relucientes. Los personajes de costumbre y la misma muerte con su cara de asombro. Un día similar a otros. El sol, el cielo y todas esas cosas que se saben. Leí otras páginas al azar. Declaraciones de testigos que se contradecían. Seis hombres. O quizás cinco. Dos taxis y un auto rojo. Miedo, eso sí. El dueño de un almacén que juraba haber visto la patente del coche rojo. Un número seguro que al término de la

semana ya no lo era, y una nota de Cavens indicando que el almacenero había sido visitado por unos desconocidos. Tres minutos de argumentos contundentes y una súbita pérdida de memoria para dar paso al olvido, a la complicidad. Un carabinero que regresaba a su casa y que al ver el choque entre el auto de Alfaro y otro desconocido se acercó a investigar. Solo un vistazo, porque un hombre vestido con una casaca de mezclilla le mostró una credencial suficientemente poderosa como para hacerlo alejarse del lugar. Y luego, cuando el juez lo había conminado a explicar la naturaleza de la credencial, el carabinero se confunde y declara que se equivocó. No existía credencial y el supuesto accidente había quedado resuelto sin querrela entre los involucrados. Toda la carpeta contenía datos en el mismo estilo. Descripciones que nada aportaban. Bigotes que podían ser rasurados, ojos cubiertos con lentes oscuros, estaturas que variaban según la distancia de los testigos. Solo una seguridad, la del suplementero que decía haber visto en otras oportunidades al vehículo rojo, siempre frente a la casa de Alfaro, ocupado por hombres jóvenes que simulaban leer un diario y cada cierto rato compraban bebidas o cigarrillos en un boliche próximo a la casa del sindicalista.

Todos conocen la verdad, pensé. Solo falta el hilo que desencadene la madeja, el grito, la palabra real que nombre y no disfrace las cosas. Leí un par de veces la confesión de Cayasso y cuando estaba a punto de tomar algunas notas, oí que golpeaban a la puerta. Era Parra, el secretario de Cavens. Me saludó sin gran entusiasmo y le ofrecí asiento junto a mi escritorio. Se veía más marchito que por la mañana y una mueca de hastío se reflejaba en su rostro.

—¿Trabajando fuera del horario de oficina? —le pregunté.

—No tengo otra alternativa. Hay días en que al juez se le ocurren mil cosas. Hoy me lo he pasado corriendo de un sitio a otro, citando a distintas personas, mecanografiando declaraciones y cartas, y como si fuera poco, a última hora me encargó que lo viniera a ver.

—Descuida, muchacho. Mañana será igual y al cabo de veinte años habrás adquirido práctica, te asignarán un oficio tranquilo y las horas te parecerán lentas, tediosas y con un desagradable sabor a vida perdida.

—Si trata de darme ánimo, no va por un buen camino —dijo Parra, al tiempo que dejaba en el escritorio un sobre con el membrete del juez en uno de sus bordes.

Lo guardé en mi chaqueta sin examinar su contenido. La curiosidad mordía la lengua del secretario, pero no se atrevió a preguntar nada.

—¿Quizás un trago te anime? —le pregunté.

—Gracias, no bebo alcohol.

—¡Lástima! Ya aprenderás que un trago ayuda. Es cosa de tiempo y de saber cuál es la medida que se necesita. Hay un punto preciso entre un trago que salva y otro que hace olvidar hasta el motivo de beber.

—No entiendo lo que me quiere decir.

—Es una breve reseña de la filosofía de la justificación. En este instante necesito

esa medida exacta y no deseo beberla a solas, eso es todo.

—Mi intención no fue ser descortés.

—Descuida. Puedo salir a la calle, abrir una botella y de inmediato tendré a mi alrededor una docena de amigos de toda una vida. Tipos de los que con seguridad nunca conoceré sus nombres.

—Dice cosas raras, Heredia. Me cuesta entender sus palabras y más aún la forma en que vive. Su casa está en desorden y cada vez que lo visito lo encuentro sentado, ocioso. Cavens tiene un juicio negro sobre usted y la verdad es que comienzo a darle la razón.

—Nadie te pidió tu impresión. Creo que ya cumpliste el encargo y va siendo hora que regreses a tu hogar. Toma un bus rápido y te aseguro que llegas a tiempo para ver las buenas noches del Topo Gigio.

—Le gusta agredir a la gente.

—Lo disfruto y la gente me odia por ello.

—Pienso que no habla en serio.

—Nunca se sabe, amigo. Nadie me paga por ser amable.

—Me hubiese gustado ser su amigo, pero ya veo que es una tarea imposible. Le deseo suerte en su trabajo, ya que por lo que dice el juez, usted es incapaz de enhebrar una aguja.

—¿Eso dice el juez?

—Cuando me dio el sobre comentó que era el dinero peor invertido en su vida, y que confiaba que a usted solo le serviría para coger una borrachera.

—¿Pagarías un servicio que no deseas?

—No.

—¿Entonces?

—Buscaría una justificación para la conducta del juez.

—Correcto. Y para eso necesito saber ahora mismo la dirección de la casa de Cavens. ¿Tú la tienes?

—Está en la guía de teléfonos —respondió Parra y enseguida se despidió de prisa, como si en ese segundo hubiese recordado una tarea urgente que cumplir.

Lo dejé sin mayor ceremonia. Saqué de la chaqueta el sobre de Cavens y conté los billetes que venían en su interior. Era el mejor adelanto que jamás había recibido por un trabajo. Cincuenta billetes de a mil, como el título de un cuento de Hemingway. Una cifra más allá de todos mis cálculos que sentí entre mis dedos con la alegría que se escucha el murmullo de un río después de caminar muchas horas en medio de un bosque espeso.

Consulté el directorio telefónico, registré la dirección particular de Cavens, y luego de guardar su relato en mi chaqueta, me despedí de Simenon y salí a la calle.

Segunda Parte

1

La Estación Mapocho, convertida en una feria de libros y vanidades, iluminaba la noche orillera, maloliente y pecaminosa que se extendía desde la boca de la calle San Martín y Hurtado de Mendoza. La observé desde lejos mientras iba reconociendo los aromas recargados de los restaurantes, los puestos de frutas y el Mercado Central. Era una noche ideal para conversar una botella de vino o sumergirse en los locales nocturnos que abrazaban a los transeúntes con sus luces multicolores. Respiré ese aire que me pertenecía al igual que cada uno de los rincones del barrio, y con algo de esfuerzo abordé el bus que me servía para llegar a la casa del juez Cavens.

La casa era pequeña, algo descuidada en su aspecto exterior y sin nada en su diseño que acusara la intervención de un arquitecto con ingenio. Murallas encementadas, ventanas amplias y una descolorida placa con el nombre del juez colocada en la puerta principal. Ninguna ostentación, salvo un tupido cerco de ligustrinas que rodeaba la casa, ayudado por algunos cerezos, aromos americanos y palmeras que convertían el patio en un oasis cinematográfico.

Toqué el timbre ubicado en un portón de fierro y transcurridos unos minutos apareció una mujer delgada, vestida con un delantal de enfermera. La expresión hosca de su rostro no sufrió alteración cuando la saludé y le di a conocer el motivo de mi visita.

—Los asuntos de trabajo el juez los atiende en su oficina —dijo sin considerar mayormente mis palabras.

—Es un problema urgente —repliqué—. El juez me autorizó para venir en caso de emergencia.

La mentira hizo su juego de serpiente y se aferró al ánimo carcelario de la enfermera que, luego de estudiar la falsa sonrisa pintada en mi cara, bajó sus defensas, preguntó mi nombre y se dejó convencer con la ingenuidad de una solterona enamorada.

—Dígale que no pretendo abusar de su tiempo.

La mujer me hizo entrar a una sala oscura en la que pude reconocer una cuidada colección de retratos en blanco y negro. Rostros familiares con los que el juez procuraba retener el tiempo, ya que hasta donde estaba enterado, vivía solo, y la

enfermera reemplazaba a su esposa muerta en la década de los años sesenta. Un sustituto doméstico, de aseo, cocina, lavado de ropa y atención de los pocos amigos que llegaban a beber una copa o jugar unas partidas de ajedrez.

Quince minutos después apareció Cavens en la sala. Nada en su aspecto revelaba descanso o relajamiento a una hora en que la mayoría de la gente aflojaba el nudo de sus corbatas, se ponía pantuflas y bostezaba frente al televisor. Me saludó cordialmente, y junto con invitarme a ocupar un mullido sillón de cuero, me ofreció un trago de coñac. Acepté la oferta y vi al anciano llenar dos copas sin preocuparse del temblor de sus manos. Cristal y licor formaron una combinación perfecta que disfruté un momento en mi boca.

—¿Cuál es el motivo de su visita, Heredia? Clementina dijo que parecía algo urgente y confío que así sea. De lo contrario, ella misma se encargará de sacarlo de casa. Es un tanto quisquillosa con mis horas de reposo.

—La verdad es que me soplaron que usted tenía un buen licor y sentí curiosidad por saber si era cierto.

—Majadero. ¿A qué vino?

—Deseaba conocer el origen de cierta historia —respondí, al tiempo que sacaba las hojas con el relato escrito por el juez.

Cavens miró los papeles con un brillo risueño en sus ojos y sin aparentar interés en ellas, se puso de pie y se aproximó a un vetusto tocadiscos.

—¿Le gusta la música? —preguntó.

—Boleros y tangos.

—Me refería a la música clásica.

—A veces, cuando algo en mi interior lo pide.

—Probaremos con «El Titán», de Mahler. Es una obra que siempre me conmueve. La primera vez que la oí fue en el Teatro Municipal. Me acompañaba Lisette, mi esposa, y pagué las entradas con buena parte de mi primer sueldo. De eso ya hace mucho tiempo. Ahora no voy al teatro ni está Lisette. Pero basta de cháchara. Usted trae una historia y seguramente no desea presenciar los lagrimones de un viejo.

—Es su casa y su tiempo, juez.

—Aún así no debo abusar de su paciencia. En cuanto a esas hojas que trae, son las piezas de un pequeño juego.

—¿Qué quiere decir?

—Comúnmente las personas que trabajan con datos o ideas a relacionarse tienen un método para razonar cuando los problemas se complican. Unos se beben un trago, salen a caminar o escuchan música. Otros se dedican a los trabajos manuales o ven un partido de fútbol. En mi caso, escribo. Trato de reconstruir el asunto que me aproblemó. Imagino las circunstancias, las palabras, los hechos, y los reconstruyo a partir de lo que conozco. Es un viejo truco que concebí siendo joven. Y de ese modo escribí dos novelitas, sin pretensiones de mostrarlas a nadie, hasta que un día a Lisette se le ocurrió enviarlas a una editorial en Buenos Aires. El resultado de esa

gestión está en la repisa que usted tiene a su espalda, Heredia.

Miré hacia el mueble indicado y vi una docena de libros empastados. Tomé algunos al azar y leí sus títulos. Eran novelas policiales firmadas con nombres extraños como Bill Tully, Roy Logans, Burt Lewis.

—Nombres inventados, Heredia. Pero yo soy el autor de todos esos libros y le puedo asegurar que cada uno de ellos se vendió bien. Gané dinero y de paso me liberé de algunas obsesiones.

—Le creo, juez. Sin embargo, no entiendo por qué omitió su nombre.

—Un modo de resguardo. Escribía sobre hechos incómodos para sus verdaderos protagonistas, y eso podía ser perjudicial para mi carrera funcionaria. Además, para que una novela policial llame la atención debe ir precedida por un nombre en inglés. Si sus personajes no se llaman Mary, John o Bill, nadie las toma en serio.

—Tengo que reconocer mi sorpresa, juez.

—No es el primero que lo hace, Heredia.

—¿Entonces, el relato sobre el secuestro de Alfaro es un invento?

—En buena parte sí.

—Creí encontrar un hilo grueso en esos papeles. Me equivoqué y mi visita ha perdido su objeto. Beberé el coñac y me iré.

—¡Vamos, Heredia! ¿A quién trata de engañar? Esas hojas no eran el único motivo para venir a mi casa. Usted es bastante astuto como para reconocer que en ellas solo hay un poco de mala ficción.

—Leí su carpeta y tengo la impresión de que no me ha dicho todo lo que sabe.

—¿A qué se refiere?

—A cómo ubicar al agente Cayasso. Me gustaría conversar con él.

—Imposible, Heredia. Hice un convenio con Cayasso y consiste en mantenerlo al margen mientras no estén atados todos los cabos de su historia. Nadie debe contradecir su testimonio. Daré a conocer su confesión en el instante que lo considere oportuno, y sin que hacerlo signifique arriesgar su vida.

—Me parecen muchas consideraciones para ese tipo.

—No las son.

—Usted conduce las acciones por el momento. Dejaré de lado a Cayasso y me conformaré con su confesión escrita —mentí.

—Es usted razonable, Heredia.

—También me llama la atención que en sus apuntes no considere al nieto de la señora Solar.

—Ese es un asunto tan poco factible de resolver que preferí dejarlo en un segundo plano y no desviar la atención hacia otro personaje que no sea Alfaro.

—Me confunde, juez. ¿No fue ese niño el que motivó mi presencia en su oficina? ¿No fue acaso la señora Solar la que pidió mis servicios?

—Cierto, pero eso no implica que aliente muchas esperanzas con respecto a la recuperación del niño.

Sentí el aliento de una brisa imaginaria y al mirar al juez lo vi con la vista extraviada en un punto indeterminado de la sala, como si sus palabras fueran una cosa, y sus pensamientos, otra.

—No me parece correcto ni justo.

—No sea ingenuo, Heredia. ¿Cómo vamos a encontrar a ese niño? Si en verdad existe, ya debe ser un mocoso con una vida formada, con padres que él debe creer que son los suyos. La verdad le rompería el alma.

—Siempre es mejor la verdad.

—¡Por Dios, Heredia! ¡No haga frases conmigo! ¿A quién desea convencer? Vivimos rodeados de mentiras. El pasado ya no existe y es mejor olvidarlo.

—¿Como Mahler y los recuerdos de su esposa?

—Eso es diferente.

—¿Por qué?

Cavens no respondió. Se puso de pie y dio algunos pasos por la sala. Dijo estar cansado y me solicitó que me retirara. Mi pregunta quedó en el aire, aun luego de que me diera las buenas noches. Me sentí confundido. Sin deseos de pensar más en el asunto.

Detuve un taxi y le pedí que me dejara en la entrada sur del Paseo Ahumada. Con el recuerdo de Claudia caminé hasta el Burger de nuestro encuentro, y solo después de dos tazas de café me convencí de que la magia no se repetiría esa noche. Al salir de nuevo a la calle compré cigarrillos y con las dudas aferradas a mi garganta regresé a mi departamento.

Había sido una noche perdida hasta que escuché sonar el timbre del teléfono.

2

—¿Heredia? —preguntó Claudia.

—Te busqué esta noche en el Burger. El café seguía malo y las mesas estaban vacías.

—Llamé varias veces. ¿Para qué tienes teléfono si no lo contestas?

—A veces lo hago y tengo suerte, porque al otro lado de la línea me susurra un ángel.

—Deja esa miel para otra tonta. Probablemente ni te acordabas de mí, o me tenías anotada en tu lista de conquistas fáciles.

—Sí. Una gran lista de ausencias.

—He estado ocupada. Debía entregar un trabajo y tuve que encerrarme a machacar la máquina de escribir. Pero esta noche estoy sola, libre y con ganas de beber café.

—¡Vaya mina directa!

—Es bueno que te adaptes a los tiempos que corren. Ya nadie espera rosas ni cartas perfumadas.

—Tengo una oficina en desorden, una cocina pequeña donde se puede preparar café y un gato fisgón que sabe ser discreto en ciertas ocasiones.

—¿Es una invitación?

—¿Tú qué crees?

—¿Por qué tienes esa estúpida sonrisa en la cara? —preguntó Simenon cuando me vio dejar el teléfono en su sitio. Lo miré y sin decirle nada dejé que la curiosidad quemara su pellejo. Me acerqué a la ventana y observé el muro que existía frente al edificio. Unos muchachos pintaban una consigna en contra del dictador, y podía observarlos como parte de una mala película de suspenso. Eran cinco. Dos vigilaban en cada extremo de la cuadra, un tercero trazaba algunas letras de color negro, y los otros dos las rellenaban con rápidos brochazos cargados de pintura roja. ¡Mierda de cabros! exclamé. Los observé trabajar hasta que terminaron el rayado y cuando se perdieron en la oscuridad sentí una especie de alivio. Les deseé que encontraran una taberna abierta donde beber unas cervezas y festejar la pequeña victoria.

Minutos después escuché el timbre de la puerta y al abrirla me encontré con Claudia. Su sonrisa era lo que más me atraía de ella. Era clara, provenía de sus ojos y de un modo directo de mirar que costaba resistir sin pestañear.

—La Venus de Botticelli —dije.

—¿Qué dices?

—Es solo un recuerdo.

—¿Cuando termines con él, me puedes dejar pasar? —preguntó al tiempo que buscaba mis labios con un beso rápido.

La dejé entrar en la oficina y nos sentamos alrededor de mi escritorio.

—Me gusta el lugar —dijo después de inspeccionar el aspecto de la habitación.

—Sombras nada más.

—¿Qué?

—Nada en especial —contesté con la mente llena de Javier Solís y aquello de «sin embargo tus ojos azules, azules que tienen el cielo y el mar, viven clavados en mí sin ver que estoy aquí perdido en la soledad».

—Es casi como me lo imaginaba. Un escritorio, sillas, libros, mucho desorden, y tú en medio igual que un viejo corsario.

—Sí, pero tus ojos no son azules.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Javier Solís.

—Estás un poco raro esta noche.

—Estaba a punto de caer a la lona y tu llamada me salvó.

—Deseaba verte —dijo Claudia luego de sentarse en mis rodillas y rodear mi cuello con sus brazos.

Nos besamos hasta encender el fuego que permitiría continuar la aventura.

—¿No tienes un sitio más cómodo? —preguntó.

Le indiqué la puerta del dormitorio. Simenon me hizo un guiño desde su rincón favorito y le contesté con una sonrisa. De la calle llegó el murmullo de una riña de curados y el ruido de un vehículo a exceso de velocidad. Luego no oí nada más, solo las palabras de Claudia y la voz de Madonna procedente de algún departamento vecino.

3

—¿Y ahora qué? —le pregunté a la mañana siguiente. Habíamos desayunado y un sol intruso nos envolvía alrededor de la mesa en la que se veían restos de pan y un par de tazones—. ¿Te irás, igual que el otro día?

—No, si tú no lo quieres.

Cogí sus manos entre las mías, las acaricié y enseguida las dejé estar un momento sobre mi cara sin afeitarse.

—Este soy yo —le dije—. Lo que ves, mis cosas. El resto son algunos recuerdos, mucha soledad y un futuro siempre incierto. No tengo amigos desde que dejé de ser una buena inversión o se dieron cuenta que no tenía una billetera gorda para repartir.

—No das una imagen muy optimista de ti mismo.

—El optimismo es un defecto que perdí con el paso de los años. Soy como me ves esta mañana. Sin máscaras ni palabras dulces para tejer un engaño.

—Sé como eres desde el momento en que te vi en el Burger. Eres todo lo que necesito. Estoy harta de tipos que piensan en el futuro, en el auto nuevo que tendrán en dos meses más, en sus trajes con hombreras, y que tienen la cabeza llena de luces que no me dicen nada. Me gusta la magia de nuestras noches y la tristeza auténtica de tus ojos. Tu corbata arrugada, el brillo de tus pantalones y que apenas ganes unos pesos para vivir al día.

—¿De dónde sacaste eso último?

—Hice algunas averiguaciones.

—¿Sí? ¿Por qué?

—No sé bien las razones, pero es así. En cuanto a cómo lo hice, es muy simple —

dijo Claudia mientras dejaba sobre la mesa una tarjeta de identificación.

—María Fernanda Arredondo Barón, periodista —leí en voz alta—. Un buen par de apellidos y una profesión que explica tu curiosidad.

—¿No tienes nada más que decir?

—María Fernanda. Me parece un buen nombre.

—Fernanda para ti. Los apellidos son una mierda que no quiero que interfiera entre nosotros. Tengo un padre que gana mucho dinero y piensa que puede obtener cariño con solo mostrar su billetera. En cuanto a mi madre, sabe mucho de telas y peinados, pero no reconoce nada que no sea su propia imagen reflejada en el espejo. Vivo sola, gano mi dinero y ahora estoy contigo.

—No voy a reemplazar a tus padres —dije.

—Quiero un hombre y te quiero a ti. ¿Crees que me acuesto con el primer tipo que se cruza en mi camino?

—¿Seguro que no estás buscando un reportaje inédito?

—¿A qué le temes, Heredia? ¿Piensas que todo el mundo está pendiente de ti para hacerte daño?

—Disculpa. Soy algo torpe con los sentimientos.

Fernanda sonrió y nos besamos. El obeso Simenon nos contemplaba con la misma expresión bobalicona que ponía cuando veía las teleseries de las tres de la tarde. Intuí que el cabrón adivinaba mis siguientes palabras.

«He sabido que te amaba cuando he visto que tardas en llegar» —dije haciendo caso omiso a la sonrisa burlona de Simenon.

—¿Y eso qué es? —preguntó Fernanda.

—Una verdad, una confesión y un bolero.

—Sabía que lo dirías, Heredia. En la calle tengo mi auto, mi máquina de escribir y una maleta con ropa. Unos días estaré aquí y otros, lejos, hasta que la moneda deje de girar y se decida a mostrar una de sus caras. ¿Qué dices?

—Necesito otra taza de café y además que conozcas a ese intruso que está junto a la puerta —dije indicando a Simenon.

Fernanda abrió sus brazos y Simenon subió sobre sus rodillas. Se miraron y ella lo besó entre las orejas.

—Qué suerte tienes, detective de a chaucha —dijo Simenon.

—Mucha. Nunca lo dudes —le contesté.

—¿Y te sientes enamorado?

—¿Qué hay de malo en ello?

—Qué fácil te rindes.

—Estoy solo, gato. Nunca lo olvides.

—¿Qué dices? —preguntó Fernanda.

—No tiene importancia. Simenon acaba de comentar que tengo una gran suerte. Él quisiera una gatita igual, pero es algo tímido.

—Ya tendrá su oportunidad —dijo Fernanda—. Y aunque sea otro tema, hay algo

que aún no sé. ¿Tu nombre?

Se lo dije y adiviné el rubor en mis mejillas.

—Perdona, pero es horrible.

—¡Olvídalo! Me llamo Heredia.

4

—Creía que los detectives se dedicaban a otras cosas —dijo Fernanda, que acababa de volver de la cocina con dos tazones de café—. Seguir sospechosos, sacar fotos, y a veces disparar algunos tiros. Hemos estado juntos toda una mañana y no has hecho otra cosa que mirar una carpeta, fumar y mirar al vacío.

—A veces el trabajo se da como tú dices y en ocasiones pasa algo más. Nada está escrito. Sin embargo, yo prefiero pensar y luego dar rienda suelta a la imaginación y el olfato. «Dadme un motivo y encontraré a un criminal». No sé quién lo dijo, pero estaba en lo cierto. Hubo un tiempo en que apenas me llegaba un caso salía a golpear puertas y aportillar narices. Sudaba mucho y la mayoría de las veces regresaba con los bolsillos pelados. Ahora trabajo de un modo distinto y los palos de ciego ya no son tan frecuentes.

—¿Y nunca quisiste hacer otra cosa? En tu biblioteca hay libros de leyes y abundante literatura.

—El tres mil por ciento de la gente trata de estudiar Derecho. Y yo fui parte de ese universo. Deseaba ser abogado, tener una linda oficina y ganar dinero. Duré un año en la Escuela de Leyes y después me dediqué a las investigaciones. Se elige un camino sin pensar gran cosa en las consecuencias, y cuando se quiere cambiar ya es tarde. A veces creo que me equivoqué, pero siempre es una idea momentánea. Soy el típico animal de costumbres que evita novedades en su rutina diaria.

—No parece muy contento con lo que haces.

—Nadie ha dicho que mi oficio sea para estar contento.

—Y tampoco te ves convencido de que sea lo más adecuado para tus inquietudes.

—¡Cuántas palabras! Convencido, adecuado, inquietudes. Muy rotundas para un solo hombre. Mejor piensa que soy un loco que se llenó la mente con novelas policiales y un día decidió hacer la ficción realidad.

—Te llamas Heredia, no Alonso Quijano. A pesar de tu actitud, creo que sabes muy bien lo que quieres y a dónde vas.

—¿Te parece? Llevas menos de cuarenta horas a mi lado ya sabes todo de mí.

—Eres transparente. El tipo más transparente que he conocido nunca.

—Por hoy hemos tenido demasiadas preguntas, señorita psicoanalista.

—Siempre hay una última. Vi una pistola en tu velador. ¿La has disparado muchas veces?

La pregunta de Fernanda se detuvo en el aire. Nunca me había hecho tal cuestionamiento, porque siempre existía una razón para no cargarlo en mi conciencia. Abrí la carpeta de Cavens y miré a Fernanda sin decirle nada. En ocasiones el silencio resulta más elocuente, y además, en ese momento no estaba con ánimo de recurrir a una mentira.

—Perdona —dijo ella—. Entiendo que hay cosas en las que no debo meterme.

—Cada cosa a su tiempo.

—¿Quieres que te cuente algo de mí?

—¿Por ejemplo lo de tu nombre?

—Fue un juego. Tú eras un extraño y no me atreví a mostrar todas mis cartas.

—Es una buena respuesta. ¿Y qué haces? Te he visto la mitad de la mañana escribir a máquina.

—Trabajo en esas revistas que le regalan a la gente que tiene tarjetas de crédito o a los pasajeros de las líneas aéreas. Nada muy original. Basta con leer unas revistas extranjeras, traducir un par de ideas y luego armar el artículo. He escrito sobre cada rey o príncipe que vegeta en el mundo, y acerca de siete regímenes para adelgazar. La dieta de la luna, del agua, del arroz, el sol, la del ajo, la del quinto mes y la más reciente, la vegetariana.

—¿Qué manera de ganarse la vida! ¿Y qué pasa con los diarios?

—Mi padre me consiguió un empleo en *Las Ultimas Noticias*, pero cuando dejé su casa, lo abandoné. Quise demostrarle que no necesitaba de sus influencias para trabajar. Hablé con una profesora de la Escuela de Periodismo y a través de ella llegué a las revistas. Una realidad diferente a las películas que me pasaba mientras estudiaba. Entonces quería ser Oriana Fallaci. Después me di cuenta que el camino iba por otro lado. Nadie investiga nada, los tipos se quedan en sus escritorios y esperan que las noticias lleguen por sí solas. Nadie se arriesga. Las pautas blancas hay que seguirlas al dedillo. Existen hechos que no se pueden nombrar, o si se hace es utilizando sinónimos realmente innovadores. Torturas son excesos, ajusticiamientos igual a enfrentamientos, y así por el estilo. Se podría elaborar un diccionario de palabras gastadas y sin sentido.

—¿Y por qué dejaste tu casa?

—La típica historia de la niña mimada que se descubre un día y quiere volar. Mis viejos me trataban como a una chiquilla. Hasta me habían escogido un novio. Un monigote empaquetado en alpaca y estupidez.

—¿Una muchacha dura?

—No lo digas de ese modo irónico. No soy la niña bien que se cansó de jugar con sus muñecas de porcelana. Soy una mujer y puedo hacer lo que se me antoje sin

necesidad de actuar de acuerdo a las pautas convencionales.

—No he dicho nada.

—Pero lo piensas.

—Pienso en otras cosas. En mi trabajo y en la forma de realizarlo. Estoy en blanco, seco de ideas y de energías.

—Cuéntame de qué se trata y tal vez te pueda ayudar.

Le hablé a Fernanda del encargo del juez Cavens, y juntos revisamos los oficios que había enviado a la Central Nacional de Informaciones solicitando antecedentes de Devia, Urzúa y Belmar. Las respuestas eran tan concluyentes como me lo contara Cavens.

—Nada que decir ni comentar —dijo Fernanda.

—Seguro, y ahora te leeré otro cuento.

Era la declaración notarial de Cayasso que se iniciaba con su identificación. Luego, contaba pormenores de su servicio militar en un regimiento del sur, en el transcurso del cual había conocido a un coronel de apellido Vanelli. Sin empleo al término de su instrucción bélica, se acordó de ese jefe, y por su intermedio obtuvo un puesto en la Dirección General de Reclutamiento. Aprendió a manejar un computador y lo colocaron a cargo del registro de armas. Pasados algunos meses, Vanelli le presentó a un capitán del Ejército llamado Mario Belmar, y le pidieron que ingresara a un equipo especial de la CNI. Aceptó motivado por razones económicas y su primera tarea fue registrar con nombres falsos una cantidad de armas utilizadas por el servicio de inteligencia. Después el proceso fue al revés. Compró armas, las registró a la mala y las entregó a Belmar. Entre otras, una pistola Brownig 9 milímetros del tipo que usaron para matar a Daniel Alfaro. Acerca del sindicalista, Cayasso reconocía haber escuchado su nombre en una reunión efectuada en el Café Tabac, ubicado a pocos metros del Palacio de La Moneda. En esa oportunidad, Belmar se había referido a Daniel Alfaro como una piedra que era preciso sacarse del zapato; y Fermín Urzúa había leído una lista encabezada por Alfaro y seguida con los nombres de Javier Rojas, Tucapel Jiménez y Manuel Guerrero. Todos asesinados en un plazo relativamente breve. El secuestro de Alfaro se acordó en La Cafethera, un toples próximo a la Plaza de Armas. El resto de la confesión eran remordimientos que lo habían impulsado a prestar declaración en los tribunales y a querer salir del país.

—¿Y no basta con esos datos? —preguntó Fernanda.

Le expliqué lo que sabía del «Ñoño» Véliz y de la necesidad de identificar a Belmar y encontrar alguna pista que me llevara hasta el supuesto hijo de Cancino.

—¡Dios! ¿Sabes en lo que estás metido, Heredia?

—Sí, pero no cómo salir del enredo.

—En esa historia de Cayasso hay datos ciertos y otros que me parecen armados para ocultar a determinadas personas. Me llama la atención que no se diga nada del niño, y que los nombres que da solo conduzcan a un callejón sin salida.

—Piensas rápido, Fernanda. A mí me costó algo más de tiempo llegar a una

conclusión parecida. Por eso necesito ubicar a Cayasso y remover algunas de las piezas de su rompecabezas.

—Cavens debe saber cómo ubicarlo.

—Lo sabe, pero no quiere decirlo. Es parte del convenio que hizo con Cayasso. Mi única alternativa es utilizar un truco sucio como revisar la oficina del juez. Tiene un secretario al que puedo sorprender.

—¿Puedo ayudar?

—No quiero que te involucres.

—Ya estoy metida en el asunto.

—Aun así, tengo un plan en el cual tú no encajas. Por ahora me basta saber que esta noche estarás a mi lado, y que no será un sueño.

5

El quiosco estaba colmado de revistas españolas, diarios brasileños, peruanos y argentinos, pornografía italiana y uno que otro periódico nacional con sus titulares marchitos a causa de la prolongada exposición bajo el sol. Simulé leer las presentaciones de portada, fumé un par de cigarrillos y cuando el reloj marcó las cinco de la tarde vi salir a Cavens del edificio de los tribunales. A mediodía lo había llamado para concertar una cita, y luego de negarse tres veces como un San Pedro autorreferente, aceptó reunirse en un café alejado de su despacho. Su figura alta y algo gibada se destacó entre la gente que entraba y salía del edificio. Vestía el mismo terno Príncipe de Gales de nuestra primera cita y en una de sus manos portaba un viejo bolsón de cuero que lo convertía en un colegial anciano y sin esperanza de pasar de curso. Al perderlo de vista sentí remordimiento por el engaño, pero después de hacerle un guiño a una Sonia Braga semidesnuda en la portada del *Interviú* me dije que no existía otro camino. Cavens era terco como un bloque de cemento y nada de lo que hubiese podido decirle lo habría convencido de entregar la dirección de Cayasso.

Entré a los tribunales y recorrí de prisa el camino hacia la oficina de Cavens. Su secretario seguía bregando contra una ruma de papeles en vías de ser mecanografiados y mi presencia le significó la pausa que deseaba para dar descanso a sus dedos maltrechos.

—El juez acaba de retirarse y no volverá hasta mañana —me informó—. No se sentía bien y prefirió ir a trabajar a su casa.

¡No puede ser! —exclamé aparentando un asombro que solo existía en mi

imaginación—. Habíamos acordado que pasaría a recoger cierta información que necesito.

—¿Se trata de algún caso que esté analizando el juez?

—No, es otro asunto —contesté, recordando que Cavens me había instruido de no informar a su secretario de nuestro convenio—. Me iba a entregar el nombre de una persona interesada en contratar mis servicios. La otra mañana vi que el juez tenía una agenda y es probable que en ella esté el dato que busco.

—No me está permitido registrar su escritorio —dijo Parra sin mucha convicción.

—¿Quién lo va a saber? La indiscreción quedará entre los dos, y mañana llamo al juez para preguntarle lo que necesito.

—¿Entonces para qué tanto apuro, Heredia?

—Estoy corto de tiempo —dije añadiendo a mis palabras un gesto que asimilaba el tiempo a la palabra dinero.

—Veré qué puedo hacer —agregó él, decidido a cooperar.

Parra entró al despacho del juez y mientras aguardaba su regreso recordé la fecha en que la señora Solar había conversado con Cavens.

—Que sea un secreto —dijo Parra al entregarme la agenda.

La abrí en la fecha y encontré escrito el nombre de la mujer. Luego revisé las páginas que seguían y a poco hojear encontré lo que buscaba. «Declaración Cayasso» estaba escrito en una línea, y más abajo, «Hotel Americano».

—Te debo una gauchada, muchacho —le dije al secretario antes de despedirme y salir de los tribunales.

El Hotel Americano quedaba en los alrededores de la Estación Central. Un sitio sin estrellas frecuentado por vendedores viajeros, turistas pobretones y prostitutas con clientes interesados en pasar inadvertidos. Tomé un taxi y me bajé frente a la entrada del hotel. En su vereda se apretujaban algunos puestos de ropa usada, juguetes y otras chucherías de origen desconocido. Una mujer me ofreció sus atenciones y sin demostrar interés en ella me introduje en el hotel que lucía una decidora lámpara roja a un costado de su entrada principal.

Un gordo aburrido se acodaba sobre un amplio mesón de madera. A su lado tenía un diario y parecía estudiar el programa hípico del día siguiente. Me examinó con cara de malas pulgas y dispuso una mínima cuota de ánimo para atenderme.

—Busco a un amigo que se hospeda en el hotel —le dije.

—Puede haber muchos amigos en este sitio —contestó el gordo, desilusionado.

—El que busco se apellida Cayasso.

—Y yo, Cáceres, pero eso no significa nada. La oficina de informaciones cerró hace diez siglos.

—¿Tal vez necesite dinero para abrirla?

—¿Tal vez? —repitió el gordo, y aproveché una pausa para dejar un billete de a mil sobre el mesón.

El hombrón cogió un libro y luego de leer los nombres del registro de pasajeros

negó la existencia de Cayasso entre sus clientes.

—Me lo temía, ese amigo es un pillo. Se fue de la casa y no desea que su esposa lo moleste por algún tiempo.

—Seguro que se registró con otro nombre —dije.

—Imposible, aquí pedimos el carné de identidad para alojarse.

—¡Vamos, gordo! ¿A qué vernos la suerte entre gitanos? ¿Acaso a las locas que se pasean por las calles les pides identificación?

El recepcionista me observó con recelo y en su imaginación vio emerger una tifa de policía desde mi chaqueta.

—¿Tira? —preguntó.

—Puede ser.

—No le creo, amigo. Ayer pasaron los tiras de costumbre. Cobraron su torta y ya no vendrán hasta el otro mes.

—Yo no pondría mis manos al fuego por ellos. A veces nos pasamos los datos entre colegas.

—Ese no fue el convenio que hicimos.

—Tus negocios no me interesan y no es mi intención ponerte las cosas más duras. Me dejas ver el registro de alojados y nos hacemos amigos. Un poco de sana lectura y nada de billetes. De mala gana el hombre me pasó el registro. Busqué la hoja correspondiente al día anotado en la agenda de Cavens y descubrí los nombres de quince alojados. Trece de ellos se habían marchado a la mañana siguiente, y los restantes permanecían en el hotel. Uno se llamaba Raúl Mora y el otro, Alex Gazmuri. Recordé algo de lo leído en la carpeta del juez y no tuve dudas de cuál era mi blanco preciso.

Muy astuto —comenté para no despertar las sospechas del gordo—. Mi amigo se llama Agustín Raúl Cayasso Mora. Como no tiene gran imaginación, recurrió a sus segundos nombres y apellidos.

—¿Satisfecho? —preguntó el encargado.

—Necesito el número de su habitación.

—La 78 —dijo el gordo—. Pero no se encuentra en el hotel y dudo que vuelva esta noche. El tipo parecía aburrido, casi no salía de su pieza. Me pidió que le recomendara a una de las tipas de la calle y decidió irse de fiesta.

—Esa fiesta debe tener un fin y lo más probable es que la remate en su cuarto.

—Lo dudo, amigo. Le presenté a la Monalisa y esa cuando agarra un buen cliente, se lo lleva a su departamento. Dice que es más cómodo y que puede proporcionar un mejor servicio.

—¿Sabes dónde queda su departamento?

—Los adivinos trabajan en la otra cuadra. Yo apenas me conozco el número de mi casa.

—¿Unos billetes te refrescarían la memoria?

—No sé dónde vive Monalisa. Tal vez lo sepa alguna de las otras minas, y ni

siquiera de eso estoy muy seguro. Mejor vuelva mañana.

—Me parece un buen consejo —dije, al tiempo que le pasaba un nuevo billete.

Al salir del hotel caminé un rato por las veredas de ese barrio que tanto conocía y me gustaba recorrer cuando el desánimo me doraba la piel y creía sentir que ya no existía un lugar para mí en esa ciudad tan amiga y ajena al mismo tiempo. Todo estaba en su sitio. Las tiendas, los puestos de frutas, los restaurantes con sus olores recalentados y el coro miserable de costumbre. Mendigos, comerciantes, niños mal vestidos, borrachos tempraneros y las putas que hacían su negocio. Hablé con algunas de ellas para averiguar el paradero de Monalisa y ninguna me supo decir nada. Dejé que el tiempo jugara sus cartas. Caminé hasta la Estación Central para ver salir un tren que se dirigía a Temuco. Bebí una cerveza en el primer boliche que me salió al paso, y finalmente decidí regresar a mi departamento y dejar de pensar en Cayasso que a esa hora debía estar hundiendo su angustia entre las piernas de Monalisa.

Un aroma agradable me asaltó apenas entré en la oficina. Un aroma indefinido, mezcla de laurel y albahaca a medio sazonar. Sentí que mi estómago se agitaba de placer cuando encontré a Fernanda afanada en revolver el contenido de una cacerola, y no pude recordar la última vez que en esa cocina se había preparado una comida con sentido y sabor. Tomé a Fernanda de la cintura y besé su cuello tibio. Nos dejamos estar un momento en el abrazo y luego ella volvió a prestar atención a la olla, al mismo tiempo que me preguntaba por el resultado de mi trabajo. Le relaté a grandes rasgos la visita al hotel y enseguida alabé su disposición para enfrentar los utensilios que se desparramaban por los estantes de la habitación.

—Todas las noches no serán iguales —dijo una vez que terminamos de cenar—. Las ollas no se encuentran incluidas en mi lista de objetos simpáticos, y jamás he tenido en mis planes perder el tiempo encerrada en una cocina.

Me di por enterado. Fernanda me contó que había estado en el archivo de un diario revisando los antecedentes del hallazgo de cadáveres en Quilicura. Nada nuevo que me ayudara. Los periodistas con los que había conversado no estaban al tanto de la identificación de los cuerpos. En cuanto a Cavens, se corría el rumor de que su abandono de la investigación se debía a ciertas amenazas de ser mal calificado por sus superiores de la Corte.

—Esa Corte huele a resumidero —dijo Fernanda—. Me enteré que está por promulgarse una ley que favorecerá en varios millones de pesos a los jueces que renuncien a sus cargos antes de las elecciones presidenciales. La idea es sacar a algunos magistrados y reemplazarlos por otros que aseguren un futuro sin molestias a los militares.

—No faltarán los que llenen la bolsa con esos millones.

—Al menos queda la esperanza de que después de las elecciones las cosas cambien.

—No apostaría mucho dinero a eso. Se irán algunos peces gordos y llegarán otros. Siempre es igual. Basta leer los diarios para darse cuenta de que hoy en día

todos son demócratas en el país, incluso aquellos que le lustraron las botas a los milicos y se fabricaron sus particulares burbujas de aire.

—No crees en nada, Heredia, ¿no?

—Creo en ti, en esta noche que ya no se repetirá en otra oportunidad y en los consejos de Simenon. Y a veces también en las palabras que encuentro en los libros y me hacen pensar que la vieja utopía de un tiempo mejor sigue vigente, aunque la hayan manoseado como a puta de pueblo.

—¿No mencionaste tu trabajo?

—¿Mi trabajo? Cuando nadie llega a contratarme soy una ruina que desea cambiar de tiesto de basura. Un sujeto que piensa demasiado y se come las uñas al ritmo de unas pobres interrogaciones.

—¿Qué quieres que te diga? No es la respuesta que esperaba.

—Esta noche no digas nada. Un día voy a cerrar este boliche y me conseguiré una casa en la playa que me permita disponer de mar, rocas y arena.

6

Al otro día desperté tarde. El reloj sobre el velador indicaba el mediodía y Fernanda no estaba. Una nota suya me explicaba que había salido temprano a discutir un trabajo. Insistí en el recuerdo de la noche y conseguí atrapar las sombras de los rostros extraños que habían besado mi frente. Siempre era igual. El acoso de los fantasmas anónimos, y de vez en cuando la imagen reconocible que me arrastraba al pasado, a esos fracasos que se acumulaban como los ahorros de un comerciante sin escrúpulos.

Me di una ducha, preparé café y cuando me disponía a beberlo, sonó el teléfono.

—¿Escuchaste las noticias de la radio? —me preguntó Fernanda con voz alterada.

—¿Qué hay con ellas?

—Tu amigo Cavens —comenzó a decir—. Reabrió el caso Alfaro. Dio a conocer la confesión de Cayasso y en estos momentos nadie habla de otra cosa. No lo entiendo. Creí que iba a esperar los resultados de tu investigación.

El comentario de Fernanda me hizo pensar que había derrochado las mejores horas de esa mañana, y que la historia seguía su curso sin consultar mi opinión. Me despedí de ella y llamé al secretario del juez. El muchacho fue tan claro como una patada en el trasero. Cavens había regresado a su oficina el día anterior con la sospecha de que la cita fallida no era otra cosa que una treta de mi parte. Interrogó a

Parra hasta enterarse de mi visita y del registro de su agenda.

—El juez se convirtió en una fiera —agregó Parra—. Se encerró en su despacho hasta esta mañana. Al salir tenía redactada una presentación a la Corte relacionada con el caso Alfaro.

Le dije al secretario que no había tiempo para más palabras y salí de la oficina en dirección al hotel de Cayasso. Fui rápido pero no lo suficiente. Al llegar a la recepción el gordo de la tarde anterior me atajó para decirme que Cayasso acababa de llegar.

—Y con él tres tipos —agregó con un billete reflejado en sus pupilas—. Preguntaron por su amigo y subieron a la pieza.

—¿Quiénes eran? ¿Mostraron alguna identificación?

En el preciso momento en que el gordo iba a responder llegó a nuestros oídos el inconfundible sonido de unos disparos. Subí a saltos la escalera que conducía al segundo piso y antes de llegar al cuarto de Cayasso vi salir a los tres hombres. Dos eran jóvenes y altos, y al tercero, que se veía algo mayor, le faltaba su mano izquierda. Torpemente me interpuse en el camino y uno de los más jóvenes me golpeó con algo contundente en medio del estómago.

—¡Remátalo! —ordenó el manco.

Mi verdugo vaciló unos segundos. Cuando se disponía a disparar el arma que sacara de su chaqueta, se abrió la puerta de otra de las habitaciones y se asomó la cabeza de una mujer rubia. Sorprendido, el matón optó por huir a la siga de sus compañeros.

Recuperé el aliento y entré en la pieza de Cayasso. Un velador, una lámpara y una cama de bronce llenaban la habitación. Cayasso yacía sobre el suelo y poco se podía hacer por él. De su estómago manaba sangre en abundancia y solo la fortaleza de su corpachón le concedía unos segundos de conciencia.

—¡Ayuda! —gimió.

—Es tarde para buscar socorro, Cayasso. Solo tiene tiempo para decirme quién lo hizo.

—No los conozco —balbuceó. Sus ojos se abrían más a cada instante y la mentira le llenaba las pupilas.

—¿El manco? ¿Quién es el manco?

Cayasso movió la cabeza y escupió la sangre que se le acumulaba entre los labios.

—¿Quién es el manco? —insistí.

—No lo sé, juro que no lo sé.

—¡Ñoño Véliz!, ¿no te dice nada ese nombre?

El herido se llevó las manos al vientre, respiró profundo y movió sus labios sin emitir sonido alguno.

—¡Repíte! —grité.

—La última vez que lo vi trabajaba como el jefe de Seguridad en la Estación Universidad de Chile del Metro. Hablamos poco. Lo evité, porque ya había

conversado con Cavens y no deseaba delatarme —dijo Cayasso.

—¿Qué sabes del estudiante Cancino?

—Ellos lo hicieron, ellos.

—¿Había un niño? ¿Qué sabe de él?

—Hice un trato con Cavens. ¿Por qué no me avisó?

Mi respuesta no la escuchó y daba lo mismo porque no era más que una mentira, y en mi interior me hacía la misma pregunta. El gordo de la recepción apareció en la pieza, y tras él lo hicieron otros curiosos.

—Hay que llamar a la policía —le dije antes que empezara hacer preguntas.

—En el mesón —respondió sin dejar de observar el cuerpo de Cayasso, sus labios fríos y la última interrogante aún reflejada en su rostro.

Bajé hasta el mesón de la entrada, llamé a la policía y salí del hotel. En la calle, y a la manera de Gardel, el carnaval del mundo seguía igual, aunque estaba seguro de que el hotel no tardaría en llenarse de uniformados.

7

Pensé que la posibilidad de eludir a la policía era remota. El recepcionista tendría fresca mi imagen. Huir solo me daba un poco de tiempo, lo suficiente como para inventar una historia empalagosa y contundente como esas sopaipillas refritas que vendían en las calles. Un buen cuento siempre confundía los sesos rutinarios de los tiras y si llegaban a ponerse pesados les enseñaría que un par de bofetadas no son un argumento que me arrugue el terno. Por último, me quedaba la alternativa de nombrar al juez Cavens y esperar que él se moviera para evitar que su nombre se involucrara en una historia atractiva para los periodistas. Pero lo más probable era que nadie dijera nada. Los que habían asesinado a Cayasso debían tener influencias entre los tiras y cuanto antes el crimen pasara al olvido, mejor resultaba para ellos. Después de todo morir en un hotel no era nada nuevo. Un breve informe policial, sospechas vagas y luego, el olvido. En la oficina hallé a Fernanda dedicada a sacudir una vieja Royal del año sesenta. Su chasquilla morena le cubría la frente y la curva graciosa de su espalda era una indiscreta invitación al deseo. A un costado de la máquina de escribir tenía algunas hojas mecanografiadas, y al otro un cenicero repleto de colillas. La miré pensando que en unos pocos días habían ocurrido demasiadas cosas entre los dos y que usaría todos mis recursos para que esas cosas se multiplicaran. Si eso era amor, lo llamaría así. De lo contrario inventaría un nombre.

—Al fin llegas —dijo sin dejar de teclear—. Me tenías preocupada. Tu amigo Cavens ha estado llamando durante toda la mañana y su voz es lo más parecido a un ladrido que he escuchado nunca.

La besé en los labios y luego me puse a hablar con Cavens. Lo imaginé agitando sus enormes manos y con la vista fija en algún punto neutro de su despacho. Su discurso tuvo la suavidad de un saco de piedras y lo dejé hablar hasta que lo sentí desahogado y dispuesto a entender algunas razones.

—No le pago para que me espíe —dijo después de reiterar su sermón sobre la privacidad de sus asuntos y lo mal que podía irme si me inmiscuía en los sagrados secretos de la Justicia.

—Usted se lo buscó, Cavens. Si hubiera confiado en mí aún tendríamos a Cayasso, la investigación estaría avanzando y no nos encontraríamos empantanados hasta el cuello.

—¿Qué quiere decir con eso de que aún tendríamos a Cayasso?

—Me va a decir que no lo sabe. Su testigo va en camino al Instituto Médico Legal.

—¿Por qué tuvo que entrometerse?

—No fue a mí a quien se le rompió la canasta de los huevos. Deseaba conversar con Cayasso, no llenarle la barriga de plomo. El que tiene que dar explicaciones es usted.

—¿Qué insinúa?

—¿Por qué reabrió el caso sin avisar?

—Tuve mis razones, y desde luego no pretendo discutir las con usted, Heredia.

—¿Se supone que con esa respuesta debo darme por satisfecho?

—Me da igual. Necesito que me cuente lo que sucedió con Cayasso.

—Fui a verlo a su hotel y tres matones se me adelantaron.

—¿Alcanzó a conversar con él?

—Ni una palabra —mentí, y aunque solo pudo ser un juego de la imaginación, me pareció oír que Cavens respiraba con alivio.

—Entonces me equivoqué —dijo más relajado—. Años de trabajo botados a la basura. Recibí cierta información que no puedo discutir y creí que era el momento adecuado para reabrir el caso.

—Tiene el testimonio notarial de Cayasso.

—Cualquier abogado medianamente hábil presentará una docena de testigos que trataran a Cayasso de loco. Harán pedazos su confesión. Distinto hubiese sido con una ratificación personal. Mi idea era enviarlo a Francia y revalidar su testimonio a través de los tribunales de ese país.

—¿Y Devia?, ¿y el tal Véliz? —insistí.

—Ya le dije que son nombres falsos. Le diré la verdad, Heredia. Desde un comienzo, cuando establecí que tras la muerte de Alfaro estaba la Central Nacional de Informaciones, supe que solo había dos alternativas para identificar a los

culpables. Un golpe de suerte o una confesión. Hemos perdido la confesión y la suerte poco tiene que ver con la justicia.

—Yo creo en la fortuna, juez.

—Usted está fuera del asunto, Heredia. Después de lo ocurrido nada justifica su trabajo. Le cancelaré lo prometido y haga cuenta que nunca escuchó hablar de Alfaro.

—¿Así nada más? ¡Qué poco me conoce, Cavens!

—Reciba el dinero. Emborráchese o vaya de vacaciones.

—¿Y qué me dice del niño?

—Olvídese de él. Solo vive en la imaginación de esa mujer.

Olvidar, olvide, olvídense, olvidémonos. En el último tiempo había oído y pensado mucho en ese verbo, y no me gustaba. Eran palabras con aspecto de lápidas.

Nada me obligaba a seguir el consejo de Cavens. El pasado vive en uno y sus viejas huellas siempre se pueden reconstruir, sobre todo cuando son turbias y comprometen a ese anónimo rincón habitado por la conciencia.

—Justicia, Cavens. Todas las noches leo esa palabra en un muro que está frente a mi oficina. A su modo o el mío, pero justicia. Usted entiende de qué hablo —dije antes de colgar el fono y enfrentar la mirada de Fernanda.

—¿Qué pasó con Cayasso? —preguntó.

—Necesito respirar otro aire y comer algo —le dije al tiempo que la tomaba de un brazo y la obligaba a seguirme.

Buscamos una cocinería en el Mercado Central y después de pedir unos mariscales y una botella de vino blanco, le conté todo, incluso la conversación sostenida con Cayasso.

—¿Por qué se precipitó el juez? —consultó.

—No quiso dar a conocer sus razones.

—¿Y eso te parece lógico?

—Absurdo. Oscuro. Extraño. Cualquier cosa, menos lógico.

—¿Y qué piensas hacer?

—¿Tú qué crees?

—Una vez te dije que podías contar con mi ayuda.

—Y ahora la necesito. Tengo un pequeño plan en el que encajas perfectamente. He pensado en lo que dijo Cayasso acerca del mentado «Ñoño» Véliz y creo que podrías acercarte a esa oficina y hacer algunas preguntas sin despertar sospechas. Pides hablar con el jefe, y le dices que te han robado los documentos y algo de dinero. Mueves un poco tus lindos ojos, das un nombre falso y le pides que te envíen los documentos si ellos aparecen en los basureros de algunas estaciones del Metro.

—Parece sencillo. ¿Qué quieres lograr?

—El nombre de ese sujeto. Cayasso dijo que era el «Ñoño» Véliz.

—¿Y qué seguridad tendremos que ese tipo es el que buscamos?

—Su aspecto nos dirá la verdad. ¿El apodo «Ñoño» no te dice nada?

—No.

—Es un personaje de televisión. Nuestro hombre tiene que ser gordo, muy gordo.

—Hay miles de guatones en la ciudad.

—Y probablemente unos cuantos sean funcionarios del Metro. Pero estamos hablando de uno en una oficina específica. Además, te daré otra tarea. Si el tipo al que entrevistas se acerca a lo que buscamos te darás maña para tomarle una foto. En las declaraciones de los padres de Daniel Cancino se menciona a un sujeto gordo. Les mostraremos las fotos que obtengas y veremos si nuestras sumas son correctas.

—Parece que pensaras en todo.

—En todo, no. Pero sí, demasiado en algunas cosas —dije y con sus manos en las mías, agregué—: No hagas nada que salga de lo natural. Cuídate mucho.

—Me asustas. Parece algo tan tenebroso.

—Lo es, pero yo no inventé.

—¿Y tú qué harás mientras tanto?

—Voy a recorrer el pasado.

—Cada vez que hablas del pasado te pones triste —agregó ella acariciándome los cabellos.

—Muchas veces pienso que todos mis actos no son otra cosa que una repetición de otros anteriores. Los mismos errores, rostros, palabras. Algunos lo llaman cansancio. Yo aún no le encuentro un nombre.

Tercera Parte

1

Dejé a Fernanda en la Estación Cal y Canto. Luego salí del Metro y abordé un taxi que me llevó hasta el negocio de Gutiérrez, un antiguo compañero del liceo con el que habíamos compartido nuestros secretos y las cervezas alegres del inicio de los años setenta.

Diez años atrás lo habían detenido y acusado del asalto a una sucursal bancaria. Después de un tiempo en la cárcel obtuvo su libertad a cambio de salir del país. Al mencionarlo la señora Solar me había enterado de su regreso, y verlo justificaba atravesar la ciudad y confrontar nuestros recuerdos. Lo encontré sacando cuentas detrás de un mesón. Su boliche se dedicaba a la venta de pollos asados y cerveza, y al parecer, por el ir y venir de clientes, rendía sus frutos. El aspecto de Gutiérrez seguía siendo el mismo de antaño. Gordo, bajo de estatura y de rostro redondo y sonrosado. Me acerqué a su lado sin que él se percatara de mi presencia, y cuando estuve junto al mesón le hablé en voz alta.

—Supongo que esa mierda que vendes son pollos frescos —dije.

Gutiérrez levantó la cabeza, y al reconocermelo su expresión de ira se transformó en una sonrisa que iluminó su rostro.

—Y tú sigues siendo la bestia mal hablada de costumbre —respondió.

Nos saludamos con un abrazo. Enseguida llamó a un muchacho que estaba cerca del mesón y le dio instrucciones para que se hiciera cargo de la caja registradora. Nos sentamos a una mesa, y con un amplio ademán de sus manos me mostró las instalaciones de la fuente de soda.

—No es muy grande, pero está bonito —comenté.

—Lo puse a medias con un hermano y de a poco va tirando para arriba. Da trabajo y algunos ingresos nada despreciables.

—Las dictaduras le abren el apetito a la gente. Vender comida es el mejor negocio de los últimos años.

—¿Estás de analista gastronómico o qué? —preguntó Demetrio al tiempo que lanzaba una sonora carcajada.

—Trato de ser comprensivo antes de que comiences a justificar tus afanes de mercachifle.

—No cambias.

—¿Por qué habría de hacerlo?

Demetrio no contestó. Se limitó a mover la cabeza como si quisiera liberarse de algunas moscas insidiosas, y luego llamó a uno de los mozos para que nos sirviera un par de cervezas.

—Cuando regresé del exilio pensé que encontraría todo igual, y me equivoqué. Era otro el aire y otra la gente —dijo Gutiérrez después de beber un sorbo de cerveza—. Traté de buscar a mis amigos de antes y no tuve suerte. Cuando logré tener noticias tuyas me dio miedo encontrarte cambiado. Me metí de lleno en mis cosas y el tiempo se dejó caer con su furia habitual.

—No he venido a buscar explicaciones. Hasta unos días atrás no sabía nada de tu regreso, y ahora me basta con saber que estás bien.

—¿Recuerdos y cervezas? No me engañas, Heredia. Seguro que no has venido para conversar de comida y negocios.

—Vengo con algunas preguntas y espero irme con varias respuestas —dije después de probar la bebida—. Me entrevisté con la señora Julia.

—Espero no haberte molestado. He leído en los diarios algunas cosas sobre tu trabajo y pensé que eras la persona adecuada para atenderla.

—Hablé con ella.

—A su hijo Daniel lo conocí bien. Trabajamos juntos en algunas actividades partidarias. Cuando supe lo de su secuestro estaba en Suecia, y al regresar una de las primeras cosas que hice fue visitar a su madre. Hablamos de Daniel y de su hijo que debe vivir en algún sitio.

También la acompañé en sus gestiones. Cuando descubrieron las osamentas no dudé en recomendarle que hablara contigo.

—Hiciste bien.

—Daniel era un tipo tranquilo. No el bandido peligroso que la prensa retrató al informar el secuestro.

—¿Y tú, asaltaste realmente un banco?

—Alojé en mi casa a uno de los muchachos que lo hicieron. Estuve preso, me interrogaron y terminé por declarar lo que a ellos se les antojó.

—Los diarios relataron otra película. Nunca te imaginé metido en eso, y aunque así hubiese sido, habría entendido tus motivos.

—Eso ya pasó, Heredia. Lo que ahora importa es Daniel.

—Lo único que se puede hacer por él es recuperar a su hijo, si es que existe. Su madre habló de una mujer llamada Carmen Vega. ¿La conoces?

—Sí.

—¿La ves a menudo?

—Ya no estoy metido en los asuntos de antes, Heredia.

—No te pido una confesión política. Solo quiero saber si puedes ubicarla.

—Quiero que sepas que no he cambiado de modo de pensar, pero la prisión y el

exilio me hicieron reflexionar. En Suecia conocí a Jenny y a partir de ese momento me dije que si volvía a Chile trataría de llevar una vida con algún sentido.

—Te entiendo. Se desmoronan las ideas y los muros, y espero que sea para bien. Que del desencanto nazca algo más real y menos parecido a una receta para empastelar ladrillos. Pero no quiero seguir conversando de lo mismo. Mi interés es Carmen Vega. Quiero encontrarla y hacerle algunas preguntas.

—No sé si ella quiera hablar. En su momento la pasó muy mal y después se ha encerrado en sí misma, lejos de los amigos. Conmigo se desahogó un par de veces, y por alguna razón que ignoro confía en mí. Me lo dijo su psicólogo y lo compruebo cada vez que me llama por teléfono o viene a visitarme.

—¿Ella estuvo en prisión con Alfaro y Daniel?

—Compartió la misma celda con ellos y con Gabriela, la esposa de Daniel. No se podían ver porque los mantenían con los ojos vendados, pero ella les preguntó sus nombres, y Gabriela le contó que estaba embarazada. Cuando salió de la cárcel fue a la Vicaría de la Solidaridad y allí se cotejaron sus datos con los que habían proporcionado las familias de Daniel y Alfaro.

—Paradójicamente, el final de cada uno fue diferente. Carmen quedó en libertad a la semana. Alfaro apareció muerto casi en la misma fecha, y el matrimonio fue enterrado con la idea de que nunca se conociera su paradero.

—Los abogados que atendieron el caso llegaron a la conclusión de que se trató de una coincidencia. Alfaro nada tenía que ver con el resto de los secuestrados. Daniel y su compañera estaban vinculados al trabajo universitario, y en cuanto a Carmen, la aprehendieron por una supuesta internación de armas.

—El hecho es que fueron detenidos por un mismo equipo.

—Y procesados por un viejo conocido tuyo.

—¿Qué dices?

—El fiscal militar que instruyó los procesos se llama Reinaldo Silva. ¿No te dice nada ese nombre?

—¿Reinaldo?, ¿mi compañero de la universidad?

—El mismo. Cuando volví a Chile, la señora Julia me mostró algunos recortes de prensa relacionados con la desaparición de Daniel. Reconocí a Silva en una foto y de inmediato recordé que habíamos estado juntos en una fiesta de tu facultad a la que me invitaste. El año 1975, si no me equivoco.

—¡Necesito otra de tus cervezas! —exclamé, buscando una pausa que me permitiera recomponer los recuerdos.

Demetrio llamó al mozo. Mientras llegaban las bebidas pensé en Reinaldo Silva. En su aspecto alto y grueso, sus palabras siempre rotundas y una actitud de hermano mayor que prodigaba a sus compañeros de curso. No lo veía desde hacía siete años, desde una noche en que vagabundeaba por Teatinos. Fuimos al Corner Bar y conversamos de los viejos tiempos. Parecía el mismo que se encerraba en la biblioteca de la facultad a estudiar esos textos legales que era capaz de repetir de

memoria sin esfuerzo. Cuando le pregunté por su trabajo me contó que estaba en el Ministerio de Defensa, lo que no me sorprendió, porque ya en la universidad contaba de su paso por la Escuela de Suboficiales de la Fuerza Aérea, la cual había dejado para cumplir su sueño de ser abogado. Habíamos sido buenos amigos. Nunca hablamos de política, solo de cine y de las muchachas de la escuela. Tampoco él hacía preguntas que rompieran ese pacto de silencio que cada cual cumplía a su modo en aquel tiempo. Pocos se atrevían a mentar el horror que en esos días se desplegaba por las calles. Bastaba respirar hondo y sentirse vivo para saber que la muerte no nos había tocado.

—¿No puede ser un alcance de nombre? —pregunté a Demetrio, al tiempo que trataba de imaginar cómo sería en la actualidad ese Reinaldo Silva que tenía un sitio amable en mis recuerdos.

—Puedes revisar los diarios. Salen su nombre y su fotografía. No tengo ninguna duda.

—¿Nunca trataste de hablar con él?

—Dos veces. La primera vez me recibió. Le hice algunos recuerdos de esa fiesta que ya te mencioné y me dijo que no me inmiscuyera en asuntos que podían causarme molestias. Cuando insistí en una segunda entrevista, no me recibió.

—¡Él era mi amigo!

Hablas en pasado. Tu antiguo amigo y el implacable juez militar del presente no son la misma persona. Silva está con el enemigo y eso lo convierte en uno de ellos.

—Blanco y negro. ¿No hay medios tonos en esta historia?

—Yo no los veo.

—¿Entonces?

—Conseguiré que Carmen venga a conversar contigo.

El pasado me azotaba sin misericordia. Más allá de Cavens, Daniel o su hijo, era mi vida la que comenzaba a estar en juego. Llegar a la verdad pasaba a convertirse en la única justificación de mis pasos siguientes.

—Me costó convencerla, pero vendrá —dijo Demetrio algunos minutos más tarde.

—¿Por qué no nacimos en otra época? —pregunté sin escuchar las palabras de Gutiérrez—. Tengo la sensación de que hemos llegado tarde y estamos condenados a bailar con la fea de la fiesta.

Al ver a Carmen Vega tuve la impresión de estar frente a una ardilla. Era baja y delgada. Tenía ojos grandes y una boca breve. Su cabellera le caía sobre unos hombros flacos y nada en su aspecto hacía presagiar la sonrisa de una mujer feliz.

Se acercó en silencio hasta la mesa que ocupábamos con Gutiérrez, y luego de saludarlo se sentó a mi lado sin esperar a que nos presentaran. Resistió mi examen un instante y enseguida buscó refugio en un cigarrillo que sacó desde un bolso artesanal.

—¿Qué desea saber? —me preguntó en voz baja y sin atreverse a mirarme de frente.

—Heredia investiga el secuestro de Daniel Cancino —intervino Demetrio, anticipándose a mis palabras—. Como te dije por el teléfono, creemos que tus recuerdos pueden ayudar.

—¡Mis recuerdos! Vaya manera sutil de referirse a todo lo que aconteció en esa casa.

—Sé que es difícil, pero necesitamos tu memoria —dije al tiempo que intentaba una sonrisa que nunca llegó a dibujarse en mi rostro.

—¿Por dónde quiere que empiece? —preguntó la mujer.

—Desde la detención —le respondí.

—En ese tiempo —dijo Carmen y de inmediato hizo una pausa como si de improviso una puntada violenta hubiese atacado una parte de su cuerpo—. En ese tiempo, trabajaba en una célula del MIR. Servía de correo para el traslado de documentos o víveres a los compañeros que debían permanecer escondidos. Estábamos desorganizados y no nos reponíamos de la muerte de Miguel Enríquez. Algunos compañeros habían tenido que irse del país y otros trataban de eludir la persecución. Una tarde me di cuenta que me seguían. Diferentes hombres y a todos los lugares a los que iba. Al parecer no les importaba ser reconocidos, y eso me llevó a pensar que solo trataban de asustarme. Una semana después me detuvieron a la salida del Hospital Salvador. Tenía una prima enferma y cada miércoles la visitaba.

—Transcurrió un día completo antes que sus amigos se dieran cuenta del secuestro —dijo Demetrio—. Un empleado del hospital dio aviso a la Vicaría de la Solidaridad, y allí un abogado relacionó ese antecedente con la denuncia que después hicieron los padres de Carmen.

—Primero me preguntaron cosas aparentemente sin importancia —siguió contando la mujer—. Mi nombre, trabajo y domicilio. Luego quisieron saber el paradero de algunas personas. Estuve dos días encerrada en una celda, sin compañía ni preguntas. Al tercero me sacaron de ese lugar y me llevaron vendada a otra habitación.

—¿Ahí estaba Alfaro? —pregunté.

—Sí. Se quejaba mucho. Lo habían torturado y pedía agua. Creo que sufría de una úlcera y necesitaba tomar un medicamento que le suministraban a diario. Estuvo un par de horas en esa celda y después llegó un hombre y le ordenó a nuestro custodio que lo pusieran en otro sitio. «El Mayor Belmar lo necesita», dijo ese fulano.

—¿Y Daniel? —volví a preguntar.

—Lo trajeron a la celda al día siguiente. Al parecer era de noche, porque nos dejaron a solas y pudimos conversar. Daniel dijo que estábamos en una casa de la calle José Domingo Cañas. Conocía el sector y algo había logrado reconocer cuando lo bajaron del vehículo en el que lo detuvieron. También me habló de su compañera.

—¿No estaban juntos?

—Eso era parte del método. De pronto entraba un hombre a la celda y le decía que confesara porque en la pieza de al lado estaban violando a su mujer. Después se iba y al rato volvían a sacar a Daniel para un nuevo interrogatorio. La historia se repetía sistemáticamente hasta un punto en que era difícil reconocer qué era realidad y qué pesadilla.

—Carmen compartió dos días la misma celda con Daniel —intervino Demetrio.

—Después se lo llevaron y conmigo el trato se hizo diferente. Me alimentaron mejor, y hasta fui examinada por un doctor.

—La madre de Daniel me contó que habías oído hablar del hijo que esperaba su esposa.

—Daniel me habló de ella. Estaba muy preocupado por su suerte.

—¿Y oíste hablar del niño a los secuestradores?

—Fue el día que pasé a la cárcel de mujeres. Me interrogaban por última vez cuando entró a la celda un hombre que venía evidentemente alterado. «La cagaste, Ñoño», oí que decía a mi interrogador. «Encontraron a Alfaro y se armó la casa de putas con la prensa y los huevones de la Iglesia». El llamado «Ñoño» se defendió diciendo que habían sido órdenes de Belmar, y el otro le dijo que más tarde tendría que dar explicaciones, y le ordenó que se deshiciera de todos los bultos que había en la casa. En ese momento volví a oír hablar de la compañera de Daniel. El «Ñoño» preguntó si la orden incluía a la mina embarazada. Le contestaron que no, que los bultos debían ser transportados a la casa en la playa y que la embarazada era responsabilidad de Belmar, ya que él tenía un trato con el «Alemán» y la iba a dejar en una clínica. Me di cuenta que estaban alterados, porque en otras circunstancias se cuidaban de dar órdenes o mencionar sus nombres delante de los prisioneros.

—¿Aparte de los mencionados, escuchaste más nombres? —pregunté.

—Solo apodos. «Kojak», «Starsky» y otros por el estilo. Nombres de la televisión.

—¿Viste a alguno de ellos? —insistí.

—Al llamado «Ñoño». Lo vi cuando me sacaron de la casa. Se me había despegado la tela adhesiva y de ese modo lo pude ver. Era bajo y gordo.

—¿Los otros apodos pudiste relacionarlos con alguien en particular?

—No.

—¿Y el «Alemán»?

—Tengo la idea de que no formaba parte del grupo. Una vez escuché comentar que Belmar le sacaba buen dinero por ciertos regalos que le daba. Al parecer se

trataba de un sujeto con muchas influencias entre los jefes superiores. Un tipo que era nombrado, pero que al parecer nunca estuvo en la casa. Más no sabría decir.

—Por ahora es suficiente —dije, mientras tomaba la tercera cerveza que ordenara servir Demetrio unos minutos antes.

—¿Tendré que declarar en un juzgado? —preguntó Carmen—. Ellos me amenazaron, y si aparezco en público la puedo pasar mal de nuevo.

—Procuraré que tu nombre quede al margen.

—Ha pasado tanto tiempo desde que ocurrieron esas cosas. No sé qué se puede conseguir con revivirlas.

—¿Leíste lo que se dice en la prensa acerca de unos cadáveres encontrados en Quilicura?

—¿Qué tiene que ver eso con lo nuestro?

—Una de las osamentas pertenece a Daniel. Un torturador arrepentido dio la clave para llegar al cementerio clandestino.

Carmen me escuchó y por primera vez la sentí involucrada en el asunto. De pronto dejaba de ser la narradora de una historia lejana, y sus personajes adquirieron su importancia original. Le expliqué con detalles lo que sabía, y después de hacerme algunas preguntas, se fue del restaurante.

—¿Alguna vez olvidará sus temores? —me preguntó Demetrio al verla desaparecer.

—¿Quién puede saberlo? ¿Olvidas tú los tuyos?

Mi pregunta no tuvo respuesta. Demetrio dejó pasar algunos minutos y a continuación pidió a uno de sus empleados que nos sirviera más cerveza. Recordamos los viejos tiempos. Durante media hora las anécdotas adquirieron el brillo de sus mejores épocas. Un brillo fugaz, ya que inevitablemente nuestras historias tenían un sabor a despedida. Los recuerdos no eran otra cosa que una morisqueta cruel, y ambos lo sabíamos sin necesidad de recurrir a las palabras que lo explicaran.

Prometí regresar a visitarlo y él me pidió que lo mantuviera al tanto de los resultados de mi investigación. Antes de la despedida, ordenó envolver un par de pollos asados y me los entregó envueltos en una bolsa de plástico. Después me acompañó hasta la calle. Caminamos cinco cuadras maldiciendo a la vida y su esquiva suerte.

Me despedí y seguí caminando hasta llegar a un café. Entré a beber la penúltima cerveza del día, y mientras la ponían sobre la mesa, pensé en la soledad de Carmen Vega, en ese silencio que reprimía sus emociones y la dejaba a merced de los recuerdos. Un mozo me repitió la dosis inicial en el instante en que entraba al café una mujer joven con un niño pequeño colgado de sus brazos. Pedía limosna y le di unas monedas.

Que no se te ocurra filosofar, me dije a mí mismo, y no lo hice. Pero el niño me hizo pensar en el hijo de Daniel Cancino. Recordé el apodo «El Alemán». La intuición llegó desde el fondo de la cerveza y pensé en un reportaje leído tiempo

atrás. La propuesta fue un camino largo que me hice el ánimo de recorrer. Encendí un cigarrillo y salí a la calle en el momento preciso en que la luna se recortaba sobre un horizonte de techos cenicientos.

3

Desde la calle observé la ventana principal del departamento. Una luz descolorida salía de su interior y sin gran entusiasmo se largaba a recorrer las veredas del barrio. Lo demás era un paisaje conocido. El quiosco de Anselmo, la puerta destartada del edificio y un ascensor antiguo que se demoraba cuarenta segundos en dejarme frente a la entrada de mi hogar.

Fernanda dormitaba sobre uno de los sillones. Su cabellera se extendía hasta tocar el suelo y desde el escritorio Simenon la vigilaba atento a su respiración y a los murmullos que provenían de la calle. Pensé que con una pipa en la boca se habría asemejado al personaje de su homónimo belga esperando que el acusado principal terminara de dormir su siesta.

—¿Cómo van las cosas? —le pregunté mientras recordaba la mañana en que él había aparecido en la oficina, flaco, arisco y deseoso de una caricia. Nos habíamos entendido desde las primeras palabras, y luego de compartir un ollón de tallarines añejos se quedó dormido encima de las obras completas de Simenon. De ahí provenía su nombre y nuestra amistad.

Con una de sus patas Simenon me indicó a la muchacha. Lo tomé entre mis brazos y me senté junto al sillón que ocupaba Fernanda. En la calle sonó una sirena, y alguien le mentó la madre al causante de la bulla. Después se escuchó un portazo y al silencio que sobrevino siguió una canción de Rubén Blades a todo volumen. Era mi barrio de siempre, sin duda alguna.

—¿Verdad que es bella? —pregunté a Simenon—. Cuando el viejo Heredia sale de caza atrapa las mejores piezas de la selva.

Simenon me respondió con una lengüetada que pretendió borrar de un tirón toda la fanfarronería de mis palabras.

—De acuerdo —le dije—. Tuve un poco de suerte.

Fernanda se agitó sobresaltada y abrió sus ojos llenos de asombro e interrogantes. Le sonreímos a dúo y ella retribuyó con una pregunta.

—¿Hace mucho que estás ahí?

—Vengo llegando.

—Me quedé dormida. He corrido de un lado a otro durante todo el santo día. Quería esperarte despierta, pero tú no llegabas nunca.

—Conversaba con Simenon acerca de tu belleza.

—¿Sí? ¿Y a qué conclusión llegaron?

—Coincidimos en que eres un ángel.

—¡Par de mentirosos! ¿Por qué no me preguntas cómo me fue con tu encargo?

—Te escucho.

—Me presenté en su oficina con el cuento que me indicaste y el tipo cayó redondo en el juego. Al principio un guardia no me quería dejar hablar con él, pero le di con mi credencial de periodista en las narices y el muñeco se movió de prisa. En menos de tres suspiros me hizo entrar en la oficina del gordo.

—¿Gordo, como lo imaginábamos?

—Igual que una morsa. Se dio aires de persona ocupada y luego me escuchó. Le di un nombre falso y no tuve necesidad de preguntarle el suyo. En el escritorio tenía una placa de acrílico que decía: Manuel Escudero. Jefe de Seguridad de la Estación Universidad de Chile del Metro.

—¿Y?

—Escudero no es un tipo tonto, o al menos está bien entrenado. Me preguntó una serie de datos antes de tragarse el anzuelo. Cuando le dije que era periodista se incomodó, pero le aclaré que pertenecía a un diario del gobierno y eso al parecer lo hizo respirar tranquilo. No volvió a preocuparse de mi actividad y anotó en una libreta la lista de objetos que supuestamente me habían robado.

—¿Eso fue todo?

—Conversamos de otras cosas y me despedí. Después esperé a que saliera de su oficina y lo retraté desde lejos usando el teleobjetivo. No se dio cuenta de nada —dijo alcanzándome un par de fotos que sacó de su cartera.

La figura retratada era la de un hombre bajo y gordo. Su rostro se veía surcado por un espeso bigote negro y algo indefinible en el corte de sus cabellos delataba su pasado militar. La imagen coincidía perfectamente con la descripción de Carmen Vega.

—Hiciste un gran trabajo —dije.

—Aún no concluyo mi informe —agregó Fernanda—. En nuestra conversación le pregunté a Escudero si llevaba mucho tiempo en el cargo de jefe de seguridad y me contestó que lo habían jubilado del Ejército seis años atrás, y que desde entonces trabajaba en el Metro. Después que le tomé las fotos lo seguí hasta la calle. Frente al Banco del Estado tenía estacionado su vehículo. Una camioneta LUV, modelo 2200, patente EL-6758 de la Municipalidad de Santiago. Con ese dato fui a visitar a una amiga que trabaja en el Departamento de Tránsito de esa municipalidad y obtuve la dirección particular de Escudero.

—Eres una verdadera caja de sorpresas —le dije, al tiempo que tomaba un papel donde Fernanda había escrito: Vergara 348, segundo piso, departamento 201.

—¡Y no te imaginas lo cansada que estoy!

—Tus datos son de gran ayuda.

—¿Tú crees? ¿Se los vas a entregar a Cavens?

—No. Hay algo que me inquieta en su proceder con Cayasso y no quiero que una tarde de estas el bueno de Escudero aparezca atravesado sobre la línea del Metro.

—Creo que debería saberlo.

—Solo cuando el hilo se transforme en madeja. Hasta ahora hemos realizado una investigación lineal, y tengo la intuición de que dando un rodeo descubriremos otras pistas.

—Tú sabrás lo que haces —dijo ella con desagrado—. Eres el dueño del negocio.

—Durante el día, algunas averiguaciones hicieron aparecer a un cierto «Alemán» y a un fantasma del pasado. Dos personajes que me inquietan de verdad.

—¿Quieres que haga más copias de las fotos o alguna ampliación?

—Guárdalas en la carpeta que me dio Cavens. Mete los negativos en un sobre y envíalos a mi dirección postal. Una pequeña precaución que puede no estar de más.

—¿Temes que suceda algo?

—Me cubro la espalda.

—¿Y ese fantasma del que hablabas?

—Es algo personal y por el momento prefiero que siga como tal.

—¿Y el «Alemán»?

—Es una idea que deseo explorar. Carmen Vega habló de unos negocios que aparentemente hacían sus captores con él, y recordé que tiempo atrás leí un artículo en la prensa relacionado con la venta de niños al extranjero. Es solo una idea, y tú podrías ayudarme a desarrollarla. Leer lo que se haya escrito sobre el tema y tal vez conversar con algunos periodistas.

—¿A dónde quieres llegar?

—A la esposa de Daniel le dieron un trato especial a causa de su embarazo. Y no por piedad, sino porque el niño significaba la posibilidad de obtener dinero. Es una hipótesis que puede corroborarse si en tu investigación aparece mencionado un alemán.

—Es siniestro.

—En estos tiempos es preciso razonar hasta con la lógica más oscura. Y, por lo demás, no es una idea tan disparatada. En la Argentina se comerció con niños durante la «guerra sucia». ¿Por qué no habría de ocurrir lo mismo en Chile? La libre empresa ha motivado más de un negocio negro.

—Tiene sentido.

—¿Me ayudarás en lo que te pido?

—Lo haré —contestó Fernanda y luego de mirarme a los ojos, agregó: Empiezo a dudar que haya sido un buen negocio instalarme en tu oficina. Te creí metido en asuntos más simples.

Demasiado tarde para el desayuno y muy temprano para almorzar, pensé luego de leer la nota que dejara Fernanda sobre el velador. Se había marchado sin despertarme, y en la mesa de la cocina sobrevivían los restos de un desayuno preparado a la rápida. Gasté algunos minutos bajo la ducha y después de vestirme y hojear el diario salí a la calle. Un sol pesado se dejaba caer sobre los edificios y en el horizonte más próximo se apreciaba la capa de humo que envolvía a la ciudad.

En el momento que encendía un cigarrillo vi salir a Anselmo de su quiosco. Desde la última vez el aspecto de su ropa había sufrido un brusco cambio. Llevaba un traje azul marino con botones dorados, y una corbata de igual color matizada con diminutas estrellas verdes. Sus mejillas lucían recién afeitadas, blancas, casi infantiles.

—¡Carajo, qué pinta! —exclamé.

—¿Verdad que está buena? La saqué esta mañana del empeño. Tuve una racha de suerte en el Club Hípico y decidí que era conveniente recuperar mi antigua percha.

—¿Habrás tenido una razón especial?

Anselmo me observó de reojo estudiando el tamaño de mi sonrisa o el asomo de un brillo burlón en mis ojos. Luego se arregló el nudo de su corbata y con un ademán de timidez y desafío a la vez se acercó a mi lado hasta casi rozar mi rostro con sus mejillas.

—¿Si le cuento no se va a reír? —preguntó.

—Prometo mantener la seriedad de un obispo.

—No va a creer lo que son las casualidades. Ayer fui a cobrar mi pensión a la Caja Previsional de los Hípicos y me encontré con Amanda, una noviecita que tuve en los inicios de mi carrera de jinete. Yo la quería, pero mi conducta no era de las más santas, y ella prefirió casarse con «Chumingo» Avello, que por entonces era el *jockey* que encabezaba las estadísticas. Puro billete y tranquilo el hombre. Y bueno, para ir acortando la historia, apenas la divisé en la fila de los pagos se me agitaron las hormonas. Le metí conversa y me enteré que «Chumingo» era finado desde hacía un buen tiempo a causa de una infección que agarró en el Hospital Barros Luco, después de una operación a la vesícula. Le pregunté si estaba solita, y ella dijo que sí, que quién se iba a fijar en una vieja. Le respondí que otro viejo, y la Amandita se mató de la risa por mi ocurrencia, y antes de despedirnos nos pusimos de acuerdo para almorzar hoy día.

—¡Saliste vivaracho, Anselmo!

—¡Prometió que no se reiría, don!

—No me río.

—Uno tiene su corazoncito. Usted no más va a tener derecho a pegarse sus saltos. Hoy vi a la palomita que tiene en su departamento. Al parecer venía saliendo de la ducha, fresquita.

—Es una buena amiga.

—Entonces no hay inconveniente en que suba a un auto con otro tipo.

—¿Qué dices?

—Cuando salió esta mañana anduvo hasta la esquina y abordó un taxi que me dio la impresión de que la estaba aguardando. Saludó al chofer como si lo conociera desde siempre.

—¿Estás seguro?

—No es común que los taxistas usen nuestra cuadra como paradero. Quedé medio cachudo y pensé en decírselo apenas lo viera. ¿No hay problema?

—Ninguno, Anselmo —le respondí, sintiendo que la roñosa aguja de los celos me pinchaba los huesos—. Estoy seguro de que existe una explicación.

—¡Qué bien, don! En cuanto a mí, cierro el boliche y voy a reunirme con Amandita —dijo y de inmediato se puso a descolgar los diarios que cubrían las paredes de su quiosco.

Lo vi trabajar, y luego alejarse por Aillavilú hasta llegar a la calle Bandera. Se perdió entre la gente que a esa hora recorría las tiendas o se dirigía de regreso a su casa después de hacer algunas compras. Seguí sus huellas durante unos minutos, renegando de esas personas que se arremolinaban frente a las vitrinas, y deseé que llegara pronto el fin de semana para que el barrio recuperara su aspecto de perro cansado. Solo así me gustaban sus calles, sus edificios maltrechos y esa mansedumbre que adquirían las tiendas con sus cortinas cerradas. La cansada nostalgia de una tarjeta postal que se unía a mi piel y me hacía soñar con la imagen de Lauren Bacall dibujada tras la barra de un bar en la calle Morandé, donde iban a morir cada tarde de sábado los borrachos más solitarios de todo Santiago.

Al llegar a la calle Catedral dejé de seguir a Anselmo y enfilé hacia la Plaza de Armas. Crucé de prisa sus adoquines soleados y me interné en uno de los pasajes del Portal Fernández Concha. Entré en una fuente de soda y pedí un café cortado. Desde mi mesa podía observar el fragmento de la Plaza de Armas por el que había visto desaparecer a Fernanda cuando se llamaba Claudia y no era más que el eco de una noche fugaz. Pensé en el chisme de Anselmo. Nada, sino el reflejo de antiguos desengaños podía hacerme dudar de las intenciones de Fernanda. ¿Y si su aparición tenía un motivo premeditado? Malditas dudas. Las dejé estar un momento en mi boca junto al sabor del café, y luego las despedí con el alivio de espantar a un moscardón insidioso. Busqué el papel donde la madre de Daniel Cancino había anotado su dirección y sin una causa que lo justificara, decidí visitarla. La nota me condujo a la calle Independencia, luego de caminar por la Vega, aspirar el olor de las flores ofrecidas en la Pérgola de San Francisco y el de los limones descompuestos a la entrada de las bodegas existentes en el sector.

La casa quedaba en un pasaje. Toqué a la puerta después de revisar la dirección. Salió a recibirme la misma señora Julia. Vestía de negro y sobre la falda llevaba puesto un sucio delantal verde. Demoró unos segundos en reconocermme, y cuando lo

hizo me invitó a pasar a una pieza donde había un par de sillones desgastados y una mesita de centro cubierta de paños bordados, ceniceros y figuras de yeso.

—Andaba por el barrio y se me ocurrió visitarla —dije—. No tengo nada concreto que contar.

—Le voy a presentar a mi esposo —dijo ella ocultando tras sus palabras la desilusión que le causaba mi comentario. Salió de la pieza y regresó acompañada de un hombre alto, grueso y calvo.

—Es el detective que nos recomendó Demetrio —le dijo la señora Julia a su esposo. El hombre se limitó a saludarme y ocupó uno de los sillones.

—Traeré café —agregó la mujer, y sin esperar una respuesta volvió a dejar la habitación.

—Es duro para ella —dijo entonces el hombre—. Daniel era nuestro único hijo, y por supuesto nunca imaginamos perderlo de un modo tan cruel. Los padres no piensan en despedir a sus hijos, sino continuar sus vidas en ellos.

—Entiendo que ustedes conocían las actividades de Daniel —dije, solo por añadir algo al diálogo, y permitir que el hombre desahogara su rabia.

—Teníamos una buena comunicación con él, y si se interesó por la política fue por imitarme. Hasta el año setenta y tres fui militante de la Izquierda Cristiana. Daniel fue testigo de mi detención en los días del Golpe Militar. Fue en esta misma habitación. Mis actividades no eran de importancia y por eso no quise esconderme. Pero los militares no pensaron lo mismo y me llevaron al regimiento de San Bernardo. Después de quince días me dejaron en libertad. Daniel era un mocoso. Nunca podré olvidar su rostro el día que me vio entrar de nuevo a la casa.

—¿Jamás trató de disuadir a Daniel de su trabajo político?

—¿Cómo? La única razón habría sido el temor, y yo siempre le inculqué que no había miedo posible al momento de defender las ideas en las que se cree.

El regreso de la señora Julia interrumpió la conversación. Traía una bandeja con dos tazones de café. Dejó uno sobre la mesa, al alcance de su marido, y me entregó el otro. Saqué de mi chaqueta la foto de Escudero y se la mostré.

—¿Cree que ese hombre participó en el secuestro de su hijo? —pregunté a la mujer.

—Estoy segura —contestó casi de inmediato.

—Es al que llaman «Ñoño» —agregó su esposo luego de examinar la fotografía—. No podría olvidar su rostro.

—¿Significa que lo identificaron? —preguntó la señora Julia.

—Sí, pero por el momento les ruego mantener reserva. Salvo un par de personas y ustedes, nadie más conoce la foto. Ni siquiera el juez Cavens. No quiero que le ocurra lo mismo que a Cayasso.

—Supimos de su muerte por la prensa —dijo el esposo.

—Pedí una explicación a Cavens y no quiso dármele. Lo cierto es que no fue buen negocio sacar a la luz la confesión de Cayasso.

—¿Qué va a pasar con la investigación? —inquirió el sastre.

—Por lo que a mí respecta, seguirá su curso. Y por eso desearía hacer algunas preguntas.

—Diga —exclamó la mujer.

—¿Recuerdan si en la detención participó un hombre al que le faltaba una mano?

—No —respondió la señora Julia.

—Yo sí —la contradijo su esposo—. No lo vi tan bien como al sujeto de la foto, pero estoy seguro de su participación. Permaneció todo el tiempo fuera de la casa. Lo divisé cuando me hicieron salir a la calle.

—¿Podría describirlo?

—Estaba muy oscuro. Me llamó la atención que le faltara una mano, nada más.

—Una lástima —dije, y luego de ver los rostros expectantes del matrimonio, agregué: Quisiera asegurar que encontraré al niño, pero no tengo ninguna certeza de que ello ocurra.

—Hay noches en las que sueño con ese niño —dijo el hombre—. Me lo imagino con el mismo rostro de mi hijo, y lo veo correr por la casa. La aparición de Daniel fue una suerte de alivio. Durante años vivimos la angustia de no saber nada de él. Primero deseábamos verlo con vida y al final, nos conformábamos con recuperar su cuerpo y darle sepultura en el mismo sitio donde descansaremos nosotros.

Los ojos del hombre se llenaron de lágrimas. Sus palabras se quebraron y buscó refugio en un sorbo de café. Busqué distraerme con algunos de los objetos que adornaban la habitación y mi mirada tropezó con una foto de Daniel con la leyenda «¿Dónde Están?» en su parte inferior.

No pude decir nada más. Las palabras del matrimonio me habían golpeado como una pedrada, y tuve conciencia que desde ese momento mi investigación cobraba otro sentido. Una razón que nada tenía que ver con la justicia que buscaba el juez Cavens, sino con el dolor de esa pareja aferrada a los recuerdos. Me despedí insistiéndoles que guardaran reserva sobre la foto, y ellos me invitaron a regresar.

5

Esperé toda la tarde el regreso de Fernanda. Revisé los estantes de mi biblioteca para alimentar esa manía de las citas literarias que arrastraba desde la universidad. Esperaba a Fernanda no tanto para conocer el resultado de su investigación, como para mirarla a los ojos y reconocer si el chisme de Anselmo se justificaba o solo era

el producto de su desordenada fantasía. Después de Bioy Casares y Soriano picoteados al azar, releí la carpeta de Cavens. Muchas palabras que me parecieron huecas a la luz de su conducta con Cayasso, y que me hicieron pensar en la conveniencia de aceptar su consejo. Olvidar el caso, disfrutar su paga y dar vuelta la hoja. Lo demás podía ser absurdo, pensé y de inmediato me contradije. En lo absurdo se agazapaba la realidad y como decía Pavese: «Nadie renuncia a lo que conoce, y tú conoces demasiadas cosas». Era tarde para renunciar. Había olido la sangre y luego de tanto tiempo en el oficio, me resultaba fácil seguir sus huellas.

Recordé a Solís y su carta aún desplegada sobre el escritorio. Su ayuda era una ficha marcada para burlar el atolladero de mis malas apuestas. Tomé el teléfono y le pedí a una operadora que me comunicara con Quinteros. La respuesta llegó de prisa, concediéndome apenas un soplo de tiempo para imaginar el rostro de Solís al otro lado de la línea, colorado y sudoroso en medio de los trajines de su bar. Escuché un ruido extraño y enseguida la voz de mi amigo.

—Heredia —dije—. O lo que va quedando de él.

Me saludó con alegría y de inmediato me dio una nueva descripción de su casa junto al mar, y de lo bien que lo pasaba atendiendo su negocio. Tuve la impresión de que trataba de convencerse a sí mismo de las bondades de su retiro pueblerino, pero no se lo dije.

—He oído que hay gente que te extraña —le comenté. Algunos subalternos aún no se acostumbran a tu ausencia y aseguran que con el regreso de la democracia te reintegrarán al trabajo. ¿Esa idea no te provoca un leve cosquilleo en la piel?

—Para nada, Heredia. Estoy tranquilo, duermo ocho horas al día y no tengo que mirarle la cara a nadie.

—Suenan poco convincentes.

—Tus comentarios me tienen sin cuidado. Si me llamaste para contar chismes de oficina, puedes cortar y ahorrarte algunas monedas.

—Temo que el aire marino te altera los nervios, amigo.

—Sé muy bien que tu llamada debe tener una segunda intención, así que déjate de rodeos y vamos al grano.

—Alguna vez te oí decir que investigabas ciertas casas donde practicaban abortos ilegales, y que servían de vínculo para la venta de niños al extranjero.

—¿A qué viene ese cuento?

—¿Qué recuerdas de ese asunto?

—Logré atrapar a media docena de parteras clandestinas. Detecté algunas clínicas donde el aborto era el fin de todo, y otras que atendían a las mujeres hasta el instante del parto, y después entregaban los críos a sus padres adoptivos. La investigación iba bien encaminada, pero me llamaron los jefes y me ordenaron ocupar el tiempo en otras cosas.

—Pero esas adopciones tienen un trámite legal establecido. Normas y requisitos que deben cumplir los interesados.

—Y que no implican ganancias.

—Ese es el punto. ¿Qué hay de esas clínicas que lucraban con los niños?

—Existen. ¿Qué más puedo decir?

—Se habla de otros lugares que realizan ese tráfico. Lugares de detención, mujeres embarazadas que fueron secuestradas por organismos de seguridad, que parieron a sus hijos y nunca más supieron de ellos.

—Es posible que así sea —dijo Solís, y luego de una pausa, agregó: ¿En qué estás metido Heredia?

—Busco a un niño que probablemente nació en una casa de torturas, y que de ser así se vendió a buen precio. ¿Te dice algo el apodo «El Alemán»?

—Nada. Y si algo hubo, es seguro que ya no quedan huellas. Los tiempos que corren son otros, y los militares saben que tendrán que irse en un plazo breve. Y quieren hacerlo con las manos limpias. En lo posible con mucha gente a su alrededor silbando la «Marcha Radetzky».

—Lo mío tiene que ver con el pasado y la memoria. ¿Recuerdas el caso del sindicalista Alfaro? Han aparecido antecedentes que permiten reactivar la investigación y a través de ella llegar al niño del que hablo.

—Ese es un asunto viejo. ¿Quién puede estar interesado en revivirlo? Sí. No me digas. El juez Alfredo Cavens. Recuerdo que lo investigó con especial interés.

—Tienes un maldito olfato de sabueso. ¿Por qué no te hiciste policía?

—Lo fui, Heredia, y hay cosas que no se pierden con los años: las mañas y los trucos.

—Necesito tu ayuda Solís.

—Tendría que ver mis archivos para darte un informe valedero.

—Piensa en algo distinto.

—¿Te hablé alguna vez de Isidro Bernal? Era mi hombre de confianza en la unidad, y cuando me despidieron lo relegaron a un plano inferior. Hasta donde sé aún tiene sangre en el ojo, y es probable que coopere contigo. Lo voy a llamar.

—No quiero aparecer en tu antigua oficina. La gente me conoce y arrisca la nariz cada vez que me ve.

—Le diré a Bernal que saque copias de los archivos y te las lleve a tu oficina. Ahí están todos los antecedentes que pude recopilar.

—¡Vales en oro todo lo que pesas!

—Lo que cuenta es la amistad, y espera a ver los papeles antes de agradecer.

No le respondí. Solís volvió a conversar de su bar y del mar que jugaba con su paciencia infinita. Me despedí con la promesa de ir a visitarlo. Una promesa vaga. Solís vivía tan lejos que solo pensar en llegar hasta su casa me provocaba dolor de huesos. Dejé el fono en su sitio y salí de la oficina con deseos de caminar por el Parque Forestal. La nostalgia se arrastró tras de mis pasos, y yo la dejé avanzar como a una culebra que de tarde en tarde nos entretiene con sus piruetas.

6

Al igual que quince o diecisiete años atrás, los árboles seguían grandes y bellos, las hojas secas se resquebrajaban bajo los pies, las parejas se besaban y algunas señoras vigilaban los juegos caprichosos de sus mascotas.

Me despojé del impermeable y caminé por el Parque Forestal hasta llegar al edificio de la Facultad de Derecho. Por sus puertas entraban y salían estudiantes con sus textos bajo los brazos y una sombra de ley añeja asediándoles los pasos. En la edad de la ilusión había sido uno de ellos, y al recordarlo no pude dejar de sentir un estremecimiento a la hora de la siesta.

Sabía que los fantasmas resultan implacables, y por eso renuncié a la tentación de recorrer los pasillos de la facultad. Me senté en un escaño próximo al derruido monolito de Domingo Gómez Rojas, el poeta fallecido en la década de los años veinte, cuando la Federación de Estudiantes estremecía las calles de Santiago con sus gritos, y se cantaba el «Cielito Lindo» en honor del populachero «León de Tarapacá». Acusado de subversivo, castigado y recluido en un manicomio, la voluntad del poeta fue derrotada entre esas paredes donde anotaba el paso de los días y algunos versos más feroces. Pensé que la vulgar injusticia se repetía y que los restos de ese monolito bien podían ser en honor de Daniel Cancino u otro de esos muchachos que, en los últimos años, habían muerto a manos de los matones de sonrisas anchas que se volvían anónimos y oscuros después de contar las eternas treinta monedas de los poderosos. ¿Pero quién se acordaba del poeta? En mi oficina guardaba una edición de sus *Elegías*, publicadas en 1935, después de su muerte. Papel amarillo que huía de las polillas o las garras de Simenon, y me servía para alimentar el juego de las citas literarias a la hora del bar o los silencios.

¿Y Reinaldo Silva?, ¿se acordaría él de las veces que estudiamos junto a ese monolito?, ¿las confesiones de sus sueños y el nombre de aquella polola de la infancia que lo esperaba pacientemente a la salida de las clases?

Preguntas que olvidé por un instante, mientras me dedicaba a observar el aspecto del edificio, frontis cubierto de lienzos y pancartas políticas. Palabras que al cabo de un rato parecían todas iguales, vagas, gastadas y confusas. Signos de una época distinta a la que me había tocado sobrevivir, cuando cruzaba a diario las grandes puertas de la facultad, templo para los varones de la Justicia, como decía un decrepito decano de muelas flojas que recorría los patios, desarmando los corrillos que se formaban al final de cada clase.

Encendí un cigarrillo y mi atención se concentró en la cabina telefónica que se encontraba a pocos metros del monolito. Era tiempo de intentar algo útil. Busqué el número del ministerio de Defensa en una guía de teléfonos y al cuarto intento conseguí comunicación con una secretaria que me informó de las reuniones del capitán Silva, y de su habitual horario de salida del trabajo. Un dato que me dejaba tiempo para concluir mis recuerdos y caminar sin prisa a su encuentro.

Después de quince minutos de espera vi salir a Reinaldo Silva del edificio ministerial. Vestía de civil, y a la distancia su figura me pareció detenida en el tiempo. Quizás estaba más grueso, pero en general conservaba el mismo aspecto con que le veía llegar cada mañana a la facultad, reconcentrado en las materias que había repasado la noche anterior y dispuesto a saludar a sus amigos con una sonrisa. Lo vi caminar hacia un estacionamiento de la calle Olivares y rápidamente di un rodeo que me permitió llegar a su lado aparentando un encuentro casual.

¿Heredia? —preguntó sin terminar de reconocirme. ¿De dónde sales?

—Supongo que del pasado —dije ofreciéndole una mano que él demoró más de la cuenta en estrechar. Luego nos hicimos algunas preguntas sin importancia y fantasmales. Reinaldo me escuchó procurando mantener inalterable una sonrisa discreta, y al poco rato me dio a entender que debía continuar su camino.

—Un café —le sugerí.

—En otra ocasión, Heredia.

—¿Susana te tiene las riendas cortas? —insistí, recordando el nombre de su antigua polola—. ¿Qué hay de malo en un café y algunos recuerdos?

—Susana ya no existe. Y creo que no hay mucho que recordar —respondió molesto. Su expresión era dura, pese a lo cual distinguí en su mirada un temor latente. Se acomodó las solapas de su chaqueta e insistió en la despedida.

—Quiero que me acompañes —le dije—. Hubiera deseado hacerlo de otro modo, pero si no hay alternativa debo decirte que te estoy apuntando con una pistola.

—¿Qué pretendes? —preguntó sin alterarse—. ¿Un secuestro?

—Conversar.

—¿Y si me niego?

—Cabe la posibilidad de que dispare —respondí sin convicción.

Silva movió los hombros con desgano. Lentamente se puso a caminar en la dirección que le indiqué, una fuente de soda de reviente, donde las cervezas siempre estaban tibias y los mozos atendían en los límites de la borrachera perpetua. Ocupamos una mesa y pedí dos cafés que se posaron entristecidos sobre el acrílico.

—No saldrás bien de este asunto, Heredia —dijo Silva—. En más de una oportunidad he revisado tu ficha y sé todo de ti. Líos con agentes de seguridad, borracho, vago a tiempo completo. Un tipo peligroso en definitiva.

—Es tu manera de ver las cosas.

—Un resumen de tu ficha, Heredia. Déjame ir y te aseguro que me olvidaré de nuestro encuentro.

—No dramáticos. Nada malo va a ocurrir.

—Dos amigos que se encuentran.

—Sin ironía, Silva. Hoy estuve mirando nuestra antigua facultad y me acordé de aquellos tiempos en que éramos amigos.

—Ya no somos los mismos, Heredia —acotó Reinaldo, al tiempo que revolvía su

café.

—Aun así me interesan los recuerdos. Saber qué pasó con Susana o tus padres.

—¿En verdad te interesa saber de ellos?

Asentí con la cabeza y Silva sonrió burlón.

—Te daré en el gusto —dijo—. Mis padres están bien. Viejos, pero sanos.

—¿Y Susana?, ¿recuerdas cuando me la presentaste? La encontré tan bonita y suave. Vestía su uniforme de enfermera y una chomba azul que hacía juego con el color de sus ojos. Salimos de la Universidad y pasamos a servirnos un refresco. Ella sabía muchas cosas de mí. Tú se las contabas, exagerando aquellos detalles que te parecían más graciosos. Esa tarde conversamos un buen rato, y luego ella tuvo que irse al hospital donde trabajaba.

—¡Por Dios, Heredia! ¡Esta conversación es absurda!

—Te envidiaba, Silva. Susana era esa clase de mujer que uno considera definitiva para cualquier tipo.

—Hasta en eso te equivocaste, Heredia. Terminé con ella hace mucho tiempo. Cuando entré a trabajar en el ministerio a Susana no le pareció una buena idea. Prefería que ejerciera libremente o en una empresa comercial. Todo lo militar le resultaba incómodo por ciertas cosas que le ocurrieron a un familiar después del pronunciamiento. Discutimos, y poco a poco nos distanciamos.

—Lo siento.

—Me casé con una compañera de oficina. Se llama Mirna y trabaja de secretaria. Tengo tres hijos, casa propia, auto, televisión, dos perros, una casa en la playa, una buena cuenta de ahorro, y en seis días más cumpliré cuarenta años. ¿Qué más quieres saber?

—Tus palabras suenan a tonada de tipo derrotado.

—¿Quién habla? ¿Quieres que te dé otros datos de tu ficha?

—Yo no importo. En cambio tú deseabas ser un abogado importante. Lo decías tanto que llegué a convencerme de que así sería.

—¡Iluso! ¿Qué podía esperar el hijo de un dependiente jubilado, sin influencias, apellidos ni dinero para instalar una oficina? Mis alternativas no eran muchas, y acabé por aceptar la primera oferta que me hicieron.

—Tu talento dedicado al triste oficio de apretar bolas ajenas.

—Combatimos al terrorismo. Lo contrario es propaganda comunista.

—Veo que has aprendido el catecismo.

—¡Hasta ahora he tenido paciencia contigo, Heredia!

—Descuida. Ahora pienso ir al asunto que me interesa.

—Ya era tiempo que lo hicieras.

—¿Te dice algo el nombre Alfaro?

—Poco.

—Conocí a una mujer procesada por la justicia militar. Estuvo detenida en un sitio desconocido y reconoció en el lugar a esa persona de nombre Alfaro. Un

sindicalista que resultó asesinado, sin que nadie reconociera el delito. ¿En verdad no lo recuerdas? Se interpuso una demanda y a ti te correspondió instruir la investigación.

—Un trabajo de tantos —dijo Silva en voz baja.

—Un trabajo sin frutos.

—Como tantos, ya te dije.

—Con nombres como Belmar y Véliz que no sirvieron de gran cosa para adelantar la investigación.

—Nombres, nada más. Nunca se probó que perteneciera al Ejército ni a ningún organismo de seguridad.

—Veo que recuerdas muchos detalles.

—Hago lo que puedo y además, no me mando solo. Debo acatar órdenes.

—¿Cambiarían las cosas si te dijera quién es realmente Véliz?

—El caso Alfaro quedó cubierto por la ley de amnistía del año 1978. No tendría sentido reabrir el asunto.

—Existen familiares a los que les gustaría conocer a los culpables.

—¿A quién le importa eso?

—A mí.

—¿Y quién eres tú?

—Un amigo que visitaba tu hogar y compartía tus sueños.

—Palabras.

—Te voy a contar una historia —le dije y le relaté los pormenores del secuestro de Cancino, el hallazgo de su cadáver y la existencia de un hijo y su posible relación con alguien llamado Belmar.

El efecto de mis palabras se reflejó en el rostro de Silva. Lo vi jugar con sus manos, hurgar en sus bolsillos y terminar aceptando un cigarrillo. Algo del amigo de antaño renació en ese momento y supe que debía aprovechar esa breve y única oportunidad.

—Puedes ayudarme a encontrar a ese niño —agregué—. Tú sabes quiénes son en verdad los llamados Véliz y Belmar.

—Jamás quise meterme en líos —comenzó a decir Silva—. Me interesaban los aspectos legales, pero a medida que mi trabajo se destacó tuve que asumir otras funciones. Nunca he tenido que ver con torturas. Los detenidos llegan confesos a mi despacho.

—¿Quién es Véliz? —pregunté.

—Lo ignoro.

—¿Y Belmar? —insistí.

—No te lo puedo decir. Ni siquiera por nuestra amistad.

—Hazlo por el niño. Él necesita la verdad.

—¿Qué gano con ayudarte?

—No creo que esa sea una pregunta adecuada.

—Tengo una carrera que proteger.

—Una vez conocí a un tipo que estudiaba Derecho. Un día un amigo le mostró la copia de una prueba que debían rendir a la mañana siguiente. Todas las preguntas y todo el éxito asegurado. El tipo aquel le dijo al amigo que la justicia había que desarrollarla en todos sus aspectos, y enseguida le fue a entregar las preguntas al profesor que impartía el curso. No ganó nada con ese gesto, pero lo vi salir satisfecho de la facultad.

—¿Te acuerdas de eso?

—Entre otras cosas. Esa historia me trajo a conversar contigo.

Silva guardó silencio. Miró a su alrededor y enseguida sacó de su chaqueta un cuadernillo de apuntes. En una de sus hojas escribió durante algunos minutos, y luego la dejó sobre la mesa.

—Nunca hemos hablado del asunto —dijo.

«Mayor Julio Villaseñor —decía el escrito—. En retiro desde 1976. Actualmente desarrolla actividades comerciales en la importadora de vehículos Autovend. Hasta 1984 fue funcionario de la CNI».

Releí la nota, y rompí la hoja en varios pedazos.

—Nunca hemos hablado de nada, capitán Silva —dije—. Pero algún día espero conversar con Reinaldo, un antiguo compañero de estudios al que dejé de ver hace mucho tiempo. A veces lo extraño. Era un buen amigo y no sé si lo volveré a encontrar.

—Prometí a Mirna llegar temprano —agregó Silva—. Mañana es el cumpleaños de mi hijo menor y debo ayudar en la preparación de su fiesta.

Llamé al mozo que nos atendía y pedí la cuenta.

—¿Qué harás cuando ubiques a Villaseñor? —preguntó Reinaldo.

—No lo sé.

—Es un pájaro de cuentas —agregó Silva, al tiempo que se ponía de pie y dejaba algunas monedas sobre la mesa.

—¿Quién no lo es en estos tiempos? —pregunté.

—¡Cuídate, Heredia! También tengo un amigo al que desearía reencontrar uno de estos días. Dicen que se convirtió en un borrachín metiche, pero no lo creo. Pienso que debe seguir siendo el iluso de costumbre que nunca quiso entender las reglas que impone la vida. La última vez que supe de él trabajaba de detective privado y no le iba muy bien.

La vieja noche, con su viejo cuento de sombras, era mi única compañía. Ecos de otras horas que me atravesaban y hacían reconocer el paisaje oculto de la ciudad. El Palacio de la Moneda y más al norte, «El Quijote» y el «Congreso» acogiendo a sus últimos parroquianos. Luego el río, su rumor de serpiente y el retumbar de los puentes con el paso de los vehículos. Santiago, y en medio de la ciudad, el presentimiento de ojos que se acercan y escudriñan mi andar por las veredas desiertas. Aceleré mis pasos hasta llegar a una librería de segunda mano que acostumbraba mantenerse abierta más allá de la medianoche. Su dueño, un hombre pequeño con mirada de lince, me vio entrar, y me reconoció como un antiguo cliente al que se podía dejar recorrer los estantes sin vigilancia.

Miré hacia la vitrina y vi las sombras de dos hombres aparentemente interesados en su contenido. ¿Casualidad o seguimiento? Dejé correr la respuesta por encima de los mesones cubiertos de libros y me encaminé hacia la sección de las novelas policiales, repleta de ediciones manoseadas y de bajo costo que exploré durante media hora con la esperanza de encontrar un título de interés.

Elegí *31 de Febrero*, de Julián Symons, publicada el año 1956 en la colección «Séptimo Círculo», que dirigían Borges y Bioy Casares. Estaba dedicada a una incógnita Kathleen, y bajo ese nombre anoté los de Escudero y Villaseñor, agregando los datos que me proporcionaron Fernanda y Silva. Leí sus dos primeras páginas y antes que el anzuelo me cogiera por completo, cancelé su valor y salí de nuevo a la calle a enfrentar esas sombras que se me antojaban demasiado próximas.

A punto de llegar a mi edificio escuché el taconeo veloz de los dos hombres que me seguían. Inútilmente busqué la pistola que se me había quedado en la oficina, y cuando casi podía sentir las manos de mis atacantes sobre mi cuerpo, vi aparecer a Anselmo portando una pesada tranca de acero entre sus manos.

—¡Cuidado, Heredia! —gritó, y al darme vuelta para enfrentar a los atacantes los vi detenerse de golpe y emprender la retirada tan aprisa como el pensamiento.

Traté de reconocerlos, pero fue un esfuerzo vano.

—Fuiste muy oportuno —dije al quiosquero, mientras descargaba mi pesado aliento en su rostro—. Tres segundos más y me sacuden la espalda.

—¡Pendejos! ¡Putos cogoteros! —gritó Anselmo.

—No gastes saliva, viejo. En este momento los muñecos ya están a buen recaudo.

—¿Quiere que lo ayude a llegar a su departamento? —preguntó Anselmo, después de convencerse de la inutilidad de sus reclamos y de arrojar la tranca al suelo.

—Aún puedo mover mi trasero sin necesidad de un lazarillo —le respondí encaminándome hacia el ascensor.

Anselmo me miró entrar al ascensor y se despidió con un desmadejado saludo militar. En el departamento hallé a Simenon echado sobre un choapino, y una nueva

nota de Fernanda en la que me comunicaba que esa noche llegaría cerca de la medianoche.

—Estoy viejo para el negocio —le dije a Simenon—. Un par de años atrás habría esperado a pie firme a esos tipos. En cambio esta noche me dediqué a correr igual que un vulgar y asustado pariente tuyo.

—¿De qué hablas? —preguntó Simenon, somnoliento.

No le contesté. Puse en la grabadora una cinta de Goyeneche y dejé que mi sangre volviera a su lugar. Después examiné un estante de libros y coloqué la novela de Symons entre *La huida*, de Jim Thompson, y *Di adiós al mañana*, de Horace McCoy. Un discreto escondite, lejos de la imaginación de cualquier extraño o de las intenciones de mis atacantes.

Pensé que ellos me habían visto conversar con Silva y anotar los nombres en el libro. Un par de buenas razones para jugar las cartas más arriesgadas del naipe.

Y si así era, tendrían que volver, y en ese caso los estaría aguardando con una pequeña fiesta de fuegos artificiales y trucos sucios.

¿Quiénes eran ellos? ¿Hombres de Silva? Difícil, porque si bien me había entregado el nombre de Belmar sin gran convencimiento, eso no era motivo para arrepentirse de su acción. No, no podía ser él, ni Cavens, con lo cual las posibilidades parecían reducirse a los asesinos de Cayasso. Parecía una posibilidad lógica, y sin embargo no dejé que me convenciera el ánimo.

Dispuesto a no darle más vueltas al asunto fui a observar los pollos que aún permanecían en el refrigerador. Su aspecto no me estimuló y me resigné a calentar agua para beber el enésimo café del día. Mientras llegaba a su punto me serví una copa de vino. No estaba mal, pero ello no fue obstáculo para que le concediera una mirada de repudio a la caja de cartón en la que algún genio de la postmodernidad había decidido envasarlo.

8

La calma fue breve y dio paso a una antigua sensación de asedio, real o imaginario, que agitaba el espanto y me hacía sentir el seco gusto del miedo. Rostros nocturnos, frenadas repentinas, cartas anónimas. La soledad, mi soledad como un estigma propio e intransferible.

Nada que decir. Los antecedentes que mencionara Reinaldo Silva no eran una metáfora, ni el juicio de Cavens una idea muy antojadiza acerca de mis actos. Para

ellos no era otra cosa que un apostador equivocado. El insensato que se negaba a cambiar de oficio o conducta, una voz desde la orilla opuesta, marginal y conflictiva.

Cubrí el miedo con palabras. Tuve la certeza de atravesar el túnel y de percibir esa vaga luz de la madrugada que me haría olvidar los temores y salir a la calle con el terno azul del que va a su trabajo a la hora justa.

El sueño me ganó la partida antes del regreso de Fernanda. Al despertar por la mañana la encontré acostada a mi lado y en sus labios reconocí esa sonrisa que me había atraído en nuestro primer encuentro. La observé en silencio hasta que escuché que golpeaban a la puerta. Al abrirla me vi frente a un muchacho flacuchento que sostenía entre sus manos un pesado paquete de diarios.

—Se lo envía don Anselmo —dijo alcanzándome un ejemplar de *La Tercera*—. Dice que le dé una mirada a las carreras del fin de semana.

Agradecí la entrega y el muchacho se despidió con algo que se asemejaba a una sonrisa. En las páginas hípicas descubrí unas marcas rojas bajo los nombres de algunos caballos, y supuse que Anselmo había decidido intervenir en mis finanzas. Sus datos acostumbraban a estar tocados por el hada de la fortuna, y seguirlos era contar por anticipado con un buen turro de billetes en los bolsillos. Continué hojeando el diario, y después de revisar las notas deportivas me detuve en un recuadro de las páginas judiciales. En unas pocas líneas se entregaban antecedentes del hallazgo de osamentas en la localidad de Quilicura. Se daban dos versiones diferentes. La primera era de un juez Urzúa Gómez, que se había hecho cargo de la investigación al desistirse Cavens de anexar el asunto al caso del sindicalista Alfaro, y en términos generales vinculaba el hallazgo a las declaraciones de los familiares de las víctimas. La segunda versión citaba una fuente anónima y relacionaba las osamentas a un pequeño cementerio existente en el lugar cuarenta o más años a la fecha, y desmentía que los cuerpos hubiesen estado amarrados con correas de paracaídas militares. Nada decía sobre la muerte de Cayasso ni de los antecedentes que manejaba Cavens. Pensé en llamarlo y revelarle las identidades de Véliz y Belmar, pero a último momento me arrepentí. Después de todo —me dije—, él no esperaba ningún resultado de mis investigaciones, y por sus palabras entendía que me necesitaba lo más lejos posible de su despacho.

Recordé al sastre Cancino y la conducta de Cavens me pareció una vez más absurda. ¿A qué se debía? ¿No habían sido las declaraciones de los padres de Daniel la pieza clave para reabrir el caso de Alfaro? ¿Y acaso el testimonio de Carmen Vega no relacionaba ambos hechos? Preguntas, demasiadas preguntas que me mantuvieron ocupado hasta que vi aparecer a Fernanda enfundada en la vieja bata de Carlos Humberto Rondinoni, un púgil argentino al que le debía la vida desde una antigua balacera en la ciudad de Punta Arenas.

La recibí con la distancia de la duda, pero apenas la tuve entre mis brazos ese rechazo se desvaneció. No aprecié nada falso en sus besos ni en el tono de su voz cuando me dijo que me deseaba y que su tardanza de la noche se debía a que su

investigación sobre las clínicas se había prolongado.

—Quiero que me mimes como haces con tu obeso gatito —dijo mientras cubría de besos cada espacio de mi rostro—. Y que me ames y vuelvas loca, como tú sabes hacerlo.

Mi réplica no la escuchó nadie, porque de inmediato nos dejamos llevar por el influjo de una ducha caliente. Besé sus pechos, su vientre suave y exploré con mis labios entre los vellos oscuros de su pubis. Su placer estimuló mi trabajo y cuando estuve seguro que nada más quedaba por hacer dentro de la ducha, la tomé en brazos y la conduje al dormitorio. Fue bello. El mediodía nos sorprendió extenuados, igual que dos caballos que han llegado en empate a la meta luego de una reñida disputa cabeza a cabeza.

—Un día de estos me voy a enamorar de ti —le dije.

¿Cómo? ¿Aún no lo haces?

—No —mentí.

—¡Engreído!

—Te amo —le dije y me arrepentí en el acto. No usaba esas palabras desde hacía mucho tiempo, y tuve miedo que ellas se volvieran en mi contra, como ocurriera en el pasado con Andrea.

Fernanda me miró a los ojos y se abrazó a mi pecho.

—Háblame de tu trabajo —le pedí, apartándola.

—¿Ahora?

—Quiero todos los detalles.

—¿De qué huyes, Heredia?

—Aún no es tiempo de decirlo —contesté.

—¡Como tú quieras! Al final de cuentas no es mucho lo que tengo que decir. Leí todo lo que pude acerca de clínicas clandestinas y no encontré nada que tuviese algún valor. Solo notas de parteras de poca monta y uno que otro testimonio de muchachas engañadas.

—¿Ni la más mínima pista que nos conduzca a Belmar o el «Aleman»?

—¿De verdad esperabas encontrar algo en los diarios?

—No lo sé.

—Mientras leía la prensa se me ocurrió una idea respecto al «Aleman» —dijo Fernanda y me dio la impresión de que daba riendas a un tema largamente meditado—. Después de la Segunda Guerra Mundial se refugiaron en Chile varios jerarcas nazis. Criminales que habían participado en campos de exterminio y que eran buscados por los tribunales de las Fuerzas Aliadas.

—¿Qué tiene que ver eso con lo nuestro? —pregunté, sorprendido por el giro de la conversación.

—Walter Rauff fue uno de ellos. El inventor de los camiones de la muerte, que servían para eliminar prisioneros mientras los transportaban de un lugar a otro.

—Conozco su historia, y no entiendo el motivo de su mención. Hasta donde sé,

murió en 1986.

—¿Has oído hablar de Colonia Dignidad?

—Quién no. Cada vez que los temas escasean algún diario se encarga de reactivar su historia. Últimamente ha sido materia de juicios legales. Todos saben que es un reducto de nazis que se ha mantenido durante años, sin que nadie le ponga límites.

—Se dice que tenía vinculaciones con la DINA y que funcionó como centro de torturas.

—Es posible, como puede ser que sean reales esas orgías satánicas que la prensa dice que se realizan al interior de la Colonia. Todo puede ser, pero aún no entiendo en qué se relaciona con nuestra historia.

—También se cuenta que a la Colonia llegan menores de edad y pequeños de pocos días que son criados y educados de acuerdo a los códigos de esos nazis. Un matrimonio que huyó de Dignidad dio testimonio de esas cosas en Alemania.

—¿Y?

—Carmen Vega habló de tratos comerciales entre Belmar y un alemán. Y por otro lado, sabemos que el cuidado que se dio a la mujer de Cancino fue diferente, solo por su estado de embarazo. ¿No ves la posible relación?

—Creo que tu imaginación vuela demasiado alto.

—Es parte del trabajo que hacen los nazis —agregó Fernanda con vehemencia.

—La guerra terminó hace mucho tiempo.

—No para todos. Ellos se han organizado en todo el mundo. En la misma Alemania han conseguido espacio en el parlamento y controlan empresas claves en muchos países. Medios de comunicación, industrias de armamentos, vehículos y alta tecnología.

—¡Diablos, parece que has leído muchos panfletos sionistas!

—¡Al carajo contigo, Heredia! ¿Por qué solo puedes creer en lo que olfatean tus narices? Mis ideas son atendibles, tanto como las de Cavens, o tus pobres testigos.

—Deseo recuperar a un niño, no preocuparme de un nazi muerto y de un lote de maniáticos enjaulados en una Colonia.

—Te estoy dando una oportunidad de obtener resultados positivos, Heredia. Une tu esfuerzo a mi información y verás cómo llegamos a un buen fin.

—¿Qué quieres decir? ¿A qué información te refieres? —pregunté, mientras Fernanda se vestía de prisa, como si de pronto se hubiese dado cuenta de que estaba en un lugar que no le correspondía.

—Tu problema, Heredia, es que crees que estás solo, y que nadie se preocupa de las cosas que haces —dijo ella, al tiempo que ataba un pañuelo alrededor de sus hombros—. Cosas como tu conversación con el fiscal Silva.

—¿Qué sabes tú de eso?

—Conversé con Anselmo.

—¡Mientes! Él no sabe nada de eso.

—Trato de ayudarte, Heredia.

—Mintiendo nunca lo harás —le dije. Me puse de pie y la tomé en los brazos con fuerza.

—Me haces daño, Heredia.

—¿Por qué sabes lo de Silva? —le pregunté, aumentando la presión de mis manos en su cuerpo.

—No puedo decírtelo.

—¡Es necesario!

—Te aseguro que nada tiene que ver con lo nuestro.

—¡A la mierda lo nuestro! ¡Quiero conocer tu verdadero juego!

La respuesta de Fernanda llegó en forma de inesperado golpe que me hizo caer al suelo. Traté de incorporarme, y ella lo impidió con un nuevo y certero golpe en mi cabeza. Después todo fue difuso. Su carrera por el departamento, un portazo y el recuerdo de aquella noche en el hotel, cuando la viera salir de la ducha, desnuda y mágica como la Venus de Botticelli.

Cuarta Parte

1

Recuperé el conocimiento cuando las primeras sombras del atardecer se filtraban por la ventana del dormitorio. Una luz roja, con aspecto de ojo herido y perspicaz, se hallaba aprisionada en el espejo oblongo de la cómoda. Con un abrazo cómplice atrapé a Simenon y busqué en su pelaje la voluntad que necesitaba para incorporarme. Una tarea difícil en la que fui sorprendido por Anselmo, que venía a la oficina en plan de improvisado mensajero.

—¡Diablos, don! ¿No se fijó en el camión?

—¡No estoy para bromas, Anselmo!

—Le aseguro que me doy cuenta, don.

—¿Entonces?

—Su amiga me pidió que le entregara esta carta —dijo, alcanzándome un sobre que sacó desde el interior de su chaqueta—. Se veía alterada, y lo que más me encargó fue que esperara un par de horas antes de subir con la nota.

La carta contenía solo una pregunta: «¿Has amado dos cosas importantes al mismo tiempo?». Lo demás era el silencio de una hoja en blanco y el súbito recuerdo de cada detalle de la pelea.

—¡Quién tiene ánimo para enigmas! —exclamé sin rencor.

—Es mejor que se vista —dijo Anselmo—. Y mientras lo hace le prepararé un café.

Obedecí instintivamente, seguido en cada uno de mis movimientos por las pupilas de Simenon. Fue una ceremonia lenta, al cabo de la cual caminé hasta el despacho y me dejé caer sobre la butaca más próxima al escritorio.

Anselmo llegó con el café y me observó beberlo en silencio.

—La vida es un buitre que al primer asomo de alegría nos picotea el pellejo.

—¿Qué pasó, don? Subí con la carta y me encontré con la puerta abierta y usted en el suelo.

—Cualquier explicación requiere algo más que un café.

—Se me ocurre que la palomita se echó a volar, don.

—¿Y?

—En cuero duro no pican las pulgas. Usted tiene experiencia en escuchar cómo

se cierran las puertas.

—No preciso tanto ánimo, Anselmo.

—¿Acaso no estoy en lo cierto?

Mi respuesta quedó en el aire, interrumpida por los golpes que alguien daba en la puerta. Anselmo se apresuró en atender a la visita y vi entrar a un muchacho que lucía unos gastados pantalones de mezclilla y llevaba un amplio bolsón de cuero.

—Correspondencia —dijo y me alcanzó un grueso sobre amarillo. Enseguida me hizo firmar una papeleta de recibo y se fue con la misma fugacidad con la que había llegado. Casi como una sombra que no deseaba dejar recuerdo.

El sobre contenía una breve nota de Reinaldo Silva y las fotocopias de lo que debían ser las hojas de servicios de Escudero y Villaseñor. «En los viejos tiempos todo era más fácil», decía el mensaje.

Jugueteé con él entre mis dedos hasta que Anselmo se dio cuenta que deseaba estar solo y se despidió mordiéndose las ganas de enterarse del contenido de la correspondencia. Quise releer la nota, pero el recuerdo de Fernanda se hizo presente a través de una nueva avalancha de preguntas. ¿Por qué su enojo? ¿La referencia a los judíos? ¿Mi incredulidad? ¿Cuáles eran sus dos amores? La respuesta no estaba en la oficina y no podía salir a la calle a respirar un poco de aire contaminado. Necesitaba concentrarme en las fichas y aguardar a ese tal Bernal que me anunciara mi amigo Solís.

Las fichas daban cuenta de las carreras funcionarias de Villaseñor y Escudero. Estudios, calificaciones, ascensos y destinaciones en diversas unidades. Ambas eran similares, y la de Villaseñor además mencionaba sus actividades comerciales.

«Socio del restaurante Macario en conjunto con el ciudadano alemán Dieter Kurtz, empresario residente en Santiago, y dueño de una importadora de artículos electrónicos y de una clínica ubicada en la calle Emilio Vaisse». El pulso me latió de prisa cuando comprendí que las piezas del *puzzle* comenzaban a encajar de un modo inesperado, dándole en parte la razón a Fernanda y también al juez Cavens, cuando había dicho que el asunto de Daniel Cancino solo se resolvía con una delación o un golpe de suerte.

Pensé que eran demasiadas castañas calientes para sostener en una sola mano y decidí llamar a Demetrio Gutiérrez para pedirle antecedentes de los abogados que atendían la causa de Cancino.

—Dos preguntas y un favor —le dije luego de saludarlo.

—Te escucho, Heredia.

—¿Quién atiende las demandas de los padres de Cancino?

—El equipo jurídico de Vicaría de la Solidaridad.

—¿Específicamente? —insistí.

—Alberto Mariano.

—Quiero que lo llames y le pidas que venga a mi oficina. Sin recelos. Necesito contar ciertas cosas y no deseo perder tiempo dando muestras de confianza. ¿Me

entiendes?

—Lo llamaré de inmediato —dijo Demetrio y nos despedimos.

Apenas colgué el fono oí que golpeaban a la puerta, y al abrirla me encontré frente a un hombre bajo, moreno y delgado. Podía pasar por empleado público o contador. Tenía el aspecto de los tipos que se endeudan todos los meses y cambian de corbata solo para Navidad o Fiestas Patrias.

—Bernal —dijo, al tiempo que extendía una mano pequeña y me examinaba con adiestrados ojos de policía.

Lo hice pasar y le ofrecí asiento junto al escritorio. Sin prisa sacó de su chaqueta un atado de Hilton y encendió uno sin molestarse en ofrecer una migaja del apestoso tabaco. El hombre poseía sus rituales y concedí en aceptárselos mientras no llegaran a colmar mi paciencia.

—Hablé con mi comisario Solís —dijo, y enseguida, como si hubiese tenido la obligación de justificarse, agregó—: Antes las cosas eran más fáciles y los policías nos dedicábamos a perseguir delincuentes. Ahora, en cambio, se ha introducido el factor político y eso resulta molesto para un profesional.

Lo oí remarcar la palabra profesional, y no dudé que con ella ponía un paréntesis de desprecio para mi oficina y todo lo que veía en su interior, incluyéndome. No hice comentarios y lo dejé seguir con su discurso.

—Con los años se llega a querer la profesión, y uno se siente capacitado para tareas más complejas —agregó como si hubiese estado hablando de un ente remoto y no de sí mismo.

—Entiendo —dije condescendiente—. Siempre duele cuando a uno lo pasan a llevar.

Mi respuesta me sonó a cháchara barata, pero fue efectiva para conseguir que el policía se diera por satisfecho y con la tranquilidad suficiente para cumplir el encargo de Solís.

—He traído algunos antecedentes —dijo sacando de su chaqueta una considerable cantidad de hojas dobladas—. Disculpe la presentación pero comprenderá que debí sacarlas a escondidas.

—¿Usted trabajó en el asunto? —le pregunté mientras daba un vistazo rápido a los documentos.

—Solo oí comentarlo al comisario Solís.

—¡Lástima! Podíamos haber discutido el caso.

—No es mi intención involucrarme más allá de lo que me pidió mi comisario. Para serle sincero, los profesionales no vemos con buenos ojos el trabajo de aficionados.

El profesionalismo del tipo me llegó hasta la coronilla en un súbito segundo.

—Su sinceridad me conmueve —dije. Huele a bosta.

—Si le ayudo es por lealtad con el comisario —reafirmó el hombre sin acusar el efecto de mis palabras.

—Es usted un buen chico, Bernal. Es una pena que hieda a salario fijo y a muchas horas de sudor acumulado entre las piernas. Su profesionalismo me tiene sin cuidado, amigo.

El policía se tragó mis palabras sin un resuello. Se puso de pie y apagó su cigarrillo en la cubierta del escritorio.

—Usted no es una persona agradable —dijo.

—Me lo han dicho antes, Bernal. También algunos me dicen amargo o áspero, pero son los menos. La mayoría me llama hijo de puta.

—¡Razonable!

—De cualquier modo le agradezco su ayuda. Le habría ofrecido un café pero usted puso las diferencias sobre la mesa, y en materia de café, solo soy un aficionado.

El portazo que dio Bernal se expandió largo rato por las paredes de la oficina. Simenon se despertó de su siesta y me observó exigiendo una explicación.

—Estos tiras tienen pésimos modales —le comenté.

Simenon bostezó, se limpió una de sus patas y con resignación retornó a sus sueños.

—Últimamente no me ayudas en nada —le reproché.

Los papeles de Bernal no contenían mucha información de interés. Datos sobre pesquisas relacionadas con parteras clandestinas, abortos ilegales y venta de niños recién nacidos. Los leí de prisa y solo en la declaración de una mujer sorprendida antes de parir encontré lo que necesitaba. La mujer, una joven de veintidós años, declaraba haber quedado embarazada a raíz de un amorío con un fulano que la había abandonado. Decía tener mala situación económica y que por eso recurrió a un practicante de apellido Quilodrán. El tipo la convenció de conversar con una señora de apellido Cruz y negociar el término de su embarazo a cambio de una buena cantidad de dinero. La señora Cruz le prometió contactarla con un ciudadano alemán, destinatario final del hijo que nacería. La muchacha había sido sorprendida en la clínica de Quilodrán y cuando se iniciaban las investigaciones para identificar al mencionado alemán, Solís recibió la orden de terminar el trabajo. Los datos tenían la claridad de un bofetón a mansalva, y por primera vez desde que me involucrara en el asunto tuve la intuición de conseguir un resultado exitoso. Releí una vez más los documentos de Solís y a continuación decidí obedecer a mi estómago y buscar algo de comida.

Al salir le encargué a Anselmo que estuviera atento por si un hombre de apellido Mariano preguntaba por mí. Me encaminé hacia un restaurante próximo, y al llegar a una esquina divisé un tacho de basura. Saqué los papeles de Bernal de mi chaqueta y rompiéndolos en cuatro los boté dentro del recipiente. Las huellas de la memoria son más difíciles de arrebatar, me dije luego de pensar en los hombres que la noche anterior habían tratado de asaltarme. Después solo pensé en la comida. Tenía apetito y un extraño deseo de silbar «Yesterday» de los Beatles.

2

Graciano, uno de los mozos del restaurante, me indicó una de las pocas mesas desocupadas. El lugar estaba lleno de empleados y obreros que se servían una colación de porotos con tallarines. Comían de prisa con las miradas fijas en los platos, y entre los más conocidos se lanzaban chascarros de una mesa a otra. Un hombre enjuto y demacrado se movía alrededor de las mesas, acompañado de una guitarra que le ayudaba a entonar viejos boleros y una que otra ranchera solicitada por los comensales. Los mozos procuraban despachar rápidamente los pedidos y dejar espacio para los posibles clientes que asomaban sus narices por entre la puerta que daba a la calle Bandera. El bullicio de las micros y autos luchando por un metro de vía se introducía en el restaurante, y el esmog hacía de las suyas. Un enjambre de vendedores ambulantes se repartía a lo largo de las veredas, voceando el último desecho importado de Taiwán. Nada parecía haber cambiado en el barrio desde que arrendara la oficina diez años atrás, pero si uno se detenía en los rostros de los mozos, los notaba más viejos, igual que las mesas de madera y el retrato de Gardel que presidía la barra desde una foto colorinche.

—El pescado es del día —dijo Graciano, impaciente por la demora de mi orden.

—¿De qué día? —pregunté.

—Del día de hoy. No joda.

—Eso es más claro.

Terminé por aceptar la sugerencia del mozo. Merluza frita, ensalada y una jarrita de vino blanco. Todo estuvo muy bien, tanto que a la hora del café me hice algunos reproches por no haber pedido una segunda porción de pescado o una copa extra de vino. Luego le pedí a Graciano una manzanilla y un diario que revisé hasta detenerme en las páginas hípicas. Los datos de Anselmo habían sido tan certeros como cada palabra en los cuentos de Borges.

Sin un motivo que lo justificara pensé en Fernanda y el resabio amargo de nuestra última conversación se impuso al sabor del licor. Nunca terminaría de aprender con las mujeres. Tenía una ventana abierta y ellas entraban en mi rutina igual que un vendaval. Las amaba con la facilidad de un adolescente y como tal las dejaba marchar.

Cuando me disponía a pedir la cuenta vi acercarse a mi mesa a un hombre delgado que vestía un terno azul y ocultaba sus ojos tras unos lentes gruesos.

—¿Heredia? —preguntó con cierta timidez.

Asentí con un leve movimiento de cabeza.

—Mariano. Alberto Mariano —agregó el hombre—. Recibí un llamado de Gutiérrez.

—¿Cómo me ubicó? —pregunté con algunas dudas sobre la veracidad de su cuento—. ¿Trabaja de adivino?

—Gutiérrez me entregó su dirección, y a la entrada de su oficina me encontré con

un suplementero que me dio algunas ideas acerca de cómo ubicarlo. Además, por supuesto, de su descripción física —dijo el abogado y se sentó a mi lado.

—¿Le contó Demetrio de qué se trata? —pregunté.

—Mencionó a Cancino.

—Investigo su muerte.

—¿Por qué?

—Me paga el juez Cavens.

—¿No es algo irregular?

—No si los billetes son legítimos.

—¿Y ha logrado avanzar en algo?

—Tengo identificados a los secuestradores de Cancino, y con un poco de fortuna podré encontrar a su hijo.

—Estudí la apertura del caso que hizo Cavens, y nada de lo que usted dice aparece en la documentación.

—Cavens no está al tanto de todas las cosas.

—¿No trabajan juntos?

—Disculpe, Mariano, pero de ahora en adelante las preguntas las haré yo.

—Como quiera —dijo el abogado, y antes de seguir escuchándome llamó al mozo para que le sirviera una taza de café y un *sandwich* de ave.

—¿Cuál ha sido el trato de Cavens con los abogados de Alfaro y Cancino? —le pregunté un rato más tarde.

—Con los de Alfaro, bueno. Diría que en eso se jugó a fondo. En cuanto a lo de Cancino y su hijo, ha tenido una conducta más vacilante.

—¿A qué lo atribuye?

—Piensa que es el aspecto de la investigación que tiene menos posibilidades de éxito.

—¿No podría ser un modo de soslayar los hechos?

—Hasta ahora la conducta de Cavens me ha parecido la adecuada —concluyó Mariano, al tiempo que mordía su bocadillo.

—Le dije que tengo identificados a los secuestradores de Cancino y a los probables asesinos de Alfaro —afirmé, procurando que en mis palabras no se vislumbrara el más mínimo asomo de duda.

—¿Tiene sus nombres verdaderos?

—Nombres, ocupaciones y domicilios actuales —agregué—. Y para asegurarme que esos datos tengan un buen uso, se los haré llegar esta misma tarde.

—¿Y por qué no ahora mismo?

—Antes deseo que me prometa tres cosas, Mariano.

—Le escucho.

—Primero, no le revele los antecedentes a Cavens hasta que se lo indique expresamente. Segundo, si el juez no utiliza la información en su momento, deseo que usted lo haga, especialmente si ello sirve para aclarar la situación del presunto

hijo de Cancino. ¿Está de acuerdo?

—Conforme. ¿Y cuál es la tercera cosa?

—Que se la juegue a fondo.

—Lo vengo haciendo desde hace diez años, Heredia —respondió Mariano mirándome de frente.

—Si damos un mal paso, tendremos sobre nosotros a los mismos que asesinaron a Cayasso. Por eso es importante que espere mi aviso antes de dar a conocer los antecedentes.

—¿Para qué esperar?

—Creo poder atar un hilo más, de tal modo que lleguemos a los tribunales sin ningún punto débil.

—¿Puedo saber de qué se trata?

—Mientras menos sepa, mejor.

—¿No está exagerando?

—En absoluto. Los antecedentes se los haré llegar a través de Gutiérrez. Ahora, termine su merienda y váyase. No me extrañaría que me estuviesen siguiendo.

El abogado miró a sus espaldas en un gesto reflejo y enseguida apuró su bocadillo. Cinco minutos más tarde lo vi salir del restaurante sin que nadie lo siguiera. Respiré tranquilo y encendí un cigarro.

3

—¿De qué se trata, don? —preguntó Anselmo mientras entrábamos a la oficina. Tenía el aspecto de haber dormido una mala siesta, y minutos antes me había costado sacarlo de la modorra para que atendiera un encargo.

—Vas a llevar un sobre a la dirección que te indique.

—¿Y para qué está el correo?

—Necesito que el sobre se mueva rápido y seguro.

—No entiendo, don.

—Ni falta que te hace.

—¡Si usted lo dice!

—Hazme caso y llegarás lejos —le contesté, y mientras me ponía a registrar los antecedentes de Escudero y Villaseñor en una hoja, le pregunté—: ¿Cómo te fue con Amandita?

—Muy bien —contestó con mucha prisa.

—No me parece.

—¿Qué no?

—¡No!

—La verdad es que me dejó con el molde hecho. Comió hasta que se hartó y cuando le insinué que podíamos hacer algo para aprovechar la siesta, me dijo que estaba hasta la coronilla de jinetes borrachines, y que mejor me fuera a hacerle proposiciones a mi abuela.

—¿Y?

—La pobrecita ya se murió.

—¡Lástima! —dije y ya no agregué más comentarios.

Anselmo se sentó lejos del escritorio y por algunos minutos se mantuvo en silencio observando la habitación.

—Usted que lee, don —comentó de pronto—. Tiene tantos libros como la biblioteca del Papa.

—¿Y qué sabes tú de la biblioteca del Papa?

—En una revista leí algo sobre ella.

—Si te interesa algún libro, me lo pides.

—Gracias, don. Pero a mí sin fotos no me gustan.

—¿Y qué tal una revista de minas piluchas?

—Eso sí —contestó de inmediato Anselmo con un brillo de entusiasmo en sus ojos.

—Pues, jodiste. Soy un tipo serio.

El suplementero me miró con tristeza y cuando me vio cerrar el sobre para Gutiérrez, se puso de pie y se acercó hasta el escritorio.

—¿Y la palomita, jefe? ¿Se le voló?

—Si tú no lo sabes.

—¡Bah! Lo dejan plantado y se desquita acusando de copuchenta a la gente.

—No he dicho nada.

—¿Entonces dónde está?

—Ya llegará, no te desveles —le respondí al tiempo que le pasaba el sobre y un billete de mil pesos—. Dile a Gutiérrez que me llame apenas lo reciba.

—De acuerdo —dijo Anselmo.

—Espera —lo atajé, mientras sacaba del escritorio un ejemplar del *Playboy* en español—. Ten esto para que te entretengas en el camino.

—Ahora sí que le creo —comentó con alegría, luego de contemplar embelesado la portada de la revista—. Usted es un tipo serio, don.

Escuché a Anselmo alejarse de la oficina. Su taconear se hizo apenas un eco, ahogado de pronto por el chirriar del ascensor. Oí el penoso aullar del descenso y al mirar por la ventana principal del departamento alcancé a divisarlo antes de que doblara en la esquina más próxima.

Después fue otra vez el silencio, y el nombre de Dieter Kurtz dibujado en mi memoria como una sombra. El anónimo alemán había adquirido de un momento a otro la materialidad de un nombre concreto que se me antojó peligroso.

¿Quién o qué se ocultaba tras de ese nombre? La pregunta tenía el aliento de una alimaña acercándose, y no disponía de una respuesta a ese murmullo que se agitaba en los rincones del departamento. Pensé que paradójicamente era el único que en ocho años se había acercado tanto a la verdad del secuestro de Cancino. ¿Suerte o voluntad? Tal vez un poco de ambas cosas, o solo el hecho de que nadie esperaba nada de mi trabajo, y el llamado de Cavens se me antojaba como una pantalla para desfigurar la luz. Esa justicia atestada de formularios en la cual no creía, que se negaba a sí misma en cada nuevo amanecer desde el momento que se había prestado para humillar. No, mi silencio no podría llegar a ser jamás su cómplice, y desenmascarar lo que se ocultaba en el nombre de Kurtz era un acto de sobrevivencia.

Saqué una foto de Daniel desde el expediente proporcionado por Cavens y la observé un momento. ¿Su hijo se parecería a él? ¿Y si se trataba de un sueño? Una imagen nacida en el dolor de unos padres que se negaban a perder todo vínculo con el hijo arrebatado. Una ilusión para seguir viviendo de cara a ese tiempo al cual muchos le daban la espalda. Guardé el retrato y cogí del escritorio mi pistola. Hacía mucho meses que no la utilizaba y su peso entre mis manos me resultó ajeno. Era la justicia que podía pertenecerme en un instante. Un poder en el que no pensé al adquirir el arma a los pocos días de abrir mi negocio, a un precio que erróneamente me pareció mínimo, porque luego, al usarla más de alguien quedó con sus ojos abiertos, mordisqueados por las activas moscas de la muerte. Apunté con la pistola a las primeras sombras que invadían la oficina y descubrí que un sudor seco recorría mi espalda.

Regresé la pistola a su sitio en el escritorio y me encaminé al dormitorio. Estaba desordenado y con un imborrable olor a cansancio que se adhería a las flores anaranjadas del papel mural. Apoyé mi cabeza sobre la almohada y de inmediato me quedé dormido. Fue un sueño inquieto y breve, interrumpido por la presencia de una voz conocida y la proximidad de un cuerpo abrigándose junto al mío. Sentí una caricia que ordenaba mis cabellos y la certeza de un beso terminó por despertarme.

Me encontré con los ojos de Fernanda. Sonreía, y eso era bueno, mientras las huellas de nuestra última conversación no se hicieran presentes.

—¿Qué te sucede? —preguntó, y por un instante pensé que su ausencia me había dolido más de la cuenta.

—No sé —dije borrando de una plumada el recuerdo de sus golpes—. Me siento cansado y triste.

—Tonterías —agregó Fernanda—. Eres un niño que precisa algunas caricias, una barra de chocolate y su beso de las buenas noches.

—¿A qué juegas? —le pregunté con rudeza.

—Trato de ser amable y obtener tu perdón.

—¿Dónde has estado?

—¡Por ahí!

—¿Por ahí? ¿Qué repuesta es esa?

—Es difícil decirlo de otro modo.

—Me ha dolido tu ausencia, Fernanda.

—Sé que me comporté como una tonta. He venido a decírtelo y a llevarme mis cosas. Supongo que eso es lo que quieres.

—¿Cuesta vivir con un perdedor?

—No he sido sincera, y necesito tiempo para reunir valor y contarte mi verdad.

—¿De qué hablas? ¿Qué verdad?

—Aún no puedo decir nada —dijo Fernanda.

La dejé llorar un rato y enseguida fui a la cocina a buscar dos copas de coñac. Le di una, y me senté a su lado.

—A los dos nos hace falta —le dije—. Bebe, y después te contaré una idea descabellada que se relaciona con tu teoría sobre los nazis. Hablaremos de eso y luego de lo nuestro.

—¿De qué se trata? —preguntó, interesada.

—Nuestro alemán se llama Dieter Kurtz y es propietario de una clínica y de otros negocios relacionados con la importación de artículos electrónicos.

—¡Dieter Kurtz! —exclamó sorprendida.

—¿Te dice algo ese nombre?

—¿Tiene que ver con lo nuestro, con la pregunta que te escribí por la mañana y el valor que necesito. Es una historia que se relaciona con mi familia, la guerra y esos amigos que tú de algún modo ya conoces.

—¿Amigos?

—Los que te siguieron la otra noche.

—Y trataron de asaltarme.

—Fue un error y ellos lo saben.

—Creo que es tiempo de conocer tus secretos, Fernanda.

—Mis amigos te explicarán mejor algunas cosas.

—No sé qué te traes entre manos. Tengo la sensación de haber sido parte de una farsa. ¿Quién eres realmente?

—Te lo contaré —dijo ella, mientras se dirigía a la oficina con la intención de usar el teléfono.

Los tres hombres entraron a la oficina con recelo. Saludaron a Fernanda y rodearon el escritorio junto al cual me hallaba sentado. El más bajo de los tres se acercó a la ventana y luego de escrutar al vacío, hizo un gesto de tranquilidad a sus amigos. Los observé y me observaron en silencio hasta que Fernanda nos presentó. El de la ventana dijo llamarse Simón, y los otros, Bernardo y Valentín. Valentín era fornido, su rostro se veía picado de viruelas y tenía el aspecto de esos tipos que prefieren golpear y después hacer las preguntas. En cambio, Bernardo tenía la apariencia del que está habituado a escuchar y esgrimir argumentos.

A una indicación de Fernanda, Simón le ayudó a traer sillas desde la cocina. Mis visitantes se acomodaron alrededor del escritorio. Encendí un cigarrillo y aguardé a que uno de ellos se decidiera a iniciar la conversación. Procuré encontrar la mirada de Fernanda, pero noté que ella mantenía la cabeza gacha, simulando buscar algo en los bolsillos de su pantalón. Un buen chiste hubiese aliviado la tensión, mas yo no andaba con ánimo para contarlo ni ellos eran humoristas. Arrojé una bocanada de humo con la intención de formar anillos, y solo cuando fue evidente mi fracaso, Bernardo dijo sus primeras palabras.

—Entiendo que mencionó a Dieter Kurtz, señor Heredia —dijo.

—Sin pensar que ello me significaría recibir visitas —contesté mirando a Fernanda.

—Deseamos que nos preste toda su atención —agregó Bernardo.

—Tenemos tiempo, cigarrillos y si la historia es buena, prometo no quedarme dormido —dije, y luego de una pausa para apagar el cigarrillo, agregué—. Sé sus nombres, pero no lo que ustedes representan. Si me lo dicen puede ser un buen comienzo.

—Somos parte de un grupo de investigación —dijo Bernardo y se detuvo un instante para evaluar el efecto de sus palabras—. Nuestra misión es detectar en Chile las actividades de antiguos jerarcas nazis.

—Grupos similares al nuestro existen en toda América —dijo el que se llamaba Simón—. Mientras conversemos amistosamente no debe temer nada de nosotros, Heredia.

—¿Y si no es así?

—Por ahora es mejor no pensar en esa posibilidad —contestó Bernardo.

—¿Tú eres parte del grupo? —pregunté a Fernanda.

—Quisiera explicarte —alcanzó a decir ella antes que Valentín la interrumpiera, exigiendo que se atuviera al tema de la conversación.

—¡En qué película de locos me he metido! —exclamé.

—Hasta ahora en ninguna, Heredia. Usted no es más que un elemento accidental —agregó Bernardo.

—¿Y qué tiene que ver Kurtz con todo eso? —pregunté.

—Dieter Kurtz huyó de Alemania en 1945 —dijo Bernardo—. Cuando era joven oficial de la Gestapo fue enviado a Auschwitz como ayudante de Eichmann. Se aproximaba la invasión del Ejército Aliado y Eichmann era el jefe de ese campo de exterminio. Su nombre encabezaba la lista de los criminales más buscados, y a pesar de eso, logró pasar inadvertido simulando ser un oficial de la Luftwaffe, la fuerza aérea alemana. Se le confinó en el campo de prisioneros de Alvaro Alsee, de donde huyó al cabo de dos meses utilizando un falso pasaporte inglés.

—Kurtz fue comisionado para ayudar a Eichmann —intervino Simón—. Siendo Kurtz un elemento de rango inferior pudo eludir nuestras redes de control.

—Abreviando, señor Heredia —continuó Bernardo—. Eichmann y Kurtz se trasladaron a Italia y se pusieron al cuidado de un grupo fascista que seguía operando en la clandestinidad. Nuestro servicio de inteligencia procuró atraparlo, pero él fue más hábil. Huyó a un pueblo enclavado en los Alpes suizos donde se organizaba un cuerpo de oficiales nazis a la espera de que brotaran las primeras diferencias entre los yanquis y los rusos. Eso no ocurrió como esperaba, y Eichmann con Kurtz regresaron a Italia y se embarcaron en el «Giovanna C» utilizando pasaportes del Vaticano extendidos a nombre de Ricardo Klementz y Augusto Selmann.

—El asunto de los pasaportes se descubrió —interrumpio de nuevo Simón, ansioso de mostrar su conocimiento de la historia—. Y se dispuso un procedimiento para capturar a los fugitivos en Mar del Plata. Sin embargo, el «Giovanna C» fue interceptado por un submarino en Brasil y Eichmann se internó por el río Trombetas, afluente del Amazonas.

—¿Es en serio todo lo que dicen? —pregunté—. ¿No me juegan una broma?

—Es historia conocida. Se han escrito muchas páginas sobre ella.

—Y yo no he leído ninguna —dije.

—Lo que le conté ocurrió en 1952 —siguió diciendo Bernardo—. A mediados de ese año interceptamos en Viena una carta de Eichmann dirigida a una de sus amantes. Entonces el trabajo se concentró en Buenos Aires. Investigamos las empresas de origen germano y descubrimos que Eichmann se desempeñaba como empleado contable en las oficinas de la Mercedes Benz. El lazo se estrechó y el 13 de marzo de 1954 lo capturamos.

—¿Y Kurtz? —pregunté.

—Logró huir porque su nombre solo apareció en los últimos interrogatorios a Eichmann —respondió Simón—. Además no nos pareció relevante, y recién nos llamó la atención cuando obtuvimos antecedentes que lo relacionaban con Colonia Dignidad. De ahí en adelante nos dedicamos a seguir sus actividades.

—¿Y los resultados?

—Vagos —dijo Simón—. Tiene negocios legales y de los otros. Tráfico de coca y lavado de dólares que provienen del narcotráfico. De todo lo averiguado nos llaman la atención sus continuos viajes a Brasil.

—Por eso nos interesó el posible comercio de niños en que puede estar

involucrado Kurtz —dijo Bernardo.

—¿Y qué interés podría tener en niños? —pregunté.

—Una posibilidad es el comercio —contestó Bernardo.

—Y la otra la provisión de menores para ciertas colonias de adoctrinamiento que poseen los nazis en Brasil —agregó Simón.

—Una cosa como esa no puede ser verdad —dije.

—¿No ha oído hablar de Colonia Dignidad y del tratamiento que allí se les da a los niños? —preguntó Bernardo.

—Se dicen muchas cosas.

—Y nosotras las creemos todas, Heredia —aclaró Valentín, nervioso por la duración de la charla.

—¿Se da cuenta qué nos une? —interrogó Bernardo.

—¿Qué pretenden?

—Su colaboración, Heredia —contestó Simón—. No podemos intervenir directamente en los asuntos de Kurtz. Podríamos ser descubiertos y él posee influencias que nos harían pasar un mal rato. Usted en cambio no es peligroso para Kurtz, y si lo llegan a sorprender tendría la posibilidad de dar cualquier excusa.

—Francamente no veo qué puedo ganar aliándome con ustedes —dije.

—Nuestra amistad y cierta ayuda —dijo Simón.

—Además, por su cuenta no llegará muy lejos —insistió Bernardo.

—¿Y si me niego a cooperar?

—No podríamos dejar que siguiera adelante con su trabajo —respondió de inmediato Valentín—. Alertaría a Kurtz y no queremos que se nos escape la presa. ¿Le queda claro?

—Hasta Einstein lo entendería.

—Me alegra su comprensión, Heredia —dijo Bernardo y por primera vez en la noche lo vi esbozar una leve sonrisa.

—¿Qué debo averiguar? —pregunté.

—Necesitamos información acerca del tráfico de niños y su vinculación con los viajes de Kurtz al Brasil —contestó Simón.

—¿Nada más?

—Su ironía no nos conmueve —dijo Bernardo—. Queremos verlo actuar.

—Para empezar necesito conocer el paradero de Kurtz.

—Le daremos esa información, Heredia —agregó Bernardo, al tiempo que se ponía de pie con la clara intención de dar por concluida la visita.

—¿Cuándo? —le pregunté viendo que sus amigos lo imitaban.

—En el momento que se lo pregunte a la compañera Helderman —respondió indicando con su mirada a Fernanda, que continuaba sentada.

—¿Helderman? —interrogué a la nada.

—¿No lo sabía, Heredia? Pensé que ella se lo habría dicho.

—¡Malditos! —grité sin reprimir mi ira—. ¿Cuánto de lo que me han dicho es

verdad? ¡Nada! ¡Ni siquiera sus jodidos nombres!

—Todo es verdad y confiamos en usted —agregó Bernardo.

Escuché sus últimas palabras y lo vi sonreír. Mi puño derecho saltó rápido hacia su sonrisa, y antes que lograra repetir la dosis, sentí las manos de Valentín incrustadas en mi vientre. El piso de la oficina se me hizo próximo y busqué inútilmente el rostro de Fernanda.

6

—¿Cómo debo llamarte? —pregunté al recobrar el sentido.

Fernanda estaba a mi lado, y a través de la ventana del departamento el cielo se veía tan oscuro como mi ánimo.

—Sabes bien cómo me llamo —dijo ella.

—¿No habría sido fácil decir la verdad desde un comienzo?

—Puedo explicarlo.

—¿Hay algo que explicar?

—Nuestro encuentro en el café fue real y también aquella noche en el hotel.

—Heredia se traga el anzuelo con la primera golosina que le ponen por delante.

—Bernardo estimó que a través tuyo existía una posibilidad de llegar a Kurtz.

Quise decírtelo y no me dejaron.

—¿Cómo se enteraron?

—Parra.

—¿Él?

—Es del grupo.

—La gran farsa que nunca me atreví a imaginar, ni siquiera cuando Anselmo apareció con el chisme de que te había visto subir a un taxi extraño.

—Quise quedar al margen y no pude. Al final los persuadí de conversar contigo, y pusieron como condición que yo estuviese presente. De no haber sido así, habría venido por mi cuenta a contarte la verdad.

—¡Palabras!

—Lo siento, Heredia.

—Nadie lo siente más que yo, Fernanda. Nadie.

Deseaba golpearla y besarla al mismo tiempo. Reprocharle su engaño y enseguida decirle que no se fuera del departamento, aunque solo fuese por una noche más. Pero no hice nada. Callé hasta que el silencio en la oficina se hizo duro y Fernanda se

dispuso a marchar.

—Aquí están los datos de Kurtz —dijo, colocando encima del escritorio una tarjeta blanca.

—Eres muy eficiente —dije—. En todo.

—No me importa tu ironía, Heredia.

—Sí, está tan gastada como todo lo que me rodea.

—Ahora tal vez tengas una respuesta para la pregunta que te hice antes que llegaran mis amigos.

—No se puede tener dos amores sin engañar a uno de ellos —dije.

Tres minutos antes de la medianoche Fernanda se fue. Desde la ventana la vi caminar con la cabeza gacha hasta perderse en la penumbra de la calle.

—Puedes llorar si lo deseas —dijo Simenon—. Solo lo sabremos tú y yo.

—Ya se me olvidó cómo hacerlo.

—¡Corre y alcánzala!

—En otra época, tal vez.

—Puedes salir de cacería. Yo cuido el negocio. Siempre es posible que encuentres a una muchacha que te haga perder la cabeza.

—No como ella.

—¡Prueba con una copa!

—¿Una copa? ¿Dos, tres, cien? ¿No hay otro final?

7

El rasguño de una náusea se dejó sentir en mi cuerpo cuando al día siguiente por la noche abordé el tren en la Estación Cal y canto. Había pasado varias horas en un clandestino de la calle San Pablo y aunque no estaba ebrio, el alcohol se escabullía por mis poros. Compartí mi tristeza con la estación en penumbras, y dejé seguir de largo dos trenes antes de actuar.

Un tercer carro se acercó al andén. Simulé entrar en uno de sus compartimientos, y en el instante en que las puertas se cerraban, retrocedí hacia la plataforma y con satisfacción observé los movimientos desesperados de un tipo con intenciones de imitarme. Vestía un abrigo negro, boina española y en su rostro me llamó la atención una nariz pronunciada y gruesa, como la del poema de Quevedo: superlativa, espolón de galera. Pensé que sería parte del grupo de Fernanda y que por lo tanto mi evasión tenía tanto futuro como la broma de un colegial. Ellos sabrían adónde me conducían

mis pasos, y en ese mismo instante sus sombras acecharían la casa de Dieter Kurtz. Solo había sido una muestra de que mis pasos eran lentos, pero nunca torpes.

Abordé el siguiente carro y fui observando las luces callejeras hasta que los vagones se introdujeron en un túnel y el vidrio de la ventana devolvió mi imagen ojerosa. Las estaciones del Metro marcaron implacablemente el paso del tiempo, y al salir de él, entré a un café y al amparo de una caseta de baño, revisé la carga de mi pistola, con sus ocho pulcras balas adecuadas para volar una cantidad similar de cabezas. Un juguete de niño malo, incómodo en el cinturón y aún más en la conciencia.

Salí del café y me encaminé sin prisa hasta la casa de Kurtz. Frente a ella se hallaba estacionado un Fiat 1500 en cuyo interior se destacaba la cabeza abultada de Valentín. Dejé que me viera y enseguida me detuve junto a la puerta principal de la casa. Esta daba a una esquina y no parecía ser la fortaleza que había esperado encontrar. Su construcción era de dos pisos y sin nada en especial que la hiciese destacar de las demás viviendas de la cuadra. Tras su portón enrejado vislumbré la figura de un hombre, y luego de verlo encender un cigarrillo, salté el muro que rodeaba la propiedad en el extremo más alejado de la entrada.

Caí pesadamente al otro lado del muro. La tierra olía a salitre y humedad, y por algunos segundos mantuve mi rostro apegado a ella.

Aguardé la reacción del guardia y cuando estuve seguro de que continuaba en su sitio me acerqué a él con precaución. Se enteró del peligro tres segundos demasiado tarde. Mi pistola dio en su cabeza y su cuerpo se fue al suelo con la gracia de un árbol hueco. Le quité el arma que portaba y con su propio cinturón le amarré las manos y los pies.

Escondí el bulto tras un árbol y avancé hasta la casa. Había luces encendidas en su segundo piso y también en la parte posterior del primero. Me acerqué a una ventana y vi a un hombrón que masticaba un *sandwich* con la vista fija en la pantalla de un televisor. Transmitían un partido de fútbol y el tipo parecía disfrutarlo. Suavemente golpeé a la puerta y el hombrón se movió con desgano.

—Dije que avisaría cuando estuviese listo el café —alcanzó a decir el hombre antes de enfrentar mi pistola.

Pensé que habían sido muchas palabras en una sola noche y crucé su mentón con un golpe. Trastabilló y aproveché la ventaja para aplicar un rodillazo entre las piernas del guardián.

Como de costumbre el trabajo sucio resultaba fácil, pensé mientras ascendía unos escalones alfombrados que me condujeron a una puerta de la cual escapaba la luz que había llamado mi atención anteriormente.

El anciano sentado detrás de un escritorio no me sintió entrar. Su mirada estaba fija en unos papeles, y a su espalda distinguí la foto de un joven oficial del ejército nazi. Una borrosa estampa del hombre que leía absorto, y muy lejana de la imaginada al momento en que su nombre había aparecido en la investigación.

—¿Dieter Kurtz? —pregunté en voz alta, procurando ocultar el temor que reseca mis labios.

El anciano levantó la cabeza e insinuó un movimiento hacia uno de los cajones laterales de su escritorio. La fría sonrisa de mi pistola se impuso en la pieza, y por algunos segundos escuché la respiración contenida del alemán.

—Suelo ser certero, Kurtz —dije acercándome al escritorio—. Ponga sus manos donde las pueda ver y no me obligue a romper la tranquilidad de la casa.

—¿Quién es usted? —preguntó.

Su voz era clara y vigorosa, sin relación con la apariencia anémica de su cuerpo.

—Alguien que puede tratarlo bien si usted ejercita su memoria y responde mis preguntas.

—¿Qué busca? ¿Dinero?

—Respuestas.

—¿Judío? —preguntó, temeroso.

—No, pero ellos están cerca. Necesito uno que otro detalle acerca de su pasado.

¿Quién lo envía? —volvió a preguntar, recuperando su altivez.

—Su amigo Villaseñor —mentí—. ¿Lo recuerda? Juntos hicieron negocios. Hablo de niños, concretamente. Niños de prisioneras políticas.

—No sé de qué me habla.

—De un niño al que sus familiares quieren recuperarle dije y a continuación le refresqué la historia de Daniel Cancino y su esposa.

La expresión del alemán se desdibujó. Sus manos se movieron temblorosas y tuve la sensación que a sus espaldas veía aparecer los fantasmas de un pasado que en vano trataba de olvidar.

—¿Tengo otra alternativa?

—Sus guardaespaldas duermen y los judíos esperan frente a su casa.

Kurtz cerró sus ojos un instante y al reabrirlos, noté en ellos un brillo acuoso. Se pasó una mano por su cabellera cana y respiró con fuerza, como si hubiese querido atrapar todo el aire de la habitación.

—¿Cómo sé que me dice la verdad? —preguntó.

—No hay modo.

—¿Ellos no perdonan? ¿Verdad?

—Ni yo quiero que siga ganando tiempo con sus preguntas.

El anciano me observó desafiante y trató de sonreír.

—¡He sido bastante claro! —grité.

—¿Si lo hago, dejará de lado a los judíos? —preguntó tratando de mantener la calma.

—Solo si su cuento resulta convincente.

—Durante el Gobierno comunista de Allende tuvimos temores sobre el futuro de nuestra organización —dijo Kurtz, después de considerar mi respuesta—. Sin embargo, pronto recibimos información respecto a los planes de los norteamericanos

para derribar a la Unidad Popular. Cooperamos con grupos nacionalistas chilenos, y después de 1973 esos vínculos nos sirvieron para afirmar nuestra empresa.

—Hábleme de los niños —insistí.

—Ellos tenían un doble objetivo. Generar ingresos mediante sus ventas en países nórdicos, y seleccionar a los mejores para nuestras colonias en Brasil.

—¿Colonias? —pregunté, recordando los intereses de Fernanda y sus compañeros.

—Un futuro para niños que de otro modo no serán otra cosa que masa amorfa y estúpida. Los integramos a una gran causa. Los muros del comunismo no tardarán en caer y el capitalismo está podrido por la influencia del dinero judío —siguió diciendo Kurtz—. El mundo está desorientado, sin líderes y nosotros le daremos un destino poderoso.

A medida que hablaba, Kurtz parecía transfigurarse y recuperar el porte agresivo que lucía en su foto de joven militar. Su voz llenó los rincones de la habitación y por un segundo temí que ella hiciese despertar a sus ayudantes.

—Necesito saber qué suerte corrió el niño del que le hablé —dije.

—Los alemanes nos enorgullecemos de nuestra organización —agregó Kurtz—. Hasta el más mínimo detalle lo clasificamos, y por eso tengo una carpeta con los antecedentes de cada negocio.

Dejó de hablar e indicó un kardex que se hallaba a un costado de su escritorio.

—Fechas, nombres de los padres, valor cancelado y destino —agregó Kurtz—. Una información perfecta.

—¡Búsquela y cuidado con intentar algún truco! —le ordené.

Kurtz se movió lentamente. Abrió el kardex y sacó de su interior un carpetón azul. Le dio un vistazo rápido y volvió a sentarse. Sus ojos me observaron fijos, ennegrecidos por una rabia que a duras penas lograba dominar.

—¿Cómo se llamaban los padres del supuesto niño?

—Daniel Cancino y Gabriela Paredes —dije—. Si nació, deber haber sido a fines del año 1981.

8

Contuve el aliento mientras el alemán examinaba el contenido de la carpeta. Desde la calle llegó el ruido de un escape de auto y apreté con fuerza la pistola, dispuesto a usarla si era preciso. Fue solo un instante, y la tranquilidad recuperó su lugar dentro

de la habitación en el preciso momento en que Kurtz terminaba la búsqueda.

—Ese niño nació —dijo—. Y tuvo un destino especial.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que no siguió ninguna de las dos alternativas que le mencioné anteriormente. Lo recuerdo muy bien y me extraña que Villaseñor no se lo aclarara. Hicimos el trato antes de que naciera, y a los pocos días vino a plantearme que tenía un cliente interesado dentro del país. Cierta militar de rango que no podía tener descendencia. Fue algo fuera de lo común. Debimos simular un embarazo y la esposa del militar estuvo en la clínica hasta que nació la criatura. Se la entregamos al matrimonio y la verdadera madre fue retirada por Villaseñor el mismo día del parto.

—¿El nombre de ese militar? —pregunté sin poder evitar que mis palabras sonaran temblorosas.

—Suárez —contestó Kurtz—. Villaseñor lo llamaba «Huacho».

—No me dice gran cosa.

—¿Quiere detalles? —preguntó el alemán, pasándome una hoja que sacó de la carpeta—. Ahí están registrados los nombres de los compradores y algunas referencias familiares que siempre nos preocupamos de consignar.

Leí lo anotado en la hoja y por un segundo tuve la sensación de que la pistola se me caería de las manos. En el documento estaban las respuestas buscadas, y algo más.

—¿Satisfecho? —preguntó Kurtz.

—Sorprendido.

—No siempre las cosas se dan del modo que las pensamos.

—¡Me lo dice a mí!

—¿Ahora se marchará de mi casa?

—No tan de prisa Kurtz. Afuera me esperan mis amigos judíos y ellos me encargaron que le hiciera un par de preguntas.

—Ese no fue el trato.

—¿Quién habló de trato?

—Usted no es un hombre de palabra.

—No me iré sin que me dé antecedentes acerca de su organización en Brasil. Nombres, sobre todo.

—Le daré la información que poseo, pero dudo que le sirva de algo. Está escrita en un código especial —agregó el alemán, al mismo tiempo que mostraba una disquetera ubicada sobre un mueble a la entrada de la habitación—. La clave para descifrarlo la tengo en mi cabeza.

—Mis amigos sabrán descifrarla.

La posible respuesta tardó en llegar. Escuché unos pasos que se acercaban presurosos y casi de inmediato vi entrar al hombre que había dejado durmiendo en la cocina. Apuntó una pistola hacia mí, y sin pensarlo dos veces me dejé caer al suelo. Antes que él consiguiera disparar lo alcancé con una bala en su brazo derecho. Lo oí

quejarse y corrí en su auxilio con dos certeras trompadas que lo dejaron inconsciente. No dio las gracias, pero me sentí más tranquilo. Fugazmente, porque al prestar de nuevo atención a Kurtz lo vi con una de sus manos a la altura de la boca. Hizo un movimiento casi imperceptible que le permitió introducir una cápsula en su boca. En pocos minutos se desplomó sobre el escritorio y cuando me acerqué a examinarlo ya nada podía responder. En sus labios abiertos reconocí el esbozo de una sonrisa burlona. Guardé en la chaqueta los antecedentes del hijo de Daniel y tomé la disquetera. El resto de la habitación había dejado de importarme. Solo eran muebles, fotos y un par de inmóviles cuerpos.

Salí a la calle y me encaminé hacia el auto de los judíos. En su interior se hallaba Simón y Valentín. El primero descendió del vehículo y sin decirle nada le entregué la disquetera con los antecedentes que ellos deseaban conocer.

—Kurtz dijo que allí se encontraba todo —dije—. Registrado en un código especial.

—¿Qué ocurrió con Kurtz? —preguntó Simón.

—Se suicidó.

—¿Seguro?

—No tiene otra alternativa que creer lo que le digo y luego entretenerse con los discos.

—Puede que nos demoremos, pero tarde o temprano el contenido de los discos dejará de ser un misterio. —Me da igual. Cumplí con mi trabajo.

—¿Consiguió lo que buscaba?

—No —mentí.

—Lo siento —dijo Simón, no muy convencido de mi respuesta.

9

La imagen del rostro demacrado de Dieter Kurtz me acompañó de regreso al departamento. Un rostro que en el último instante había recuperado la arrogancia del pasado. La del joven militar que se creyera dueño del destino de otros hombres y que finalmente aceptara su muerte como un postrer compromiso. Una muerte marcada por un pasado que no se podía dejar al azar y regresaba a saldar sus cuentas con la avaricia de un mercader.

Al llegar a la oficina alejé el recuerdo de Kurtz con el acto mecánico de sacar la hoja que guardara en mi chaqueta. Su contenido era tan revelador como la luz que

sorprende al ratero en mitad de su faena, y solo el cansancio contuvo mi intención de volver a la calle, viajar hasta la casa de Cavens y mostrarle el documento. El cansancio y el recuerdo de Fernanda que me esperaba agazapado entre las paredes del departamento, resquebrajando esa antigua tristeza que ya creía endurecida.

Puse un disco de Art Tatum y me senté junto al escritorio, seguro de que esa noche nadie llegaría a golpear a la puerta. Pero me equivoqué. Los golpes llegaron claros y firmes. Tomé mi pistola y me acerqué a la puerta, cauteloso.

—Heredia —escuché decir a una voz conocida.

Abrí lentamente la puerta y el rostro de Reinaldo Silva se iluminó con un haz de luz que provenía desde la calle. Vi su sonrisa del pasado y sin preguntas lo dejé entrar.

—Necesito hablar contigo —dijo, y luego de una pausa, agregó—: Vine temprano y el hombre del quiosco me informó que habías salido. Entonces di algunas vueltas por el barrio, bebí unas cervezas y regresé. No puedo decirte la razón, pero en algún momento del día me hice el propósito de no volver a mi casa sin antes conversar contigo.

—No necesitas una razón especial para venir, Reinaldo.

Silva observó la oficina, revisó algunos libros que se hallaban en los estantes y aceptó la copa de vino que le ofrecí.

—En este lugar he acumulado polvo y fantasmas —le dije. También algunas penas y una nada despreciable cantidad de botellas vacías.

—Nunca aspiraste a grandes cosas. Libros, cigarrillos y algo de beber. No imaginé que vivieras en un sitio distinto. Recuerdo que cuando abandonaste la universidad te di un gran sermón que obviamente te entró por una oreja y salió por la otra.

—Mis anhelos siguen tan escuálidos como entonces.

—El problema contigo es que te has quedado al margen de todo, esperando que la fortuna se acerque a tu lado como un hada madrina. Y la fortuna no existe, Heredia. Ambición y contactos, eso es lo que diferencia el destino de uno u otro hombre. Lo demás es aceptar la derrota de antemano.

—¡Tu pasión por los sermones no tiene límites!

—Nunca has querido el poder y esa ha sido tu perdición.

—¡Al carajo contigo y el dichoso poder! ¿No habrás esperado tantas horas para venir a filosofar? ¿Qué te traes entre manos?

—Desde que nos encontramos la otra tarde no he hecho más que pensar en nuestros años de universitarios y en muchos nombres que creí olvidados.

—¿Por eso enviaste las fotocopias?

—Sí, y supongo que te sirvieron.

—Mucho. Espero que no te cause problemas.

—En el ministerio todo está de cabeza. Se sabe que Pinochet tendrá que irse porque su candidato a la presidencia no podrá ganar las elecciones. Cuesta dejar el

poder y no son pocos los nostálgicos que aventuran planes para detener el cauce de las cosas. Son los mismos que hicieron el trabajo sucio y ahora desean la seguridad de una tabla a la cual asirse. Otros, los profesionales, se sienten más seguros. Volverán a sus marchas y a lustrar sus botas con esmero.

—Hablas como si no fueras parte de ese negocio.

—Uso tu lenguaje, Heredia.

—¿Y tú, te sientes seguro, o andas detrás de una tabla?

—Formo parte de esa rutina que no se modificará. Me adaptaré a los nuevos tiempos y sobreviviré. Pero no es de mi trabajo de lo que deseo hablar. Te traje otros papeles —dijo Silva, sacando de su abrigo un sobre blanco. Tus antecedentes. Si sale a la luz lo de Villaseñor y Escudero tu nombre aparecerá en las noticias y más de alguien va a querer saber quién eres. No es garantía de nada, aunque puede ayudar a retardar las cosas.

—¿Por qué lo has hecho?

—Esa es una pregunta para la cual no tengo respuesta.

—Me cubres la espalda igual que en la Universidad. ¿Recuerdas que en una oportunidad me encontraba con mi prueba en blanco, y tú, a mi lado, escribías como malo de la cabeza? Me preguntaba qué tanto engrupías, y de pronto, cuando el plazo para entregar las respuestas se vencía, me pasaste un lote de hojas y me dijiste, «al menos escribe tu nombre, huevón».

—Hice dos pruebas iguales y a ti te pusieron la mejor nota.

—¿Y recuerdas aquella vez que íbamos a una fiesta y nunca dimos con la dirección? Terminamos ebrios en una plaza de Las Condes.

—Me había olvidado de aquello y de muchas otras cosas. Quería ser distinto a los compañeros que veía rasguñar los esquivos pesos haciendo tinterilladas, correteando por los tribunales como en medio de una selva. Por eso acepté el puesto en el ministerio, y fue bueno mientras no me observé al espejo. Cuando lo hice ya era tarde y sabía decir las palabras justas a cada personaje.

—¿No crees que es un poco tarde para cambiar de rumbo?

—¿Y quién quiere hacerlo? Estoy en el lugar que elegí.

—Nuestra conversación siempre concluye en el mismo punto.

—Es posible, porque una vez más vengo a decirte que te quedas al margen del asunto Alfaro.

—Nadie está al margen de nada, y en cuanto a la investigación, tengo a los culpables y me propongo entregarlos a quien corresponda.

—Eres un iluso, Heredia. Nadie va a querer sacar esa castaña del fuego. La guerra terminó. Viene el tiempo de dialogar, obtener acuerdos y ver la mejor forma de repartirse el poder. Es la hora de los negociadores y los que lucharon deben quedarse a un lado hasta que aprendan el nuevo código.

—¿Así de simple?

—Vine a decirte que nadie dará un veinte por tu historia.

—Ya veré el modo de hacer que los culpables ocupen los titulares más amplios de los diarios. Tras Alfaro y Cancino existen personas que aguardan un leve gesto de Justicia.

—Villaseñor y Escudero tienen influencias poderosas, y las van a usar.

—¿Tú qué harías?

—¡Olvidar!

—¿Y si eso no fuera posible?

—Movería las piezas de tal modo que se destruyeran entre ellos y yo pudiese presenciar el espectáculo desde lejos. Sacaría ventaja de la sorpresa y de la desconfianza que se deben tener Escudero y Villaseñor.

Al amanecer me despedí de Reinaldo Silva. Su consejo lo guardé junto a la hoja que me diera Dieter Kurtz, y cuando salí de la oficina tuve la certeza de que ya nunca más lo volvería a ver.

—Suerte —me dijo, de regreso a su mundo, al otro extremo de la ciudad, lejos del rumor amargo de mi oficina, de los ascensores quejumbrosos y de la calle Aillavilú donde se reunían los borrachos y las putas. Lejos de mis recuerdos, la placa de acrílico clavada en mi puerta, y de la Walther de 9 milímetros que guardaba en mi escritorio.

10

—¿Adónde vas con ese fierro? —preguntó Simenon al verme guardar la Walther en el impermeable. La trasnochada era apenas una mancha oscura bajo mis párpados y el sol entraba en tajadas grandes por la ventana principal de la oficina. Desde la calle llegaban los primeros rumores y tuve el vago recuerdo de un desayuno junto a la cabellera rubia de una mujer que buscaba refugio en mis labios. Fue el repentino eco de algunos años inútiles que me hizo tomar conciencia del peso de la pistola en el costado izquierdo de mi pecho. Di algunos pasos por la habitación para acostumbrarme a él, y Simenon repitió su pregunta.

Salí de la oficina sin responder y una vez en la calle me encaminé hacia la agencia de Correos próxima a la Plaza de Armas. Ya no queda nada que husmear, pensé, y recordando el consejo de Silva me dispuse a la acción.

En el Correo llené un formulario para telegramas con una larga historia que estaba seguro no dejaría indiferente a Escudero. Una historia de nombres, fechas y mentiras. Se lo entregué a la funcionaria que atendía la ventanilla y la mujer arriesgó la

nariz antes de ponerse a contar la desusada cantidad de texto.

—Le conviene más una carta —dijo después de contar trescientas veinte palabras—. El telegrama le va a costar una fortuna.

—Una carta demoraría demasiado —respondí.

La mujer hizo un gesto de indiferencia y multiplicó la cantidad de palabras por el valor en pesos asignado a cada una de ellas. CANCELÉ con uno de los billetes que me diera Cavens y enseguida pensé en el trayecto más corto para llegar al negocio de Villaseñor.

Pero no todo era tan fácil como resolver un teorema, me dije mientras aspiraba el aire matinal e imaginaba el sabor de una copa de vino en el Inés de Suárez o en La Piojera, donde los borrachos de la noche anterior estarían reviviendo sus afligidas conciencias. Siempre existían sorpresas que trastocaban los planes y reafirmaban la fragilidad de los deseos. Lo sabía muy bien, después de años de oficio y de aceptar que el cuerpo era una cubierta que envejecía y que al final de todo solo recordaría los nombres de mis amigos o las caricias de esas mujeres que amaba real o imaginariamente. La idea de un trago fugaz volvió a morder mis entrañas, y pensé en la ruta que conducía a los bares nombrados.

Sin embargo, descarté la copa y los recuerdos. Media hora más tarde me encontré frente a un letrero ubicado a la entrada de un patio, dentro del cual se veía una gran cantidad de autos dispuestos para la venta. Unos pocos eran nuevos, y el resto tenía el inconfundible aspecto de la chatarra acondicionada para el engaño.

Ingresé a la compraventa con la seguridad del tipo que lleva cincuenta mil dólares en los bolsillos. Un vendedor joven y de buena facha salió a mi encuentro, rodeado de una corte de adjetivos para los vehículos en exposición. Lo dejé hablar hasta que agotó su repertorio de palabras difíciles, y sin preocuparme de su desencanto le dije que solo deseaba hacer tratos con el jefe, Villaseñor.

—No está —respondió con la prisa de un perro enseñado para morder a los extraños.

—Llamé por teléfono y me dijeron que se encontraba en su oficina —insistí, y el vendedor dio una rápida mirada hacia una secretaria que se hallaba dentro de una sala con paredes de vidrio.

—No atiende las ventas —replicó sin darse aún por vencido.

—Dile que vengo de parte de Suárez. Verás que se pone feliz y para la próxima Navidad te regala un caramelo multicolor.

El muchacho mordió su rabia y con pasos lentos se encaminó hacia la oficina. Como un gato fiel seguí sus huellas y alcancé a oír algunas de las palabras que usó para repetir mi historia a la secretaria, una muñeca trigueña que tenía abierta la blusa en el punto preciso para dejar a la vista el nacimiento de sus pechos. Le sonreí tras las espaldas del vendedor. La muñequita de papel maché se puso de pie y sin comentarios entró a una dependencia contigua.

—Dice que pase —dijo al regresar a su escritorio, dos minutos más tarde.

Un hombre alto, rubio y de rasgos duros me recibió sentado junto a una mesa de madera. Vestía una chaqueta de lino blanco y una camisa tropical cubierta de flores y hojas verdes. Me di cuenta que le faltaba la mano derecha y sin decirle mi nombre me senté frente a él, atento a que la Walther quedara a mi alcance en caso de una emergencia.

¿Qué dice Suárez? —preguntó con cierto tono de menosprecio.

—En lo de siempre, Villaseñor —respondí, y dispuesto a no perder tiempo en un diálogo sin sentido, agregué: ¿O debo decir Belmar?

—¿Quién es usted? —dijo, y antes que la pregunta llegara a su fin el rostro se le ensombreció con una mueca ruda—. ¿No nos hemos visto antes?

—En el pasillo de un hotel. Entonces andábamos apurados. Ahora, me interesa adquirir un auto moderno, rápido, como aquellos que usaba la DINA en sus buenos tiempos.

Villaseñor intentó abrir una cajonera ubicada bajo la mesa, pero me moví de prisa y logré empujarlo contra su asiento.

—Un amigo que se apellida Escudero me contó algunas viejas historias —dije, al tiempo que sacaba a relucir la Walther—. Al gordo le agrada conversar y hace poco me contó una historia relacionada con el sindicalista Alfaro. Un feo asunto que lo tenía nervioso porque un tal Cayasso contó chismes baratos al juez que investigaba ese asesinato.

—¿Qué tengo yo que ver con eso?

—Escudero piensa que mucho. Que usted era el jefe, y que si un día alguien lo presiona, lo dirá sin mayor preocupación.

—¡El muy huevón! —exclamó Villaseñor, traicionado por la ira.

—Sí, suele ser algo bocón.

—¿Qué pretende? ¿Por qué vino a contarme esas cosas de Escudero?

—Un juez y algunos abogados están al tanto de lo que hizo usted con Escudero. Que lo llamen a declarar es cuestión de días, y lo más probable es que Escudero se salga de madre. Alguien le fue a decir que usted entregó información al juez.

—¿No sería capaz de traicionarme?

—¿Está seguro?

Villaseñor se quedó en silencio. Miró su inútil manga vacía y respiró profundo, como si de pronto el aire de la oficina se hubiera convertido en un bien escaso.

—¿Suárez no desea que se ventile el asunto? —preguntó.

Moví los hombros en un gesto sin sentido que me permitió ocultar que su pregunta me tomaba de sorpresa.

—¿Y qué sugiere? —insistió Villaseñor.

—Dice que usted tiene subordinados dispuestos a poner las dos manos al fuego por su jefe.

—¿Por eso ha venido a verme? ¿Y usted, qué gana?

—La verdad es que no mucho. Quisiera alimentar mi curiosidad y saber por qué

le dicen «Huacho» a Suárez. Después me iré, y usted podrá jugar con sus autos, pensar en Alfaro o esperar a Escudero.

—¿Por qué no le pregunta a él?

—¡Ni en broma! Su mal genio no lo resistiría.

—¿Seguro que no lo sabe?

—Me interesan los detalles.

11

Después que Villaseñor me confidenciara la historia de Suárez, le propiné un violento golpe en la barbilla y lo dejé dormido en su sillón, con una expresión de dolorosa sorpresa en el rostro. Mi juego estaba encima del tapete y confiaba que al despertar Villaseñor recordaría mi cuento, y que eso, unido al telegrama que le enviara a Escudero provocaría la detonación definitiva. Los perros habían quedado frente a frente y restaba aguardar que sus dentelladas fuesen tan violentas como las imaginara Reinaldo Silva.

Salí del privado de Villaseñor y por unos segundos disfruté el espectáculo gratuito de su secretaria. Las piernas de la mujer se exhibían con el beneplácito de una minifalda y eran tan atractivas como las de Kim Bassinger o Isabel Adjani.

—En cinco minutos el jefe necesitará una aspirina —le dije sin apartar mis ojos de sus piernas—. Ni un segundo antes. Se trata de una dosificación metódica.

La secretaria tardó más de la cuenta en captar mi mensaje y cuando lo hizo, ya me hallaba en la calle, abordando el primer taxi que se le antojó pasar por mi lado. Su conductor era el típico charlatán provisto de opiniones acerca de cualquier tema. Aticé su fuego y lo dejé hablar de la importancia del pepinillo en la cosmética mundial, mientras leía un diario que encontré sobre la guantera del vehículo.

Luego de avanzar seis cuadras sin rumbo fijo le indiqué que me dejara frente a los tribunales y retomé la lectura del diario. En un pequeño recuadro encontré una noticia que captó mi interés: «Víctima de un accidente falleció el antiguo empresario Dieter Kurtz, propietario de una importante cadena de restaurantes y de otras empresas dedicadas a las importaciones. Kurtz había nacido en Dresde el año 1923 y bla... bla... bla». La vieja superficialidad de los diarios desplegada más o menos en cuarenta líneas. Al terminó de la carrera le di un billete de mil pesos al chofer y le indiqué que guardara el vuelto. El parlanchín me dio las gracias e hizo arrancar de prisa su vehículo. Para él era el inicio de una buena carrera y para mí, el comienzo de

una imprevista conversación con Cavens.

—Me parece que habíamos hablado de dos semanas —dijo el juez apenas hube ingresado a su despacho—. Sin embargo, su visita es oportuna. Trataba de redactar un fallo y las ideas no venían a mi mente. Usted me da una excusa para dejar de lado ese trabajo.

—Confío en estimular su imaginación, juez —dije, mientras ocupaba una silla próxima a su mesa de estudios.

—¿Qué se trae bajo el poncho, Heredia? —preguntó animado.

—Venía a decirle que el personaje idiota de la novela hizo su trabajo —dije, al tiempo que ponía en la mesa el ejemplar de *31 de febrero*, de Julián Symons, en el cual había registrado los nombres de Villaseñor y Escudero.

—¡Symons! Sí, conozco este título —declaró el juez luego de examinar la portada del libro.

—Creí que sería un buen regalo para usted.

—Se lo agradezco, pero ya lo leí.

—Tal vez ese ejemplar contenga alguna sorpresa.

—¿Qué tiene de especial?

—Lea la primera hoja.

—¿Usted escribió estos nombres? —preguntó Cavens, después de obedecer mi instrucción—. ¿Qué significan?

—Una ecuación perfecta. Véliz es a Escudero, como Belmar lo es a Villaseñor.

—¿Los asesinos de Alfaro?

—Ni más ni menos.

—¡Increíble! —exclamó con un entusiasmo a todas luces falso—. ¿Cómo lo hizo?

—Con mucha suerte.

—¡Como sea, se ha ganado su recompensa!

Cavens sacó de su chaqueta un libretto de cheques y llenó uno con grandes y redondas cifras. Lo tomé, y luego de doblarlo en cuatro lo arrojé sobre la mesa. La alegría del juez desapareció en el acto y su rostro asumió el habitual aspecto enérgico.

—Tiene prisa, Cavens. Demasiada para mi gusto.

—¿Qué significa? ¿Cómo se atreve?

—No se preocupe por su cheque. Puede hacer otro. Cientos o miles de ellos. Preocúpese de hablar de Daniel Cancino y su presunto hijo.

—¿A qué quiere llegar?

—A una antigua historia. La de un joven juez que iniciaba su carrera con el deseo de ser el mejor entre sus iguales. Que estaba casado con una linda mujer, la cual desgraciadamente no podía darle los hijos que él soñaba. Una esposa a la que juró respetar por sobre todas las cosas.

—¿Qué tiene eso que ver con lo nuestro?

—¡Déjese de engaños, Cavens! ¿De verdad quiere hacerme creer que no conoce

la historia? ¿Sí? Bueno, ese juez intachable conoció años después a otra mujer, y se involucró con ella. No sé cuánto llegó a estimarla, pero sé que tuvieron un hijo al que no quiso reconocer para no herir a su esposa ni perjudicar su carrera judicial. De mutuo acuerdo se dejaron de ver, y cuando ese hijo tenía dos años, la mujer se casó con un corredor de propiedades de apellido Suárez. El niño creció en la ignorancia hasta que, adolescente, se le contó la verdad de su nacimiento. Desconozco su reacción, pero sé que con los años él también se casó, y paradójicamente, su esposa tampoco pudo darle hijos. Lo discutió con su mujer y decidieron adoptar a un niño. Una idea justa, respetable, a no ser por un pequeño detalle. Suárez no deseaba que ese niño pasara humillaciones ni guardara un secreto tan oscuro como el suyo, que en mala hora tuvo la idea de revelar a Villaseñor, su mejor compañero en la Escuela Militar. Por eso se preocupó de dos cosas. Encontrar una criatura que nunca fuera reclamada por nadie, e inventar una historia que hiciera coincidir el imaginario embarazo de su esposa con el nacimiento del niño adoptado.

—Quisiera decir algunas cosas —interrumpió el juez.

—Lo malo fue que la cigüeña no arribó al lugar más adecuado, y que Suárez cometió el error de confiar por segunda vez en Villaseñor.

—Me enteré del origen del niño cuando ya era tarde.

—Me costó creerlo, pero pensé en su afán por evitar que se relacionara la muerte de Alfaro con los reclamos de la señora Julia, y las ideas se entrelazaron de un modo lógico. Todo calzó a la perfección. Mis dudas y sus temores.

—¡Usted no sabe nada, Heredia!

—¿Por qué un juez contrataba a un detective de dudosa reputación? Me lo pregunté muchas veces, y hasta me di una que otra torpe respuesta.

—Cuando la señora Julia me habló de contratarlo decidí seguir de cerca sus pasos. Me resultó fácil convencerla de que yo hiciese el trato. Apenas conocí la historia reconocí que sus hilos eran gruesos y que un empecinado como usted podría llegar a Suárez.

—¿Por qué no dice mi hijo?

—Hasta hace muy poco creí que solo su madre y yo sabíamos que él era mi hijo.

—Sin embargo, Villaseñor estaba al tanto. Un tipo bastante astuto como para hacer un favor y guardar los antecedentes. No creo equivocarme si pienso que Villaseñor presionó a través de su hijo para que usted no siguiera investigando el asesinato de Alfaro.

—Lo hizo y me costó aceptarlo.

—¿Por qué?

—Amo a mi muchacho, y aunque no quise reconocerlo, siempre estuve dispuesto a realizar cualquier cosa por él.

—¡Incluso esconder un delito!

—Estaba a punto de esclarecer el crimen de Alfaro cuando supe el origen del niño. Una noche mi hijo me invitó a cenar y me reveló la historia. Al día siguiente

recibí la visita de Villaseñor en mi oficina. A Fernando, mi hijo, lo negué una vez y no podía hacerlo de nuevo.

—Su esposa estaba muerta y ya no iba a herirla si contaba la verdad.

—Murió antes que Fernando conociera el nombre de su padre. Sin embargo, uno lleva algo negro en el interior que lo hace actuar mal en un determinado momento. Mi carrera funcionaria seguía vigente, con buenas posibilidades de llegar a ser Ministro de la Corte Suprema. ¿Sabe lo que eso significa para un juez?

—Supongo que es como estar cerca de Dios.

—No haga juegos de palabras, Heredia. Era el sueño de mi vida, y además no podía abandonar a mi hijo.

—Eso ya lo dijo. Y aunque lo repita cien veces no creo que justifique su complicidad. Tipos como usted son los que matan las ilusiones de la gente.

Cavens apoyó su cabeza en sus manos huesudas, y por largos segundos no se escuchó en la habitación otra cosa que su respiración entrecortada. Me puse de pie y serví coñac en dos gruesas copas. Bebí el contenido de una, y dejé la otra al alcance del juez.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó un rato más tarde.

—¿No lo imagina?

—Podríamos llegar a un acuerdo.

—Mi silencio no está en venta.

—¿Y hasta dónde cree que va a llegar con su historia? —gritó, reuniendo las últimas energías que le quedaban—. ¿Quién le va a creer? ¿Qué es su palabra contra la mía? ¡Basura!

—Un abogado está al tanto de los hechos, y él obtendrá el crédito que a mí me negarían.

—¿Cree que los tribunales van a juzgar a uno de los suyos?

—Los tiempos cambian y muchas instituciones están preocupadas en renovar sus imágenes. Que el Poder Judicial sacrifique a un quiltro de su camada puede ser una muestra de rigor para los ciudadanos. Para los honrados, por supuesto. Los que pagan impuestos no se quejan por el precio del filete. Yo no apostararía un peso por sus colegas.

—Nunca debí mezclarme con usted. Un patán que piensa y blasfema.

—Negociar con Villaseñor fue más grave.

—No tuve otra alternativa. He trabajado mi vida entera para dar felicidad a mi familia. Tengo un nombre y una posición respetada, y no voy a permitir que un detective borracho destruya mi mundo.

—Usted no quiere escuchar, Cavens. Las cosas ya no dependen de mí. Mañana el abogado de Alfaro presentará un escrito que complementará la confesión de Cayasso. Se darán a conocer los nombres de Escudero y Villaseñor, y como dicen los abogados, se solicitará una investigación exhaustiva que permita recopilar antecedentes sobre el hijo de Cancino.

—Los buitres de la prensa se darán el gran festín. Es necesario hacer las cosas de otro modo, Heredia. No quiero mezclar a mi hijo en el asunto y arrojar por los suelos su carrera. Él nada tiene que ver con lo que hacían Escudero y Villaseñor. Su trabajo es de oficina, estadísticas, capacitación del personal, y cosas por el estilo.

—¿Qué propone?

—Investigaré el crimen de Alfaro y los culpables serán juzgados. También hablaré con Fernando y el niño será entregado a sus abuelos. A cambio de eso, mi hijo debe quedar al margen. Estoy seguro que él entenderá.

—¿Y si no es así?

—Usted y los suyos quedarán libres de actuar como quieran.

—De aceptar su propuesta le estaría concediendo un tiempo que puede ser valioso. Nadie asegura que su hijo no se mande a cambiar con el niño, o que Villaseñor quiera aplicarme el mismo tratamiento que le dieron a Cayasso.

—Las cosas se harán a mi modo. Se lo prometo.

—¿Por qué tendría que confiar en su palabra? Si me engañó una vez, puede hacerlo de nuevo.

—Soy un viejo, Heredia. En nuestra primera conversación le conté que sufro de un mal incurable. Probablemente solo me quede tiempo para un gesto que contribuya a enmendar mis errores. Usted no se imagina lo que he tenido que luchar con mi conciencia desde que supe el origen de mi nieto. Cada día, en cada momento me he sentido cogido en una trampa. Le pido dos días para arreglar la entrega del niño. Nada más. Usted conseguirá lo que busca y mi hijo quedará libre de responsabilidad. Se lo pide un hombre vencido.

Las palabras de Cavens eran arañas que trepaban por las paredes y que resultaba imposible eludir. El azar me dejaba frente al hombre que representaba la Justicia, y debía juzgarlo con una ley que no estaba escrita en ninguna parte. Lo vi con sus ojos clavados en un punto anónimo de la pieza, y supe que solo existía una respuesta.

—Dos días —dije, y busqué el auxilio de una nueva copa de coñac.

Cavens cerró sus ojos y lo contemplé hasta que el licor fue un buen recuerdo. Nadie está libre de errores, me dije, y tuve la seguridad de que Cavens cumpliría su promesa. Era la última oportunidad que tenía para no ser cómplice del olvido.

Salí de la oficina de Cavens y ya en la calle me dediqué a deambular hasta que las primeras sombras del atardecer se insinuaron en el horizonte. Anduve desde Plaza de Armas hasta el Parque Forestal, y de allí seguí por Vicuña Mackenna. Al llegar a Diez de Julio con Irrarázaval entré al bar «Berlín» y pedí una cerveza helada.

—Fernanda no está en tu departamento —escuché decir.

—Lo sé, no pensaba en ella.

—Mientes. Pensabas en ella, solo en ella y nada más que en ella.

—¡Tonterías! Nadie puede pensar tanto en una persona.

—¿No? ¿Qué harías si te digo dónde está?

—¡Nada!

—Nada. Solo. ¿Te gustan esas palabras?

—¡A la mierda contigo! ¿Quién te invitó a esta mesa?

—¿Por qué no sonríes? ¿Acaso no estás a punto de resolver un magnífico problema?

—Nada ocurre por primera vez en el mundo, y nada va a cambiar después de que abra mi boca.

—Un par de viejos estarán felices.

—¿Y qué gano con ello?

—¡Nada! ¡Tú nunca ganas nada! Estás solo, no lo olvides.

—¡Nada. Solo! ¿Te gustan esas palabras?

—¿Por qué me imitas?

—Porque ella no está en mi departamento —me contesté.

12

Una luz grisácea caía sobre las calles del barrio cuando regresé a mi departamento. Eran minutos inciertos. Muy tarde para buscar el sueño que me librara de la trashedada y del gusto amargo que sentía en mi boca cada vez que aspiraba el aire frío. A los pies del edificio encontré a Anselmo que hacía sus ejercicios habituales antes de ir a buscar los diarios de la mañana.

—¡Qué mal se le ve, don! —exclamó girando a mi alrededor—. ¿Una noche dura?

—Charla, botellas y penumbras.

—¿Qué era aquello? ¿Un velorio?

—Al principio pensé que celebraba algo. La Asunción de la Virgen, el retorno vengador del Cristo del Elqui, o la llegada del hombre a Venus. Después ya no pensé en nada. Me concentré en el fondo de un vaso y luché una enormidad antes de llegar a él.

—Cada día lo entiendo menos, don.

—Ni falta que te hace.

—También es cierto —dijo Anselmo dando fin a su gimnasia. En mi cuarto tengo café caliente. Si quiere entra y se sirve.

—Gracias. Por hoy estoy harto de venenos.

—Cosa suya, don. Yo me voy al laburo. Quiera Dios que hoy los titulares vengan atractivos, porque ayer las ventas fueron una mierda. Los tipos leen los encabezados

y siguen su camino lo más campantes. ¿Así, quién progresa?

—Supongo que los tipos que leen los titulares y siguen de largo sin comprar.

—¡No embrome, don! ¡Vaya a freír monos a otra parte!

No seguí el consejo de Anselmo, pero sí me di una ducha de diez minutos y una afeitada que me dio la oportunidad de recuperar la noción de mi rostro. Tenía ojeras profundas, los labios partidos y mi párpado derecho saltaba, nervioso. Debía ir al oculista, aunque solo fuera para que me recetara una de las noventa clases de gotas que almacenaba en la vitrina de su consulta. Preparé café y cuando ya necesitaba el primer cigarrillo del día, escuché que golpeaban a la puerta. Vi aparecer a Mariano. En una de sus manos traía un roñoso maletín de cuero negro, y en la otra, un ejemplar doblado del *Fortín Mapocho*.

—Estaba abierto —dijo en tono de disculpa.

—¿Siempre madruga para trabajar? —le pregunté mientras estrechaba su mano.

—Anoche me fue a ver Demetrio a la casa. Llevaba los papeles que usted le encomendó entregar y además, me dijo que había recibido una llamada suya. Con los antecedentes me puse a redactar un escrito que pensaba presentar esta mañana en los tribunales. Escribí con sangre y rabia, y hoy, apenas compré el diario me enteré que mis palabras se habían ido al carajo.

—¿Qué?

—¡Lea! —ordenó, alcanzándome el *Fortín Mapocho*.

«Asalto en Compraventa» y «Accidente en Estación del Metro» decían los dos titulares que me hicieron olvidar el cansancio y los cigarrillos. Leí el desarrollo de las noticias, y salvo detalles insignificantes, vi reproducida la historia imaginada por Reinaldo Silva en nuestra última conversación.

—Nos quedamos sin acusados —dijo Mariano.

Tres delincuentes habían asaltado el negocio de Villaseñor. El botín ascendía a los tres millones de pesos, y el cuerpo del militar se encontraba en esos momentos en alguna fría losa del Instituto Médico Legal. Escudero, a su vez, había recibido una llamada telefónica y al salir apresurado de su oficina tropezó con un hombre que esperaba el tren. Un extraño choque que lo había arrojado a la línea en el justo momento que un carro entraba a la estación. Nada relacionaba las noticias, confundidas entre titulares futbolísticos y cábalas de la Polla Gol.

—El cartero llama dos veces —dije en lo que me pareció un inoportuno homenaje a James M. Cain—. Es como para recobrar la fe en la Empresa de Correos.

—¿Usted tiene que ver con esas muertes? —preguntó Mariano, alterado.

—Nada y mucho —respondí. A cada uno de ellos le envié un espejo y al parecer lo que vieron les causó espanto. Lo demás puedo imaginármelo.

—Lo hace ver divertido, y no lo es. No me agrada lo sucedido. La justicia queda de lado y lo que pudo haber sido un aguijón en la conciencia de la gente se ha transformado en simples titulares de la crónica roja. Tinta fresca para hoy y olvido para mañana.

—¡Bonito discurso, abogado! ¿También lo preparó durante la noche?

—Confiaba en usted, Heredia.

—Hay una parte de la historia que no conoce —le dije, y a grandes rasgos le conté los pormenores de mi última conversación con Cavens.

—Sin acusados. ¿De qué sirve?

—Ellos existen. Que estén fritos es otro cuento.

—¿Y qué le hace pensar que el juez cumplirá su palabra?

—Lo sé, eso es todo.

—¿También en lo que respecta al niño? ¡Necesito detalles del trato que hizo con Cavens!

13

La mirada de Suárez tuvo la ternura del hielo cuando me vio entrar acompañado de Alberto Mariano a la cita programada por su padre. Cavens, el militar y su esposa nos esperaban como en el mal final de una novela de Agatha Christie, y sin perjuicio del lugar común, pensé que en la oficina no volaba una mosca. Tres días después del acuerdo con el juez, los nombres de Villaseñor y Escudero llenaban varias páginas en los diarios, y al revelarse sus actividades, el asesinato de Alfaro había pasado a ser un asunto resuelto, aunque en el fondo de los datos y detalles de la prensa se adivinaba que ellos no eran otra cosa que la punta visible de un iceberg.

Resistí el odio de Suárez, y sin palabras le di a entender que no me atemorizaban sus influencias. Mi trabajo estaba hecho y sus consecuencias eran algo que escapaba del efímero poder de mis actos. Cavens había cumplido su promesa y Mariano elaborado los documentos que devolvían la verdadera identidad del hijo de Daniel Cancino. Al cabo de muchos tiras y aflojas, el juez había convencido a su hijo, y este se hallaba dispuesto a entregar al niño de acuerdo a un programa de visitas.

Nos sentamos alrededor del escritorio de Cavens y me correspondió quedar ubicado frente a la esposa de Suárez. Una mujer de unos cuarenta años, algo gruesa y con esa mirada difusa de las hembras que ven el mundo desde la cocina o a través de las revistas de modas. Sus párpados lucían una gruesa capa de pintura que ayudaba a ocultar la huellas del llanto. Ella se había enterado el día anterior del origen de su hijo adoptivo, y era posible deducir que observaba en el rostro de su esposo la misma marca de la bestia que veíamos con Mariano.

—Lo que hacen es absurdo —dijo de pronto Suárez. Nosotros contamos con una

situación económica que permite dar al niño educación y bienestar. En cambio, sus abuelos apenas tienen dónde caerse muertos.

—Se acabó el tiempo de discutir —respondí, procurando que mi voz ocupara todo el espacio de la oficina. Debí pensar en las consecuencias cuando adoptó al niño conociendo el fin que tendrían sus padres. Cualquiera otra cosa ya está dicha, y aunque sea doloroso, el niño tiene derecho a la verdad.

—Los padres estaban condenados, y yo no tenía atribuciones sobre sus vidas —agregó el militar—. Al rescatarlo lo libré de un destino nefasto. Queremos al niño y siempre nos hemos preocupado de que nada le falte.

—¡Basta! —exclamó Cavens—. ¡Atengámonos a los hechos!

Miré a Mariano buscando su auxilio y lo noté nervioso, con deseos de salir de la oficina y concluir de una vez por todas ese asunto que en los últimos días le había demandado más trabajo del habitual.

—¿Cómo se llama el mocoso? —pregunté, sin mirar a Suárez que, enrabiado, se había refugiado en un rincón de la oficina, y desde allí observaba a los presentes, dispuesto a reiniciar sus reclamos en cualquier momento.

—Fernando —contestó la mujer, y sin reflexionar en sus palabras, agregó—: Igual que su padre.

—Fernando Cancino Paredes —dijo Mariano. Ese será su nombre en el futuro.

—Malditos —gritó Suárez, y sin contener su ira se acercó hasta donde me encontraba. Preparé mi defensa, pero antes que los puños hicieran su negocio, el juez encaró a su hijo y le cruzó el rostro con una cachetada.

—Ya no hay nada que hacer —le dijo. Necesitas aprender que no todas las cosas se arreglan con golpes.

—Usted qué sabe —balbuceó el militar. Toda la vida no ha hecho otra cosa que pensar en sí mismo.

Cavens no respondió. Tomó el citófono que se hallaba encima de su escritorio y a alguien desconocido le dio orden de traer al niño.

Se hizo un silencio que nadie se atrevió a romper hasta que entró una mujer que traía al niño tomado de la mano. El pequeño llevaba puesto un pantalón de mezclilla y un polerón con la figura de Batman estampada en la pechera. La mujer lo soltó y el niño corrió a refugiarse en los brazos de su madre adoptiva. La esposa de Suárez lo besó en la frente, y enseguida, con un ademán enérgico, lo apartó de su lado y lo obligó a ubicarse junto al juez Cavens.

—Los señores te llevarán a conocer a tus abuelos —le dijo Cavens al niño.

—¡Tú eres mi abuelo! —afirmó el mocoso. ¿Por qué tengo que conocer a otros abuelos?

Nadie se atrevió a responder.

—Hay una verdad que te espera —le dije. Ellos te quieren y están ansiosos de conocerte.

El niño miró a Cavens, y este le ratificó mis palabras con algo parecido a una

sonrisa. El mocoso se aproximó a mi lado y no pude dejar de recordar la foto de Daniel Cancino que guardaba en mi oficina. Me puse de pie y sin despedirme de nadie abandoné la habitación con el niño tomado de la mano. Oí los pasos apurados de Mariano, el ruido de una puerta al cerrarse, y solo en ese instante me atreví a respirar hondo y llamar por su nombre al niño.

14

Boleros, el problema son los boleros, me dije mientras soportaba el guiño malévolo de la tristeza. Una carta de Fernanda estaba sobre mi escritorio, y en ella me contaba de su regreso a Santiago después de viajar por unas semanas a Buenos Aires. Habían transcurrido cinco meses desde el encuentro del niño con sus abuelos, y al cabo de algunas visitas de fin de semana, los padres de Daniel Cancino conquistaron el afecto del pequeño. El traslado definitivo a su nueva casa se había hecho un día de brisa y volantines. Mucho más no supe de ellos, hasta que una mañana escuché por la radio que el juez Cavens había fallecido. Compré un ramo de flores y asistí a su sepelio. Los discursos se revolcaron en cada lugar común imaginable, y cuando la fatiga se apoderó de mi ánimo me despedí del juez con un par de palabras que nadie tuvo la oportunidad de escuchar.

Me serví un trago y releí la carta con la esperanza de encontrar una promesa de regreso. Pensé en llamarla, pero unos cantos y gritos me hicieron asomarme a la ventana para ver una marcha de partidarios de la Concertación Democrática. Las elecciones presidenciales se aproximaban y un rumor de fiesta rondaba las calles del barrio. Decidí bajar a curiosear, y en el camino recordé mi última visita a la casa de la señora Julia. Había sido el mismo día del entierro de Cavens, y a pesar de la pena del momento me pareció que el niño era feliz. Le habían acondicionado una pieza para sus juegos, y junto a un banderín del Colo Colo, reconocí la foto de Daniel y Gabriela. Una foto de otro tiempo. Con sonrisa y cabelleras largas que en nada presagiaban el dolor futuro. Tomé once con el niño y sus abuelos, y al instante de la despedida, el sastre me ofreció la confección de un traje. Prometí volver para tomarme las medidas, pero nunca lo hice.

En la calle me confundí con la gente, y a la vuelta de una esquina me encontré cara a cara con Anselmo. Se aprontaba a incorporarse a una de las columnas y en sus manos portaba un montón de panfletos que tenían escrita la leyenda «Gana la Gente».

—¿No viene, don? —preguntó, mientras hacía volar por los aires los panfletos.

—Pasó el tiempo en que me entusiasmaban los discursos, Anselmo.

—¡Vamos, don! No arrugue. Vuelve la alegría y la libertad.

—¿Las dos cosas de un viaje? ¿Estás seguro?

—¿No escucha los gritos de la gente? ¡Todo volverá a ser como antes!

—Todo, no.

—¿Cómo que no?

—Nada es igual. Es otra la época y faltan muchos nombres que no se pueden olvidar —dije.

Anselmo se quedó callado y se incorporó a la marcha sin despedirse. Lo oí gritar a todo pulmón y observé su alegría hasta que se perdió en medio de una marea de gente. La tarde se esfumaba por un horizonte dibujado más allá de la Estación Mapocho, y me puse a caminar en sentido contrario a las columnas, rumbo al Paseo Ahumada.

Me confundí en otro río. Tropecé, di codazos y aspiré mi dosis de aire oscuro. El eco de la marcha fue cada vez más distante y el recuerdo de Fernanda se hizo presente en las figuras de unas muchachas que conversaban frente a la puerta del Burger. En mi oficina había quedado su carta. Cuatro líneas que me habían hecho pensar en algunas letras de boleros. Un aroma de café me abrazó como un perro fiel y empujé con fuerza las puertas vidriosas del Burger. ¿Encontraría a Fernanda?, me pregunté, parodiando el inicio de una novela de otros tiempos, del lado de allá, de la sonrisa.

Santiago, 1989-1990.



RAMÓN DÍAZ ETEROVIC, (Punta Arenas, Magallanes, Chile, 1956). Ha publicado los libros de poemas *El poeta derribado* y *Pasajero de la ausencia*; los libros de cuentos *Cualquier día*, *Obsesión de Año Nuevo*, *Atrás sin golpe* y *Ese viejo cuento de amar*; y las novelas *La ciudad está triste*, *Nadie sabe más que los muertos*, *Ángeles y solitarios*, *Correr tras el viento*, *Nunca enamores a un forastero*, *Los siete hijos de Simenon*, *El ojo del alma* y *El hombre que pregunta*. Es autor de la novela infantil *R y M investigadores* y de la antología *Crímenes Criollos. Cuentos policiales chilenos*. También es coautor de las antologías *Contando el cuento*; *Andar con cuentos, joven narrativa chilena*; y *Cuentos en dictadura*.

Desde 1982 y hasta 1995 editó la revista literaria *La Gota Pura*. En la actualidad es colaborador habitual de las revistas *La Calabaza del Diablo*, *Punto Final* y *Libros & Lectores*.

Su obra ha sido reconocida en numerosos premios literarios, tales como el Premio del Consejo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura a la mejor novela del año 1995 y el Premio Municipal de Santiago, en los años 1982, 1994, 1996 y 2002. Fue finalista del Premio Casa de las Américas, Premio Dashiell Hammett, de la Asociación Internacional de Escritores Policiacos, y del Premio Planeta Argentina de Novela. El año 2000 obtuvo el Premio Las Dos Orillas, del Salón del Libro Iberoamericano de Gijón.

Algunas de sus novelas y relatos han sido traducidos al croata, portugués, francés, griego, holandés, alemán e italiano; y sus cuentos están incluidos en más de treinta

antologías publicadas en Chile, España, México. Bulgaria. Colombia, Puerto Rico, Italia. Croacia, Portugal, Alemania, Argentina. Ecuador y Estados Unidos.